
NI UNA SEÑA.

Novela inglesa (1).

(Conclusion.)

CAPÍTULO IV.

NI UNA SEÑA.



Hacia muchos años que Portmurrrough no habia presenciado una excitacion pública tan intensa como la que produjo la causa formada á Domingo Daly por el asesinato de su esposa. Se extendió por toda la provincia del Norte, y de todas partes afluia más gente al tribunal de la que hubiera cabido, aun siendo el local diez veces mayor. Se manifestaba el más vivo interés por todo lo que pasaba y por todo lo que se decia, y los más insignificantes detalles respecto al prisionero eran con avidez recibidos y comentados.

Era el fiscal (*counsel for the Crown*) un eminente criminalista de gran práctica; el defensor del reo no era ménos famoso en la profesion jurídica. Se sabia que no faltaban testigos que probaran sus buenos antecedentes. Mr. Bellew habia trabajado sin descanso y generosamente en favor del acusado; en cuya culpabilidad le era de todo punto imposible creer. A otras gentes les sucedia tambien lo mismo; pero el caso era grave, los hechos eran abrumadores. Se decia que las comunicaciones del preso con su procurador, Mr. Cormac, habian sido brevísimas y muy escasas; y que la única defensa que se presentaria—el *sistema* del acusado, como se llamaria usando la fraseología legal francesa—seria la indicacion de algunos

(1) Véanse los números 5 y 6.

modos posibles de haberse mezclado con el bicarbonato de soda, que segun la declaracion del preso era el único contenido del paquete incluido en la carta de Daly, el veneno que habia causado la muerte de su mujer. Una carta, escrita fuertemente en favor del prisionero y más ingeniosa que juiciosa, en la cual se discutia gran número de teorías y posibilidades sobre este punto, habia sido publicada en uno de los diarios de la localidad, excitando la universal atencion y repetidos comentarios.

—Precavido, preparado—se decia haber sido el comentario del fiscal á esta celosa indiscrecion.—Si se me hubiera presentado alguna de estas teorías estando desprevenido, me hubiera sido muy difícil combatirla; pero ahora tengo tiempo para destruirla como mejor me parezca.

La historia, mejor dicho, la version popular de la historia de las relaciones entre Daly y Catalina Farrell y el supuesto motivo del crimen, habian salido de Narraghmore extendiéndose en todas direcciones, y habian alcanzado casi las dimensiones de una cuestion de partido. Habia quienes defendian á la mujer, mantenian su inocencia y declaraban que era infame acusar á una muchacha de tan buena reputacion como Miss Farrell, de ser otra cosa que la víctima de un aleve villano. Habia otros que sostenian que si Daly era culpable, ella le habia inducido á la fechoría; estando prontos á aceptar la antiquísima version del más viejo de los pecados: *la mujer le sedujo*. Habia tambien un tercer partido, que tomaba un término medio y decia que todo consistia en una equivocacion; que nada era Daly para Miss Farrell, ni esta para él; que nada tenia ella que ver en el asunto. Todos los partidos por igual ignoraban el paradero de Miss Farrell. Habia abandonado su escuela y se suponía, aunque no se sabia de fijo, que habia vuelto otra vez con sus amigos, el Dr. Mangan y su esposa; acerca de estos tambien habia no poca curiosidad pública, porque el mancebo de la botica, jóven llamado Sullivan, habia sido llamado por el fiscal, y su testimonio demostraria lo más palpablemente que la prosecucion pudiera, que el arsénico, que era el fatal agente, habia venido á manos del preso. Este era, se decia, el único eslabon relativamente débil de la cade-

na; las declaraciones sobre este punto no pasaban de ser fuertemente persuasivas. En cuanto á la conducta de Daly, el rumor público estaba acorde. Habia sufrido las largas y lentas semanas de su prision con callada compostura, en la cual veian la dureza de un criminal los que le creian culpable, y los que por tal no le tenian encontraban la calma de una conciencia inocente. En este caso, como en todos aquellos en que los corazones humanos están cerrados para la vista, la gente, juzgando por las apariencias, juzgaba á la ventura y no veia más síntomas que los que ya estaba predispuesta á ver.

Ninguna mañana más hermosa ha aparecido desde que el mundo es mundo que la de verano que venia á presenciar las últimas horas de angustia de Domingo Daly. La belleza de la tierra ostentaba todo su vigor exquisito y completo, y el profundo soplo, el indescriptible movimiento de la vida estival llenaba la atmósfera por completo. El corto viaje desde la prision al tribunal, en un vehículo cerrado y vigilado, dió á Daly una idea de la plenitud de vida y belleza que habia venido á la tierra y al cielo desde la última vez que los miró siendo todavía un hombre libre. Mas fué una idea solamente; pronto estuvo en su sitio, el horrible sitio hácia el cual avanzó siendo aún un hombre fuerte con todo el vigor de la juventud, con muchos años de hermoso porvenir en su claro cerebro, en sus palpitantes venas y en sus musculares miembros, y con todo el natural amor por vivir que ninguna pena puede aminorar mientras la salud no se resiente, que brota con fuerza y vitalidad agonizantes á la menor amenaza contra el tesoro de la vida, y que tiembla con terrible angustia en presencia de peligros como el suyo; aquel horrible sitio, que podia dejar jóven y fuerte todavía, pero más inmediato á la tumba que el infeliz atacado de la fiebre, cuyas horas de existencia podrán conjeturarse, pero no *contarse* como las suyas. El murmullo y las vibraciones de la multitud, su ruido, semejante al de la mar en una concha, su movimiento parecido al de las olas, llegaron remotamente á él, sin dañarle por un momento, y todo le parecia vertiginoso sueño en el que veia rostros, sueño en el que no entraba la soledad de las semanas pasadas y en el que habia luz y movi-

miento. Después se desvaneció el ensueño, y toda la horrenda realidad se le presentó, le rodeó, le acompañó y le inundó. Estaba en el banquillo del criminal, tenía detrás de él á un bastonero de la cárcel, iba á ser juzgado por el asesinato de su esposa. Este era el tribunal, estos eran los jurados de cuyos lábios iba pronto á depender su vida. Lo veía todo ahora, la cara del juez, la fila de hombres de ley, los hombres que llamarían en el momento á los testigos, aquellos testigos que dirían toda la verdad, la verdad completa, y nada más que la verdad, con la plena seguridad de sus convicciones y asentimiento de sus conciencias (y á pesar de todo sería la más mortal de todas las falsedades que un demonio sonriente inspiró jamás á los hombres unánimes), á la turba de espectadores cuyos rostros dejaban ver toda clase de expresión, desde la apatía meramente brutal á la aguda curiosidad y desde la observación crítica al interés compasivo. Sí; allí había rostros en los cuales leyó la piedad, cuando dirigió una mirada al sitio de su agonía, ántes de reconcentrar todos los poderes de alma y cuerpo en el proceso, y aquellos rostros le produjeron buen efecto. Sí; buen efecto hicieron en el prisionero, cuya oscura y gastada fisonomía, ralo cabello y ropa holgada sobre el cuerpo que ántes ciñera, estaban diciendo á voces lo que nadie interpretaba con justicia en aquella funesta hora. Desde el principio hasta el fin Domingo Daly llevó su cruz tranquilo y con varonil entereza.

Seguía la causa, en medio de la atención fija de los espectadores bastante afortunados para haberse asegurado sitios, y era debidamente referida, con fidelidad bastante, á la multitud reunida fuera, multitud que se conducía con ejemplares orden y decencia. La solemnidad, y algo que había de novelasco y secretamente sentido en la posición del prisionero, apelaba á la parte imaginativa del pueblo irlandés, y no se oían las bromas brutales que semejante escena hubiera provocado en una muchedumbre inglesa compuesta de parecidos elementos. La causa seguía con fatal suavidad, desde la declaración del reo *soy inocente*, hasta el exámen de los testigos, pocos, pero terriblemente suficientes. Únicamente surgió una diferencia en el curso del procedimiento que el rumor ha-

bia señalado al fiscal; fué al discurrir sobre el motivo que impulsó al acusado. Solamente un observador muy perspicaz podría haber descubierto la ansiedad del prisionero en este punto, ó reconocido su alivio cuando el ilustrado acusador se contentó con generalidades sobre la molestia que es para la libertad de un jóven una mujer anciana ó inválida, atacada de una enfermedad repulsiva, por necesidad separada de él y carga para sus escasos medios. El último argumento fué algo modificado, probando que el resto del caudal, propio de la asesinada, habia bastado para mantenerla; pero la inferencia favorable quedó compensada por la sugestion de que este caudal hubiera sido herencia del marido. El fuerte testimonio de la bondad de Daly para con su paciente esposa quedó anulado por la consideracion del motivo que la producía. Un hombre capaz de revolver en su mente el proyecto de tal crimen, tenia que prepararse una disculpa ganando la confianza de su futura víctima; ¿y no era esto exactamente lo que el prisionero habia hecho? Al único sér á quien su muerte traía ventajas, á aquel para quien su existencia era un daño continuado, acudió la pobre mujer confiada é inocentemente en busca de consejos y medicinas.

Pensaba Daly, abstrayéndose completamente del caso, como si se tratara de algo que fuera ageno á él, cuán fácilmente, con cuánta prontitud, con cuánta naturalidad, el gran criminalista habituado á las oscuras sombras de la vida y del carácter humanos, pintó como cosa corriente una situacion aborrecible á la imaginacion del hombre que estaba pintando y completamente opuesta á sus antecedentes, reputacion y vida diaria. ¿No era todo aquello muy natural y muy digno de ser creído? pensaba Daly *aun sabiendo lo que sabia*, al escuchar el argumento, como si se refiriera á una tercera persona. Quizás no; y, sin embargo, tal infierno sobre la tierra como el alma humana abandonada á las estratagemas que la lisa y pulida lengua, de cuyos acentos pendía la plebe, estaba describiendo, casi sobrepujó sus facultades. Su fantasía retrocedía á lo que habia sido la verdad pacífica, prosáica, serena, de su vida primera, y por un momento le llenó de asombro, le abordó el sentimiento de que él mismo y todos los

que le rodeaban eran seres sin realidad: que nada podía ser verdad ó tener existencia tangible, donde una teoría tan extensamente falsa, era presentada gravemente con probabilidad siquiera de ser aceptada como verdadera. Pero este deslumbrador asombro huyó ante su propio conocimiento siempre fijo en la verdad. Esta grave pintura de un estado de cosas que jamás habia existido, la construcción de un drama que no tenia escena, ni actores, ni vida absolutamente, eran accesorios de poca monta en la ilusión general cuyo centro era Daly. Cada minuto que pasaba añadía un nuevo eslabon á esa cadena que se iba desarrollando fácilmente, y que pronto habia de completarse formada con declaraciones destinadas á demostrar una mentira. Y allí estaba el único que *sabia*, el desamparado prisionero, en el garfio de hierro de la ley irresistible y espantosa, el hombre por cuya voluntad todo aquello estaba sucediendo, cuya palabra podia derribar todo el castillo de naipes.

El exámen de los testigos nada puso en claro fuera de los hechos ya mencionados. Gran interés é importancia se daba á la declaracion de Sam Sullivan, mancebo de la botica del Dr. Mangan. Resultó ser muy sencilla, y más bien perjudicial al crédito de Mr. Sullivan, pero confirmó la acusacion. Mr. Sullivan admitió que Daly habia tenido libre acceso á la botica durante su estancia en Athboyle el año anterior, que era posible que pudiese haber sustraído drogas aún de las que debian haber estado guardadas fuera del alcance de todos los que no fueran el boticario y sus ayudantes; y que tal sustraccion, si la habia habido, necesitaba haber sido llevada á cabo con un propósito considerablemente preconcebido, porque ya habian trascurrido diez meses desde su traslacion de Athboyle á Narraghmore. Al ser preguntado por sus relaciones con Daly en el intervalo entre su viaje á Narraghmore y la perpetracion del crimen, Sullivan admitió que habia ayudado á Daly á persuadir á su mujer de que estaba él tratando de encontrar remedios—curaciones, como la pobre mujer decia—para su enfermedad incurable.

En dos ocasiones le habia enviado *medicina real*, pero casi *inofensiva*, con objeto de ser transmitida á la señora Daly; pero

nada absolutamente sabia del último fatal experimento. Esto, sin embargo, no tenía importancia para el caso; el bicarbonato de soda podía ser procurado en cualquier parte.

Un observador perspicaz hubiera visto que la oscura y gastada cara del prisionero manifestaba signos de dolor, que las ventanas de su nariz se dilataban y cerraban con una respiración más trabajosa, que perdía el dominio sobre los músculos de la boca que se mueven al hablar, y que su mano apretaba más la barandilla que tenía cogida, blanqueándose sus nudillos y tiñéndose de púrpura las uñas. ¿Qué sucedería si preguntaban á este testigo si alguna otra persona extraña á la familia Mangan había tenido acceso, posteriormente y con más libertad, á las terribles drogas de la insegura botica? ¿Qué, si Sullivan nombraba á Catalina Farrell, despertaba el rumor dentro del tribunal que jamás había cesado de agitarse fuera, sugería la verdad al defensor del preso, ya como relámpago de convicción absoluta, ya como astuta y plausible posibilidad de defensa, y todo venía á revelarse? Daly pasó por la agonía de cien muertes en los dolores de esta terrible visión de lo posible. En un momento se apareció en su enferma y abatida alma un impulso desesperado de detener la causa, diciendo:

—Señor, estais perdiendo tiempo y estos caballeros desperdiciando habilidad. Lo que dije fué falso: me retracto; soy culpable.

Pero esto pasó con la convicción que la voz y las maneras del testigo (quien no le miró sino al principio como para reconocerle) le infundieron de que Sam Sullivan creía plenamente en su culpabilidad.

Esto también le causó disgusto, aunque inmediatamente reconoció que era una ventaja en aquel momento. Con toda la claridad de concepción que había resultado de su fuerza de voluntad, no se le había podido ocurrir que Sullivan le hubiese ayudado con una credulidad tan natural, aunque monstruosa para la inteligencia del acusado.

Continuó la declaración, y el prisionero reconoció con intensa percepción externa, extraña en él mismo, tranquila como si fuera ejercida en el caso de otro, sereno ante la tor-

menta que soplaba á su alrededor, que conforme Sullivan sacaba de su memoria hecho tras hecho, cada uno de estos justificaba su creencia en el significado fatal de todos ellos. Las circunstancias habian favorecido tanto la resolucion del acusado, que formaban una red de testimonios contrarios, y el comentario mental de Daly cuando el interrogatorio de Sullivan concluyó felizmente, fué el siguiente:—Si Sam no hubiera estado convencido de mi culpabilidad, hubiera sido un bobo.

Su antiguo compañero y amigo bajó, sin dirigir ni una sola mirada al oscuro y gastado rostro que en el banquillo se mostraba, y atravesado su corazon por el amargo convencimiento de que habia sido engañado y convertido en instrumento por Daly, hácia el cual sentia, sin embargo, una irresistible compasion.

Las horas pasaban y la vista llegaba á su término. La gente dentro y fuera del tribunal no habia disminuido en número ni su interés habia flaqueado en todo el dia. ¿Quedaría todo concluido ó duraría todavía un dia más? Se llegó á entender que el tribunal se reuniría tarde para concluir con el asunto. El eminente criminalista que sostenia la acusacion y el no ménos eminente criminalista que defendia al preso, estaban excesivamente ocupados y ansiosos de marcharse, juntos probablemente, á la mañana siguiente; y el jurado naturalmente habia de preferir no estar encerrado toda la noche. Entre los que lo formaban no habia con seguridad ni un solo disidente, y el caso, con ser tan terrible y tan importante, era, sin embargo, de los más sencillos. A una abrumadora cantidad de declaraciones circunstanciadas directas é indirectas, ¿qué podía oponer el abogado que se encargó de la defensa? Algunas declaraciones de buena reputacion y unas pocas indicaciones, sin fundamento, sobre vagas posibilidades de que el veneno hubiera llegado á poder de la víctima, por otros medios que los directos que segun lo que del proceso resultaba habian servido para hacerlo llegar á sus manos. Cuando su abogado empezó á hablar por él, á hacer todo lo que pudo con tales elementos, á trabajar con las estropeadas herramientas de apelacion, persuasion y reflexiones sobre la ter-

rible responsabilidad de un juicio precipitado y erróneo y sus irrevocables consecuencias, y sobre la benigna latitud de la duda, le escuchaba Daly con la ansiedad del que está entre la muerte y la vida. Más fuerte que nunca brotó en su interior el amor á la existencia al verse frente á frente de sus *probabilidades*. Algunas veces apartaba su mirada por un instante del hombre que le defendía para ver los rostros de los espectadores y deducir de la expresion que en ellos se dibujaba el efecto que hacia la defensa, lo que se pensaba de esas *probabilidades*; pero era solo por un instante; volvía en seguida su vista al punto céntrico. A veces apenas podia oír, á pesar de ser todo oídos, á causa del bullir de la sangre en todas las venas y del fuerte latir de su corazon que mecia ó bamboleaba todo su cuerpo. ¿Cuánto tiempo puede vivir un hombre que sufra esto? ¿Cuando destruirá tal desolacion entre sus misterios la mera fábrica humana entregada á la despiadada violencia de su inmortal inquilino, vuelto de este modo rebelde? Con todo, á pesar de tan rabiosa lucha en su interior, la voluntad del hombre se sobrepuso y le puso en estado de calcular con justicia sus *probabilidades*, de ver cómo la verdad, tal como él solo la conocia, podia ser la única é *imposible* solucion de la falsedad, que todos los esfuerzos de su abogado eran impotentes para combatir. Y Domingo Daly vió que sus *probabilidades* eran—ninguna. Cuando todo aquello se concluyó, cuando el fiscal hizo su rectificacion con despreciativo laconismo y el juez su resúmen al jurado con toda la gravedad conveniente, cuando los doce jurados abandonaron sus sitios, teniendo en sus manos su vida, y estaba él á punto de ser llevado del banquillo hasta que fuera necesario venir á escuchar la determinacion de aquellos, los espectadores al mirarle vieron la cara de un muerto con los ojos abiertos.

Pero cuando, habiendo recobrado sus asientos los jurados, despues de un intervalo de tres cuartos de hora solamente, fué conducido de nuevo el prisionero ante el tribunal, se mantenía de pié con firmeza, fuerte y hermoso en la lozanía de la vida: tenia alta la cabeza y miraba con sus azules ojos, sin reproche ni vergüenza. Las dos manos apretaban la barandilla, pero ni temblaban ni se tenian rígidas ni sufrían

contorsion, y su oscuro y gastado rostro estaba ligeramente teñido de color. El largo día de verano estaba convirtiéndose en una noche dulce, solemne, alumbrada por las estrellas. El tribunal estaba ya iluminado cuando volvieron á traer al preso, y este estaba allí de pié, más firme que nunca: jamás le habian visto ni su más íntimo amigo, ni la mujer causa de todo, con apariencia más varonil, más brava, más llena de vida que lo veian ahora el tribunal, el jurado y la multitud de espectadores.

Poco cambio se notó en él cuando se pronunció el veredicto que lo declaraba *culpable*, y se le hizo la acostumbrada pregunta de si tenia algo que decir ántes de que se le sentenciara á muerte. No perdió el color su fisonomía al responder con perfecta claridad y con señalado respeto:

—Nada, señor, excepto que lo que dije es la verdad. Soy inocente.

Un profundo y opresivo silencio llenó el tribunal hasta que el juez habló. Daly retiró sus manos de la barandilla, y cruzándolas descuidadamente inclinó la cabeza con sumision mientras que el juez le sentenciaba á morir ahorcado por el cuello: aún la bajó más á las palabras *y que el Señor tenga piedad de vuestra alma*, y en esta actitud se mantuvo más de un minuto despues de terminado todo. Entónces se incorporó, y el guardian le cogió sin dureza por un brazo. Al obedecer á la señal dirigió por un instante una ojeada otra vez á la sala, penúltima mirada á una reunion de sus semejantes, y en aquel instante vió la fisonomía del padre Juan O'Connor. El cura, escondido en un rincon cerca del sitio del jurado, estaba mirando al prisionero con tan intensa atencion, que habia prescindido por completo de la masa que al lado suyo le empujaba. Su severo rostro estaba excesivamente pálido, y sus lábios se movian inconscientemente. Se encontraron sus miradas en aquel breve momento, despues del cual Domingo Daly caminaba hácia la celda, que solo habia de dejar para ir á la horca.

.....

Cuando Domingo Daly fué otra vez conducido á la cárcel, se aumentó, como es costumbre, la severidad de las condi-

ciones de su prision. Ya no era un presunto reo; ya era un criminal convicto, y la degradacion tenia que formalizarse y sistematizarse; pero no habia mala voluntad contra él. Los empleados de una prision rara vez obran por un ódio abstracto al crimen, y, segun el criterio de los carceleros, un grandísimo criminal puede ser un *preso buenísimo*, perfectamente quieto, circunspecto y tranquilo. Opinaba el jefe de los carceleros, individuo práctico que miraba á los criminales bajo el punto de vista de *clase* y comportamiento, y que estaba muy por cima de la posibilidad de sorprenderse, extrañarse ni dejarse conmover por nada, que si pudieran conmutarle la pena á Daly y condenarle á cadena perpétua, el experimento tendria buen éxito y Daly acreditaria el sistema y honraria el sitio que fuera testigo del cumplimiento de su condena. Daly habia pedido una entrevista al gobernador de la cárcel de Portmurrrough, y habiéndole sido concedida, manifestó á este, en los más decisivos términos, que deseaba que á nadie se permitiera el verle. Al expresar el gobernador alguna sorpresa por súplica tan inusitada, contestó Daly con respetuosa firmeza:

—No tengo parientes, señor; no hay una sola persona que pueda solicitar con derecho verme; y pido el privilegio de pasar los pocos dias que me restan sin que se me perturbe. Excepto el capellan, señor, pido que *á nadie* se permita verme.

—¿Estais preparado á oír—preguntó el gobernador con alguna curiosidad, porque los rumores que circulaban habian llegado á su noticia—que una jóven, una tal Catalina Farrell, ha pedido ya permiso para visitaros?

—No pensé que fuera tan pronto, señor—replicó Daly;—pero mi peticion se extiende á ella. Nada tiene que ver conmigo, y sériamente pido que se la diga que yo he rehusado verla.

El que hablaba era un asesino, un preso en su corto camino hácia la horca; pero algo habia en su faz y en su voz que venció al gobernador como empleado, y le ganó como hombre. Este le dijo:

—No tengais cuidado, Daly; nadie entrará. ¿Teneis algo más que pedir?

—Deseo escribir una carta al padre Juan O'Connor, de Narraghmore.

—Muy bien. Es preciso que pase por mis manos y abierta; supongo que lo sabeis.

Daly apreció la forma de las palabras, pero respetuosamente respondió que nada tenía que escribir que exigiera el secreto.

Habia alcanzado su objeto, aunque la total exclusion de visitas resultó ser imposible, porque los amigos de Daly empezaron inmediatamente á dar pasos activos para obtener la conmutacion de la sentencia y tuvieron que ser admitidos con este objeto. Se enteró con gratitud de lo que estaban haciendo, pero sin demostrar ansiedad ni suspension. No tenía ninguna esperanza de buen éxito.

—Soy un hombre inocente como me creeis, á Dios gracias, señor—dijo á Mr. Bellew;—pero nunca hubo un caso más probado.

Su compostura, nunca estudiada ó histriónica, no se alteraba casi nunca. Catalina Farrell hizo varios esfuerzos para ganar acceso hasta él. Descuidaba completamente las apariencias, y aún los descarados escarnios é insultos con que la asaltaban no tenían efecto ninguno sobre ella; los oía impertérrita. Rondaba siempre por las puertas de la prision, en las que se aparecía al amanecer sin abandonarlas en las molestas horas del claro, bello y caluroso dia. Lo peor, fuera de la verdad, que pudiera decirse de la muchacha, se decia en Portmurrrough. Habia sido la querida de Daly, y él habia tenido prisa de casarse con ella; esta era la version enmendada que corria de la antigua historia de Narraghmore. Consiguió entablar relaciones con dos ó tres de los empleados inferiores de la cárcel, que no estuvieron groseros porque el asesinato era un accidente extraordinario en sus anales y Catalina Farrell era interesante: intentó varias veces enviar á Daly cartas y tambien que se le diera un pañuelo. Se creyó despues que este pañuelo estaba saturado de veneno con la intencion de que Daly pudiera anticipar por sí mismo el fin de la sentencia. Pero el gobernador era fielmente servido, y á su vez cumplió su palabra á Daly. No oyó su nombre, no

llegó á él rumor alguno de la presencia de Catalina. Una vez logró ella presentarse al capellan católico de la cárcel y le suplicó en estos términos:

—Yo era su amante, y si es la gente de dentro la que me está impidiendo la entrada, sostengo que él tiene un derecho á verme; y si es él el que no me deja penetrar, tengo un derecho á verle.

El capellan visitó á Daly y se lo dijo.

—Oireis mi última confesion á su tiempo—fué la determinada y extraña respuesta de Daly;—entónces sabreis lo que es Catalina Farrell para mí.—No quiero verla más en este mundo.

Cuando el capellan dijo á Catalina la última parte de la respuesta, pues se calló la primera, ella la recibió con inesperada tranquilidad. Unicamente dijo:

—Muchas gracias: veo que es inútil y desistiré.

Y salió con firme paso y sin una lágrima en los ojos. Estaba vieja y estropeada, y la sutil belleza de su rostro eclipsada extrañamente: era solo restos de la mujer que habia estado con Daly entre el dorado tojo de la colina pocos meses ántes.

Se echó el velo á la cara cuando se retiró de la presencia del capellan y se dirigió afuera, junto á la pared del Sur de la prision, hasta que llegó al frente de la puerta, donde la horca habia de erigirse. Allí se detuvo algun tiempo, como si estuviera midiendo sus proporciones; despues marchó junto á la pared del Norte hasta su mitad. Por las preguntas que habia hecho se habia formado la topografía de la cárcel, y calculaba que la capilla estaba exactamente detrás del muro que ella tenia delante. De pié allí, levantó sus manos hasta su cuello y metió dentro del sombrero con el ademan vulgar las trenzas de cabello que se habian salido.

—No quiero verla más en este mundo—murmuró mirando fijamente al muro fuerte, tosco, inexorable que tenia delante;—¡eso fué lo que dijo! ¡Ese fué su último mensaje para mí! Pues por Dios, á quien tú vas á ver pronto y yo nunca, *me verás*.

Dió una rápida vuelta, y salió por una calle inmediata, y desde entónces hasta el fin, no fué ya vista en las cercanías de la prision, ni hizo más tentativas ni más súplicas.

Los esfuerzos hechos por los amigos de Daly para obtener la conmutacion de la pena, fueron inútiles. El condenado tenia razon: la misma respuesta vino de todos aquellos por cuyas manos pasó la requisitoria para la consideracion del Lugarteniente general de Irlanda. *Nunca hubo caso más probado.*

Hasta dos dias antes del designado para la ejecucion, no desistieron los que habian tomado á su cargo esta obra de piedad ni abandonaron la esperanza. Cuando al fin se vieron obligados á hacerlo, cayó en suerte á Mr. Bellew decir al prisionero el resultado de sus tentativas. Encontró á Daly mucho ménos ansioso y agitado que lo estaba él mismo. Jamás habia esperado. La entrevista y la separacion del condenado y su amigo que le habia creido inocente siempre, y todavía le seguia creyendo inocente, fueron en extremo conmovedoras. En esta última hora rompió Daly su reserva habitual y su laconismo y dió expresion á toda la gratitud que llenaba su corazon. Cuando Mr. Bellew, ya próximo al último adios, le preguntó si tenia alguna súplica final que hacerle, Daly por vez primera le habló de Catalina Farrell.

—Os doy la seguridad solemne del moribundo—dijo—de que lo que se dice de ella no es verdad. La amaba, señor, y si yo hubiera sido un hombre libre, me hubiese casado con ella; pero ni la engañé ni la pervertí; y está limpia de toda mancha por mi parte. Si Vd. y su señora quisieran servir á una pobre criatura perdida, en gracia de uno que tanto os debe, la protegeriais, y la enviariais á Ultramar, á algun lugar extraño donde pueda vivir honradamente y sobrevivir á todo esto. No la tengais aquí; no seria bueno para ella ni para los demás, sino enviadla desde luego al otro lado de los mares. Si en vuestra grande, grandísima bondad, podeis prometerme que así se hará, yo apartaré este mundo de mi cabeza y de mi corazon y estaré listo para mi viaje.

—¡Querido Daly, pobre, desventurado! se hará.

Cuando aquello terminó, Daly, cansado, se abatió por un intervalo y volvió á la pared la cara, pero no por mucho tiempo; pronto se recobró y escribió la carta siguiente al padre Juan O'Connor:

«Cárcel de Portmurrrough, sábado, Julio.

»Reverendo señor: Voy á morir el lunes á las ocho de la mañana, cuando esteis celebrando la misa que yo os ayudé más de una vez. Tal vez, querido padre Juan, conjetureis el por qué no he querido veros en este sitio; tal vez no podais conjeturarlo; pero sea de un modo ó de otro, creereis en mi buena intencion, y me perdonareis por no tener en algunas cosas un corazon tan fuerte como el que yo humildemente pido á Dios y espero que lo conceda á otros. Muero inocente del crimen de que se me acusa; pero á pesar de esto soy causa de mi muerte. A nadie debe echarse la culpa sino á mí mismo. Los benditos ritos de la Iglesia los recibiré de otras manos que las vuestras, padre Juan, y sé que hubiéseis venido á mí si yo hubiera pedido veros, aun en estos últimos momentos. No lo hice, no por mí, sino por vos. Adios, reverendo señor: humildemente pido vuestras oraciones y un recuerdo en el altar para un pobre pecador, cuyo buen amigo fuísteis siempre.

»DOMINGO DALY.»

Mucho tiempo tardó en escribir esta carta. Meditó cada línea, mejor dicho, cada palabra, y evidentemente le parecia el escribirla empresa difícil.

—Necesita estar de tal modo que si él no sospecha ó no sabe no pueda revelárselo la carta; pero si sucede lo contrario, que pueda ver en ella que tambien yo lo sé, y que muero por mi propia voluntad y deliberacion, que no soy víctima de una equivocacion ni de un doble crimen.

Se sentó por algun tiempo con las manos cruzadas sobre la carta y la vista levantada á la ancha lista de luz que penetraba por la ventana de la celda. Su rostro, más ajado que en la vista de la causa, estaba lleno de inefable tristeza, pero no dejaba ver el miedo. El terror, el sentimiento de impasibilidad, la terrible agonía y batalla que habia de dar en su interior la vida fuerte al reclamar su duracion y sus goces, el horrendo hundimiento del espíritu y estremecimiento de la fria y húmeda

carne, tendrían que acometerle como han acometido siempre al héroe más grande al conocer que á una hora dada, con absoluta certeza, le espera una violenta muerte al otro lado de la puerta que puede ver y palpar; pero ellos no habían llegado todavía á Domingo Daly, sus fantásticas señales no le habían sobrecogido. Una hora más tarde, una hora ménos en aquella existencia que se contaba por minutos—pero hora en que habia viajado con gran velocidad y habia dado una vuelta completa al camino de su vida—el condenado envió por el capellan de la cárcel.

El gobernador de la de Portmurrrough era un amigo personal de Mr. Bellew, y aunque no compartía con este su convicción de la inocencia de Daly, habia prometido á aquel de muy buen grado hacerle una reseña particular de la última escena que no se habia atrevido á presenciar. Los siguientes pasajes son extractos de la carta del gobernador á Mr. Bellew. La escribió cuando todavía el cuerpo del hombre que habia muerto en la horca yacia en su féretro hecho de tablas sin cepillar, en el blanqueado corredor de la cárcel.

«.....Ampliamente justificó vuestra confianza en su valor y sangre fría. He visto la ejecución de muchos criminales y no pocos ejemplos de extraordinario arranque entre ellos; pero ninguno como Daly. El capellan estuvo con él desde las cuatro de la mañana. ¡Y qué hermosa mañana! Hago mención de esto por una estraña referencia que hizo ayer al tiempo. Llovió aquí un poco en las primeras horas de la tarde y Daly pidió muy vehementemente al capellan que no dejara enterrar su cadáver en el cementerio de la cárcel *mientras lloviera*. «Si llueve no será por mucho tiempo», dijo, «y estoy seguro de que el gobernador me concedería este don.» Parecía tan inquieto en este punto que el capellan vino á decírmelo anoche y yo envié á decir á Daly que le empeñaba mi palabra de que se observaría su deseo. ¡Qué raro es esto! ¿Verdad? No dió explicaciones.

»Esta mañana se vistió cuidadosamente, oyó misa y recibió la sagrada comunión á las seis, con la mayor devoción; despues permaneció en conversacion con el capellan, que está ex-

cesivamente abatido, como nunca le habia visto desde que le conozco, hasta que llegó la hora. Tomó un poco de té, pero no probó bocado, y cuando le ví al atravesar el patinillo me pareció pálido y débil; pero no pisaba con debilidad; estaba completamente tranquilo y sereno, y me saludó del modo más respetuoso. El capellan se mantenía á su lado y de vez en cuando le hablaba al oido. Reparó en la gente que habia en el patio y se afectó repentina y extrañamente cuando le maniataron, aunque se sometió con perfecta dignidad. «Que no me vean, pidió ansiosamente, por Dios, que no me vean. No puedo salir amarrado así.» Pidió despues que le echaran en los hombros un capote que habia traído cuando vino á la cárcel, de modo que le tapara los brazos. Se hizo así y dió las gracias más expresivas á todos los presentes. Muy poco despues todo habia concluido. Cuando apareció, la multitud gimió; pero no hubo exclamaciones, ni gritos, ni indecencias. Ni una sola vez inclinó los ojos, hasta que quedaron tapados por el gorro. Yo creo que no vió otra cosa sino el cielo y la cara del capellan. Habló este á su oido hasta lo último y comprimió el crucifijo contra el pecho de Daly, cuando ya estaba vendado y con el lazo corredizo al cuello. Entónces le tuvo abrazado un momento, le soltó y descendió corriendo las escaleras hácia la cárcel. Daly murió muy fácilmente y en cortísimo tiempo. La cuerda era acaso demasiado larga; y cuando pendia el cuerpo, apenas se levantaban los pies veinte pulgadas del piso del cadalso. Un perro de la calle, que decia la gente que habia venido corriendo desde Narraghmore, consiguió subir de un modo ú otro, y lamia sus botas. A patadas lo echaron del cadalso y despues lo mató la multitud; pero el perrillo hizo una buena obra ántes de morir, porque corrió hácia una mujer que estaba de pié en un sitio en primera fila (fuerza es que hubiera estado allí toda la noche para tener tan buen puesto) y esto hizo que se la reconociera por aquella persona que tanto habeis buscado; Miss Farrell, que se dijo que habia sido el amor ó algo más de Daly. La mujer parecia completamente atónita, pero dijo su nombre y la policia se hizo cargo de ella. Está muy mala en la enfermería del hospicio, donde la tendrán hasta que mandeis instrucciones.

En mucho riesgo se vió de ser maltratada por la gente cuando se supo quién era y que habia ido allí para ver ahorcar al hombre. Una infinidad de mujeres que habian ido allí con el mismo objeto la empujaron y la asustaron y la insultaron con odiosos nombres; pero la policía la cogió sin que hubiera sufrido ningun daño real..... Daly era ciertamente un hermosísimo hombre..... Espero que vuestra señora estará más repuesta de la impresion de este horrible asunto.»

La mujer que fué sacada de entre la multitud en la ejecucion de Daly y llevada á la enfermería de Portmurrrough no estaba herida, en el sentido de daño físico, pero habia recibido un tremendo ataque nervioso. Durante muchos dias permanecié completamente inmóvil y sin habla, y toda la vida que habia en ella parecia estar concentrada en sus límpidos, poco expresivos y casi incoloros ojos. Fué muy bien asistida, y al cabo de algun tiempo recobró algunas fuerzas y la facultad de hablar. Mr. Bellew vino de Narraghmore á ver á su primitiva protegida, á la muchacha de la buena letra, observando así la promesa dada á Daly; pero el doctor del hospicio no tuvo esperanzas que dar á Mr. Bellew, ni veia plan alguno para el bienestar futuro de la enferma.

—Cuánto tiempo vivirá de este modo, no puedo decirlo, naturalmente—dijo aquella vulgar persona á Mr. Bellew;—pero no saldrá nunca de estas paredes si los directores no se lo permiten; y supongo que así lo harán, especialmente si se paga poca cosa por ello. La enfermedad es extraña; yo no acabo de comprenderla, pero hay una afeccion al cerebro fuera de toda duda y el corazon está dañado. ¡Por Júpiter, qué hermosa ha sido y no hace mucho que aún lo era! Dispuse desde luego que le cortaran el cabello, y en mi vida he visto cosa semejante; habia para seis cabezas ordinarias de mujer. Si no fuera porque no debe decirse del pelo rojo diria que era hermoso; aquellos antiguos de Venecia lo hubieran creido hermosísimo hace algunos cientos de años.

El capellan de la cárcel demostró un interés por Catalina Farrell notable, si se atiende á que los hospicianos no estaban á su cargo. Fué á verla; encontró á Mr. Bellew en la enfer-

mería; recomendó que el doctor la informara de su verdadero estado, para ponerla en disposición de atender á sus deberes religiosos, y que no hubiera tardanza. Se hizo así. Se dijo á Catalina Farrell que no le quedaba mucho tiempo de vida, lo cual escuchó con aparente apatía. Hasta tres dias despues de recibir la advertencia no expresó deseo alguno que pudiera considerarse consecuencia de ella: y entónces no fué su deseo el que se habia supuesto. Pidió que enviaran á buscar á Samuel Sullivan, el mancebo de la farmacia del Dr. Mangan en Athboyle. Como no parecia haber razon para esta exigencia, nada se hizo para complacerla hasta que el capellan de la prision, interviniendo de nuevo inexplicablemente, escribió á Mr. Bellew y le informó de lo que se habia hecho. Mr. Bellew envió á buscar á Samuel Sullivan y este acudió á la llamada. Catalina Farrell estaba en una sala que afortunadamente no tenia otros enfermos y nadie interrumpió su larga entrevista con Sam Sullivan. Cuando se separaron, salió él con el espanto retratado en su fisonomía y con apariencia de haber envejecido; dijo únicamente que la moribunda deseaba la asistencia del capellan de la cárcel de Portmurrrough.

Catalina Farrell murió una semana despues de esta escena. Lo que se dijo entre ella y el capellan nunca será conocido, como es natural: pero Sam Sullivan hizo una declaracion solemne de que la moribunda le habia dicho á él—á cuya falta de cuidado se habia debido que ella pudiera perpetrar el crimen—la historia que yo aunque imperfectamente he acabado del oscurecido héroe que *habia muerto sin hacer NI UNA SEÑA.*

MRS. CASHEL HOEY.

LOS PRINCIPIOS LIBERALES EN INGLATERRA.

Hace veinte años se apoderó del público inglés un pánico que por algun tiempo debilitó la confianza nacional en las instituciones representativas. Un fracaso temporal de nuestra administracion militar en los principios de la guerra de Oriente, que contrastaba con la supuesta capacidad de la francesa, bastó para producir una impaciencia apasionada de dominar al Parlamento, y ánsia por un gobierno, si no *personal*, al ménos *fuerte*. Hasta el mismo príncipe consorte, hablando deliberadamente en una coyuntura crítica, declaró que el gobierno constitucional estaba «en peligrosa crisis», y hombres ménos prudentes y ménos concedores de la historia inglesa no se asustaban ni se avergonzaban de magnificar muchísimo los méritos de una dictadura. Este ataque de rebajamiento indigno desapareció rápidamente; se vió crecer el vigor de la organizacion inglesa al mismo tiempo que las faltas de la francesa se hacian más patentes cada mes de la guerra: el pueblo francés empezó pronto á clamorear por aquellas mismas libertades que los ingleses habian afectado despreciar: Italia, Alemania y aun Austria adoptaron sucesivamente el gobierno constitucional de tipo inglés: la gran contienda de 1870 demostró que por no tenerlo, los armamentos de Francia carecian de apoyo moral, y el ídolo del imperialismo francés se hizo al fin pedazos en Sedan. Desde entónces rara vez se oye hablar de gobierno personal á no ser para sacar deducciones en su contra; y en 1876 pocos se

aventurarian á murmurar en lo más recóndito del hogar esas simpatías anti-constitucionales, libremente proclamadas en 1855.

Una oleada semejante de sentimiento reaccionario ha pasado, sin embargo, recientemente por la superficie de la política inglesa. Del mismo modo que fué impugnada la Constitución inglesa porque las medidas para el abastecimiento del ejército habían sido malas en una emergencia repentina, así también se impugnan los principios liberales porque ha existido durante dos años un ministerio conservador y no hay perspectiva inmediata de derribarlo. Por espacio de veinticinco años ántes, con tres cortísimos intervalos, había estado en el poder el partido liberal; durante este período llevó á cabo victoriosamente casi todas las medidas que los liberales de la última generación acariciaban en sus corazones; y habiendo caído en minoría por una combinación de influencias que hubieran destruido mucho más pronto á cualquier otro partido, todavía pudieron sostener el terreno ya conquistado, y á pesar de todo, hay algunos que, no solo desesperan de que vuelva á vivir, sino que dudan hasta de la existencia de principios liberales característicos.

En vano es recordarles que los patriotas de las edades primeras se contentaban con vivir y morir por los principios de la libertad civil y religiosa, cuyos principios son hoy la herencia del partido liberal, y que entónces, como ahora, eran piedra de escándalo para los creyentes descorazonados, y locura para los políticos escépticos. En vano se les invita á observar el avasallador ascendiente de los principios liberales en el continente despues de repetidos desalientos y bajo condiciones mucho más árduas. Admiten que en su origen la causa liberal era la causa del pueblo; que era una realidad y no un mero nombre en los dias de Hampden y de Somers, bajo la mal disfrazada autocracia de Jorge III y en la gran reaccion que siguió á la Revolución francesa.

No pueden ménos de percibir que Alemania se ha hecho la primera potencia de Europa, que Italia es una gran nacion por abrazar, aunque tarde, los más esenciales de los principios liberales; reconocen que estos son la base de la prospe-

ridad nacional de Suiza, Holanda y Bélgica; aplauden la adopción de ellos en Francia y condenan todo resbalón hacia atrás; saben que ellos crearon los Estados-Unidos de América, y que son el verdadero aliento de vida de todas las prósperas colonias inglesas. En todas partes serían liberales menos en su patria; en todos tiempos menos en los que corren. El alegado agotamiento de los principios liberales es peculiar ciertamente á la Gran Bretaña, y se nos amonesta complacientemente para datar el nuevo milenio de indiferencia política desde las últimas elecciones generales.

Pero algunas veces se proclama la soberanía de la indiferencia política, no tanto por razón de que los principios liberales estén agotados, como por el motivo de que todos sus elementos estables y valederos han sido absorbidos por las modernas teorías conservadoras, ó al ménos han llegado á ser propiedad de los dos partidos. Cuán lejos está esto de la verdad, aparecerá en adelante con más claridad. En el entretanto, no podemos ménos de notar que si fuese verdad equivaldría á una victoriosísima justificación de los principios liberales y á casi la presunción de que no debemos abandonar el derecho que tenemos sobre ellos. Si se ha demostrado que los principios liberales han llevado adelante á la nación en el siglo XVII, en el XVIII y durante los primeros dos tercios del XIX; si aquellos que con persistencia se opusieron á los principios liberales en el transcurso de tantas generaciones están hoy convictos de haberse opuesto á la razón, á la justicia y al interés nacional, ciertamente que es motivo bien extraño para abjurar de los principios liberales con su propio título y para amarrarlos á un título extranjero como *conservadores* ó *constitucionales*, asociado hasta ahora con la resistencia á esos mismos principios liberales. Si el partido que Mr. Disraeli llama con más exactitud *Tory* está realmente preparado á quemar lo que adoraba y á adorar lo que quemaba, ¿por qué aferrarse tan decididamente á consignas y apelativos de partido que traen á la memoria los vergonzosos recuerdos de la historia constitucional inglesa, en vez de tomar el nombre, al mismo tiempo que las gloriosas tradiciones del partido liberal?

Pero realmente es difícil discutir en serio la hipótesis de que los principios liberales se hayan perdido entre la nebulosa masa de los principios conservadores. ¿Cuáles son los principios liberales? Cuestión es esta cuya respuesta confesó lord Derby que no podía dar en aquella notable exposición en Edimburgo de la política conservadora, exposición que debió ser para los obreros como un evangelio de desesperación política. Al acercarnos á tal investigación, no estará fuera de lugar tener presente un ejemplo notable que encontramos en el mundo religioso. No hay divisiones entre los liberales ingleses tan profundas, tan anchas ó tan antiguas ó tan duraderas como las que mantienen separadas las varias iglesias protestantes de Europa y de América. Más todavía: las divisiones del protestantismo se hacen más significativas por el contraste con la imponente unidad del catolicismo más coherente y sólida con mucho que la del partido conservador, y no obstante, podemos preguntar si el más sectario de los protestantes ó el ménos escrupuloso de los jesuitas, disputaría la existencia de ideas dominantes y de tendencias definidas comunes á todos los protestantes y que presentan barrera insuperable á toda reunión de la cristiandad bajo la base del catolicismo. Si esto es verdad, ¿y quién osaría negarlo? puede seguramente haber también ideas dominantes y tendencias definidas comunes á todos los liberales ingleses, á pesar de todas las diferencias entre el centro y la extrema izquierda del partido. En otras palabras, puede haber un perfecto acuerdo en los principios liberales en las capas más internas del pensamiento por debajo de los múltiples desacuerdos de la política liberal. Enumerar estos principios hasta agotarlos sería naturalmente imposible; pero no lo es identificar algunos de los más firmemente arraigados en los corazones y en los ánimos de los verdaderos liberales, y cuya influencia ha de ser clarísimamente trazada en la historia contemporánea.

1. El primero y el más claro de todos los principios liberales es el reconocimiento sin reservas del progreso, como ley de todas las instituciones humanas, civiles ó religiosas. Este principio, ridiculizado algunas veces como verdad indudable por los conservadores modernos, ha sido fir-

mamente violado ó pasado por alto en la política conservadora, y prácticamente solo lo sostienen con todas sus consecuencias los liberales. Considerando á la nacion como un organismo vivo y creciente, un verdadero liberal observa, no ya sin miedo, sino con cordial satisfaccion, aquellos resultados de vida y desarrollo nacionales que piden constantes composuras en la maquinaria política y administrativa. No cae en el error conservador de imaginar que los códigos ó los precedentes ó las costumbres ó las formas tienen vitalidad y autoridad por sí mismos, sino que los mira como productos del carácter nacional, cuyo desarrollo debe mantenerse á la altura, y nada más que esto, del proceso natural de la evolucion social. Consecuente con este principio el partido liberal, ha ido ensanchando el derecho de sufragio, reformó las corporaciones municipales, produjo la comision de caridad, las reformas de las universidades y escuelas. Aplicando este principio, ya tarde, para las colonias americanas, ha extendido el partido liberal á la mayor parte de nuestras otras colonias los derechos y deberes de las comunidades libres. Supérfluo es multiplicar ejemplos, porque apenas pasa un año ni un mes sin que se presente un caso en el cual el partido liberal aboga por el progreso y el partido conservador se coloca siempre como obstáculo.

2. Un segundo principio, implícito en la misma palabra *Liberal* y puesto de relieve en cada capítulo de la política liberal, es un amor imperecedero á la libertad. Mucho ántes de que el partido liberal tomara la idea del progreso ó adivinara el «creciente desenvolvimiento» que se cumple á través de los tiempos, la idea de libertad, civil y religiosa, habia llegado á ser la verdadera sávia del credo liberal y producido ópimos frutos en la legislacion. No se consiguió la libertad de la prensa sin una lucha prolongada desde la edad de Milton hasta una época aún reciente, en que todas las fuerzas conservadoras formaron en contra y las liberales la defendieron con peligro de prision. Solamente se aseguró á *todos* los súbditos británicos la libertad personal por las esforzadísimas determinaciones de los liberales, cuando ya el Acta de reforma habia debilitado el poder de los propietarios de esclavos y de sus aliados los conser-

vadores. Porque, aun cuando los conservadores compartieron con los liberales el honor de abolir la trata, cuyos horrores espantaban á la humanidad, poquísimos se encontraron fuera de los liberales que reprobaran la esclavitud como tal esclavitud. La libertad de cultos, lo mismo que la libertad de eleccion para cargos municipales, fueron negadas á los protestantes independientes (*Nonconformists*), mientras que otros privilegios de ciudadanía fueron negados á los católicos romanos, hasta que unos y otros fueron emancipados por la presión irresistible que el partido liberal ejerció aun en los ministros conservadores. La libertad de comercio fué efecto de una agitacion liberal, tan hábil y persistentemente dirigida, que convirtió á otro ministro conservador, el cual pagó prontamente su patriotismo con la expulsion de su puesto y que jamás ha sido perdonado por aquel partido que habia impuesto las *leyes del trigo* y que tenia culto idólatra por la proteccion. La libertad de trabajo no existió en Inglaterra hasta que las medidas liberales acabaron con las restricciones impuestas por los conservadores á la independencia de los trabajadores. La libertad de educacion—en el sentido de la libre participacion en los privilegios del Estado—todavía no está completamente asegurada para todos los credos en este país; pero es el partido liberal y solo él el que paso á paso ha conseguido desterrar las pruebas de las escuelas elementales, de las universidades y de muchas, aunque no de todas las escuelas subvencionadas. La libertad de votar ha sido siempre consigna liberal, así como el uso de la «influencia legítima» ha sido siempre justificado por los conservadores, y aunque muchos liberales daban más importancia al voto manifiesto que al voto libre, una mayoría del partido adoptó el voto secreto como remedio efectivo contra la coaccion y la intimidacion. No podemos omitir la libertad de pensamiento, característica en todos tiempos de los reformadores políticos. Los que están acostumbrados á dejar á sus ánimos discurrir con libertad en las cuestiones fundamentales de la política, y los acostumbrados á especular libremente en las cuestiones fundamentales religiosas y filosóficas, no pueden ménos de sentir mútuo respeto y afinidad. Y aquí estriba el secreto de

esa alianza natural entre el liberalismo y la ciencia, tan misteriosa para los conservadores, pero la cual registra permanentemente las más poderosas inteligencias de la nación en el lado liberal.

Se observará que en todos estos casos el principio vindicado es el de libertad individual, hasta el punto y solamente hasta el punto en que es consistente con los derechos supremos y con los deberes sociales. No es el liberalismo el que benévola mente permite á cada hombre poner en peligro la salud de su vecino teniendo en su casa materias que le sean nocivas, ni vender géneros adulterados impunemente á sus semejantes: todavía ménos debe la sedicente doctrina *laissez-faire* ser contada entre los principios liberales. Reclamar desde un punto de vista liberal la infalibilidad para el Estado es casi tan absurdo como reclamarla para la Iglesia, y esta es una razon más para dejar al individuo y á la comunidad local que se gobiernen hasta donde sea posible. Pero, despues de todo, el Estado es en este país la más alta expresion de *self government*, y necesita indispensablemente establecer reglas para las relaciones mútuas de las comunidades locales y de los ciudadanos. Los liberales no sostienen que ni las comunidades locales ni los ciudadanos individuales tengan un derecho abstracto á dirigir sus propios negocios, sobre todo cuando los intereses de otros están envueltos con los suyos propios. Tales nociones están más en armonía con la teoría francesa de *Individualismo* y la teoría americana de *Derechos del Estado*, que con el desarrollo histórico de la libertad civil de Inglaterra, que se manifiesta con una supremacía siempre en aumento de la ley sobre la costumbre, y de la nación sobre el gobierno local. Lo que los liberales sostienen es simplemente que cada uno sabe en general mejor lo que le conviene en sus propios asuntos, y que se pueda dejar hacerlo cuando los intereses de otros no hayan de sufrir por ello; pero que donde el Estado encuentre necesario intervenir por el bien comun de todos, intervenga en general con legislacion compulsiva más bien que con legislacion permisiva.

A esta opinion alude probablemente lord Derby cuando habla de una fuerte inclinacion hácia el «despotismo demo-

crático» como rasgo muy marcado del «nuevo credo republicano». Ahora puede notarse de pasada que el «despotismo democrático» tendría al ménos una ventaja sobre el despotismo monárquico ú oligárquico, y es que una mayoría del pueblo entenderia y estudiaria mejor el bienestar real del conjunto que una minoría pequeña ó que una minoría de uno. Pero con todo, áun el «despotismo democrático» es traicion contra la libertad política, y la advertencia de lord Derby en este asunto no es completamente infundada. Sin duda se ha manifestado últimamente una disposicion á rebelarse contra las sanas, pero no sentimentales, reglas de economía política, y buscar el adelanto social por el método más corto de intervencion del Estado.

3. Inmediatamente, entre los principios característicos del liberalismo debe ser colocada la idea peligrosa, pero del todo constitucional, de la igualdad—no de la social, sino de la civil—de aquella igualdad ante la ley, á la cual todos los súbditos de un soberano inglés tienen tanto derecho como todos los ciudadanos de una república griega. Los liberales saben tan bien como los conservadores que los hombres no han nacido iguales en habilidad, en virtud ó en las probabilidades de fortuna que dependen de la parentela. Lo que no pueden comprender es por qué estos chocantes contrastes entre la suerte original de dichosos y desdichados han de ser agravados, en vez de ser mitigados, por el efecto de las leyes humanas.

Saben perfectamente que en un país como el nuestro, en el cual todavía son potentes las tradiciones feudales, y donde la ambicion de fundar una familia es la debilidad que asalta á todo *parvenu*, la costumbre de primogenitura, si directamente no queda prohibida por la ley, probablemente ha de prevalecer por muchas generaciones; pero no ven que sea justo ni conveniente acumular la riqueza territorial; reconocen que al llenar los más altos puestos, gran influencia debe dejarse á la proteccion, y por tanto abierta de par en par la puerta al nepotismo y al negocio; comprenden tambien que ninguna precaucion bastará para quitar á los hijos de los ricos la parte del leon en la distribucion de los empleos por

oposición literaria: pero estas consideraciones no los llevan á mirar una distribución descuidada de los altos empleos con satisfacción, ó á despreciar las únicas medidas que pueden sustituir la promoción por mérito al sistema de castas en los departamentos militar, naval y civil.

Por el contrario, el partido liberal con la ayuda de uno ó dos conservadores ilustrados ha conseguido al fin establecer las oposiciones como avenida á puestos inferiores del servicio civil; y el mismo partido, con oposición del partido conservador compacto, abolió la compra de empleos en el ejército y luchó en vano para deshacer los designios reaccionarios envueltos en la ley de cambio en el ejército y en las nuevas ordenanzas para el nombramiento de cadetes navales. Los liberales también saben perfectamente que por completa que sea la igualdad legal de los electores, la influencia práctica de la educación, de la propiedad y de la mera notoriedad harán que el voto de uno valga cien ó mil veces más que el de otro; pero esto no impide que consideren á todos sus compatriotas «su propia sangre,» ni los reconcilia con una cuidadosa escogida representación de «intereses,» ni los obliga á favorecer proyectos para permitir que los menos tengan más votos que los más.

Estos son algunos ejemplos típicos del modo que ha tenido el partido liberal de aplicar el principio liberal de igualdad civil, levantando y no humillando; esforzando al débil, y no debilitando al fuerte; rompiendo en mil pedazos las barreras artificiales que el Privilegio, el Monopolio y la Ascendencia levantaron entre hombre y hombre, y no destruyendo el poder de la superioridad natural. Si esto es democracia, los principios liberales son entónces democráticos, y á aquellos que repudian la democracia en este sentido les toca defender las soluciones contrarias.

4. Intimamente aliado con la creencia en la libertad civil, y con la creencia en la igualdad civil, hay un cuarto principio liberal que es difícil describir con una sola palabra ó frase, pero que está profundamente arraigado en toda mente liberal. Este principio es un inmutable respeto á la naturaleza humana como tal, no solamente porque el cristianismo reviste á

todo sér humano de la magestad de la inmortalidad, sino tambien porque la experiencia ha demostrado que todas las razas y todos los tipos de la humanidad están dotados de nobles cualidades y son capaces de una elevacion casi infinita. Este respeto por la naturaleza humana y por el destino humano, se ligó con la idea de libertad para aplastar á la esclavitud. Este fué el que anuló el código draconiano que castiga con la muerte doscientos treinta y ocho delitos; este fué el que enseñó á los hombres que aún los criminales tienen derechos en sociedad, y que si la represion es el primero, la reforma es el objeto secundario del castigo. El que inspira á los liberales una varonil aversion al castigo de azotes, al uso del hierro candente para marcar, y á la ejecucion de toda innecesaria indignidad personal aún en la escoria de la sociedad. Él ha alistado á tantos liberales al lado del trabajo en su lucha por la independendencia, y está siempre alerta contra la opresion judicial, que todavía existe alguna vez que otra. Él ha introducido gradualmente la humanidad en nuestras relaciones con las tribus salvajes, y la tolerancia en nuestras relaciones con poblaciones vencidas, ha salvado del exterminio á los Maories de la Nueva Zelanda, y ha condenado severamente las atrocidades perpetradas bajo la ley militar en Jamáica.

El amor á la paz, que tan noblemente ha caracterizado al partido liberal desde la época de Fox, que algunas veces refrena los agresivos impulsos del comercio británico en Asia, y que á menudo nos aparta de desastrosas intervenciones en Europa ó América, tiene su principal origen en un principio análogo. Si los liberales solos rehusan mirar la guerra como una institucion permanente, y están siempre tratando de disminuir sus causas, no es porque prefieran la prosperidad material á la grandeza nacional; es porque tienen digno concepto de la grandeza nacional; porque sus sentimientos para con los pueblos extranjeros son sentimientos de amistad más que de enemistad, y sobre todo, porque pueden simpatizar con las masas que sufren y trabajan, las cuales todo pueden perderlo y nada ganan con las glorias militares.

5. Tal vez aparezca algun tanto farisáico colocar una habitual consideracion por la justicia política entre los princi-

pios liberales característicos, y sería en verdad absurdo que el partido liberal se abrogara la sola posesion de este sentimiento. Sin embargo, los hechos llegan á probar que la justicia es una idea principal de la política liberal en un sentido no solamente extraño á la conservadora, sino del cual los políticos conservadores se han reido y lo han despreciado. Todas las leyes de reforma apoyadas por el partido liberal lo han sido por razon de justicia política y han sido combatidas por los conservadores desde el punto de vista de la conveniencia. La ley de la Iglesia irlandesa estaba esencialmente basada en consideraciones de justicia y no de egoista utilidad, porque previsto estaba que no lograria atraer á los católicos irlandeses y que provocaria amargos resentimientos entre los protestantes irlandeses. El tratado de Washington con la expresion del disgusto nacional que envolvia por vez primera en la historia diplomática, fué dictado enteramente por el sentimiento de justicia. El gabinete de Mr. Gladstone no era bastante débil para suponer que supiera bien á un pueblo de tan levantado espíritu como el inglés el reconocimiento virtual de que habia obrado mal; pero convencido de que en el solo caso del *Alabama* así habia sucedido, tuvieron la virilidad de hacer la *amende honorable* en nombre de sus compatriotas. Seria fácil citar otros actos impopulares de gobiernos liberales, para los cuales no hubo otro motivo que el sentimiento de justicia, y en los que no hubiera caido nunca un táctico conservador como Disraeli, y no seria difícil citar actos injustos é inmotivados de los conservadores y de los que no hubiera sido capaz un ministro liberal. Pero el ejemplo mejor es la diferencia de conducta en la oposicion entre los partidos; que se compare imparcialmente el tono cortés de la prensa liberal ahora con el poco escrupuloso lenguaje empleado por la conservadora durante el Parlamento pasado y se verá claramente que la lealtad en la lucha política responde á principios liberales característicos.

6. Queda que mencionar otro principio liberal más, que en los últimos años ha venido á ser el más característico: la preferencia deliberada dada á los intereses nacionales sobre los que son de clases, sectas, profesiones ó individuos. A pri-

mera vista este principio, como el último expuesto, se parece tanto á un precepto elemental de moralidad pública, que deberíamos vacilar en tratarlo como característico de un partido más que de otro. Desgraciadamente, ha demostrado la experiencia que ningun principio está más en desacuerdo con el espíritu de la política conservadora, porque ninguno hay que prometa ménos efímera popularidad al partido que honradamente lo observe. En tiempos antiguos un gasto corruptor de unos cuantos miles de libras compraria el apoyo de una poderosa familia ó un sitio parlamentario de inapreciable valor para un ministerio, sin dañar el bolsillo ó los sentimientos de un solo votante, y no se ganaba por no hacerlo ni la más pequeña partícula de gratitud nacional. Del mismo modo en estos dias es mucho más provechoso propiciarse una clase á expensas de la nacion que servir á la nacion á expensas de una clase. Los apóstoles del libre cambio fueron bastante afortunados para reunir los intereses de una clase en contra de los de otra y en persuadir de una vez al pueblo de que todos iban ganando como consumidores en la baratura de las importaciones, mientras que solamente una parte, los productores, ganaba con la proteccion.

Rara vez, sin embargo, puede aplicarse una teoría política tan inmediatamente, y la suerte del último ministerio basta para demostrar á cuánta costa se mantiene generalmente el principio liberal de subordinar los intereses particulares á los nacionales. Al tratar de la Iglesia irlandesa y de la propiedad territorial de Irlanda, al reformar el sistema de licencias para expender bebidas alcohólicas, al abolir la compra de grados en el ejército, al regular la distribucion del presupuesto de educacion, al reformar la magistratura, al reducir su propio patronato, al llevar la economía á todos los ramos del servicio público y todavía más en el tono general de toda su política administrativa, Mr. Gladstone y sus colegas de ministerio fueron culpables de puro quijotismo á los ojos de los conservadores; porque con estas medidas habian ofendido ó alarmado al clero de la Iglesia anglicana, á los propietarios, á los destiladores y taberneros, á los oficiales del ejército, á los tutores locales de escuelas, á los hombres de ley, á los empleados públi-

cos y á los que esperan en la Providencia, sin beneficiar á nadie..... excepto á la nacion. Desde entónces hemos tenido un excelente modelo de política basada en el principio opuesto. Levantando algunas restricciones sobre la borrachera y el desórden á los taberneros ingleses, dejando sin efecto la ley de cerrar en domingos en Irlanda, legalizando los contratos para cambios regimentales, restaurando el sistema de nominacion para los cadetes navales, revisando la ley de adulteracion, mutilando la de magistratura, y suprimiendo como cuerpo independiente la comision de escuelas subvencionadas, Mr. Disraeli y sus colegas han apaciguado más ó ménos completamente á la mayor parte de las clases *acosadas* por sus predecesores, y todo esto, sin hacer daño á nadie..... excepto á la nacion.

La preferencia de los derechos populares á los de propiedad, cuando llegan á encontrarse, no es sino un corolario del mismo principio. Más aún fué en un tiempo paradoja liberal que la propiedad tiene deberes como tiene derechos; y es todavía paradoja liberal que los derechos de la propiedad, como todo derecho, fueron creados por la ley para el beneficio de la comunidad entera y no para el de los individuos.

Pero esta distincion entre las ideas liberales y conservadoras está marcada con más claridad en la administracion de cada dia que en la legislacion, y en aquellos detalles de administracion que no se ven más que en los que se ven. Parece á veces como si los conservadores carecieran hasta de la creencia en la eficacia del espíritu público administrativo. Cuando un gobierno conservador llega al poder, no hay un empleado público, civil ó militar,—desde el almirante ó general hasta el más humilde marinero ó soldado raso, y desde los directores á los porteros y ordenanzas—que no reciba la impresion de que ya no es la órden del dia la vigilancia estricta, de que las necesidades nacionales ya no deben dominar sobre las exigencias privadas, de que Inglaterra ya no exige á todos que cumplan con su deber, sino que solamente confia en que lo harán (*England no long expects every man to do his duty, but only hopes that he will do so*). El efecto de esta impresion no se hace sentir al punto. Por algun tiempo parece posible que un gobierno á la vez despilfarre y aumente, que sir-

va con igual fidelidad á sus amigos y á la nacion, que coseche abundancia sin sembrar pureza y economía. Pero seguramente llega un dia en que los presupuestos se hinchan interiormente, el cómo nadie puede decirlo, y hay en ellos ménos que nunca para imprevistos; en que se han consumido los frutos de la política liberal, en que una clase primero y otra más tarde, y luego otra manifiestan señales de desengaño, y en que la nacion, despertando de su indolente buen natural, se convence de que una suprema consideracion por los intereses nacionales es, despues de todo, el único principio que asegura permanentemente los intereses nacionales.

GEORGE C. BRODRICK.

(*The Fortnightly Review.*)



LOS SUSPIROS.

Hoy en tus lábios sorprendí un suspiro
Y otro acaso tu dulce seno mueve,
A la manera con que el aura leve
El lago riza en ondulante giro.

Mas ¡ay! que á veces la apacible calma
Del lago torna en oleaje hirviente.....
El cielo te dé paz, niña inocente,
Que los suspiros son brisas del alma.

A. SALAZAR AGUADO.

RETRATO DE MIRABEAU.

Dice Alfonso de Lamartine que «la familia cuyo manantial es de sangre, lo es tambien de genio y la primera explicacion del carácter.»

Con efecto; conocida la genealogía de la casa de Mirabeau, una de las más ilustres de Francia, nos explicamos sin esfuerzo alguno los rasgos que caracterizan la fisonomía moral de este grande hombre, cuya palabra así calmaba las tempestades de una Asamblea sin par como provocaba irritado las borrascas parlamentarias, sobre las que se levantaba su génio como el águila sobre la tierra. Blando unas veces, enérgico otras, sublime y elocuente siempre, Mirabeau es el primero entre los grandes oradores de su siglo, pues reunia todos los encantos de la palabra en la suya prodigiosa. Estaban encarnadas en él, como dice un ilustre publicista, las cualidades buenas y malas de su familia: «la sávia latina, el orgullo patricio, la lengua oratoria, la espada hereditaria, la imaginacion florentina, las pasiones civiles, el gran corazon y la mano pronta de la Italia republicana.»

Niño aún, su tirano padre, conocido en la historia por «El amigo de los hombres,» si no descubrió su génio, adivinó rápidamente su condicion turbulenta y atrevida. Llamaba á su primogénito «mónstruo, estravagante, fantástico, bestia, espumarajo horrible de la familia,» y en sus cartas á los encargados de la primera educacion de su hijo no vacilaba en emplear toda clase de adjetivos insultantes y terribles contra el que habia de ser la figura más arrogante de la elocuencia tribunica. Educado Mirabeau bajo la prevencion inconsiderada de su padre, cuyo despotismo sintió tambien siendo ya hom-

bre, perseguido y martirizado hasta el extremo por el mismo autor de sus dias, formóse su alma en el infortunio y su corazon en los contratiempos. Mezcla ardiente del bien y del mal, cruel unas veces, cariñoso otras, extraño siempre y siempre original, así en sus actos como en sus ideas sobre la sociedad, la política y los hombres, Mirabeau, acaso sin presentirlo, fué preparando su espíritu para las grandes peleas de la tribuna, para arrancar un aplauso ó una injuria de los que admirados y sorprendidos le escucharan.

Alejado de su pátria por los escandalosos amores de la adúltera Sofía, vigilado muy de cerca por los agentes de su padre y los espías del marido burlado, viviendo del producto de sus libelos y folletos, arrastrándose por el lodo de las calles de Suiza y Lóndres hasta dejar en ellas hechas girones su dignidad y su honra, pronto á todo lo bueno como dispuesto á todo lo malo, abarcando con su pensamiento la distancia que le separaba de la patria, hermosa como nunca en la forzada ausencia, Mirabeau gastó los mejores años de su vida en esta existencia nómada y errante, más propia, á la verdad, de un aventurero cosmopolita que de un patriota que habia de iniciar con su potente voz la más grandiosa y memorable de las revoluciones, la revolucion que nace valerosa en la Bastilla y muere asesinada en Brumario.

Tras largas vicisitudes y contratiempos, provocados unos, inevitables otros, Honorato de Mirabeau vuelve á su pátria con el corazon partido en pedazos por el dolor y el alma corrompida por los azares de una vida oscura y licenciosa. Fortalecido su espíritu en los diarios reveses de una existencia singularmente caprichosa, entró en Francia lleno de esperanza é ilusiones y decidido á reparar en lo porvenir sus torpezas y liviandades. Apasionado de la gloria hasta la vanidad y del ruido de su nombre hasta la imprudencia; gárrulo y terco como un niño, sereno y previsor como un grande hombre, parecia destinado por la Providencia á asombrar al mundo con sus resplandores y á la sociedad con sus vicios. Era el tipo perfecto de un génio extraviado, de un sol cuyo ocaso se aproxima, de una inteligencia creada para la gloria y por el infortunio pervertida.

No sin experimentar las amarguras de nuevas persecuciones y adversidades, Mirabeau se estableció en París, á la sazón populosa ciudad donde se forjaba y enrojecia el rayo de la revolucion que él debia desatar con el empuje titánico de su elocuencia. Observó en París la vida de siempre. Pendero, decidor, amigo de galanteos y orgías, nada escrupuloso en los medios con tal de llegar al fin, orgulloso de la fama poco envidiable de su apellido, cortés con el débil, soberbio con el fuerte, derrochador de lo que ganaba con sus opúsculos y críticas, riéndose de la fatalidad como de cosa baladí y pequeña, teniendo siempre ante su vista el vasto horizonte que su génio le auguraba, apénas le mortificaba la inseguridad del hoy pensando únicamente en el mañana, en lo que el mundo y la pátria dirian de su elocuencia y de su nombre. Todo era en él exuberante, el génio y la pasion, el vicio y la fuerza, la audacia y la fortuna.

En las elecciones de la primera Asamblea Mirabeau fué diputado de los Comunes por Marsella, cuyo pueblo, deslumbrado por el brillo de su palabra y los encantos de sus predicciones, impuso á los nobles, bien á pesar de estos, el triunfo de Mirabeau que habia electrizado á la multitud y hecho callar á los aristócratas con gritos como este: «En todos los paises, en todas las edades, decia á los turbulentos meridionales, los aristócratas han perseguido implacablemente á los amigos del pueblo; y si por cualquiera combinacion de la fortuna se ha elevado alguno en su seno, aquel es sobre todo al que han herido, ávidos como estaban de inspirar el terror por la eleccion de la víctima..... Así pereció el último de los Gracos á manos de los patricios; pero herido por aquel golpe mortal, lanzó el polvo hácia el cielo invocando á los dioses vengadores, y de aquel polvo nació Mario, ¡Mario, ménos grande por haber exterminado á los cimbrios que por haber abatido en Roma á la aristocracia de la nobleza!... ¡Pero Comunes! Escuchad lo que debe ser aplaudido por vuestros corazones para no ser seducidos: sed firmes, pero no obstinados; animosos, pero no tumultuarios; libres, pero no indisciplinados..... ¡He sido, soy y seré hasta la tumba el hombre de las libertades públicas, el hombre de la Constitucion! ¡Des-

gracia grande para las clases privilegiadas posponer la nobleza al pueblo, porque los privilegios perecerán, pero el pueblo es eterno!»

Esta elocuencia, á la vez armoniosa y viril, dominó por completo el corazón de las turbas apasionadas hasta el extremo de todo lo extraordinario. Tenia Mirabeau la fácil palabra de Barnave, el sentimiento poético de Vergniaud, la sobriedad de Robespierre y la audacia de Danton. Con estas condiciones y su génio naturalmente pronto, fuéle cosa fácil subyugar á los hombres del pueblo que veian en él al Moisés de la revolucion que estaba elaborándose en todas las conciencias. Por otra parte, su carácter expansivo y alegre, sus continuas bromas, su galantería para con todos, pobres y ricos, sábios é ignorantes; sus hábitos de esplendor y grandeza, sus vastos estudios y hasta el ruido abrumador de sus vicios y liviandades le conquistaron rápidas y numerosas simpatías. Comenzó á ser su nombre la dulce confianza de los Comunes y el azote cruel de las clases privilegiadas, del clero y la nobleza. Así entró este hombre colosal en la Asamblea de la Francia, temido por unos y admirado por otros, siendo, sin pensarlo él mismo, la esperanza más ó ménos fundada de todos. Robespierre y Petion, Necker y Baylli, Lafayette y Barnave, oian su nombre estremeciéndose de espanto, así por el génio del famoso tribuno, cuanto por su venalidad é indignidades. Orador de un pueblo vencedor ó sosten de un trono vencido, eran los sueños de Mirabeau; pero él mismo confesó al conde de La Marck, en conversacion tenida con este, «que la inmoralidad de su azarosa juventud le perjudicaba ante la cosa pública.»

Desde los primeros dias de su vida de diputado, y no pudiendo arrancar de sus costumbres licenciosas la semilla del vicio, ni de su casa el fausto y el derroche de los magnates, entabló negociaciones con la córte por conducto del príncipe Augusto de Aremberg, más conocido en Francia por el conde de La Marck, quien deseoso de servir al monarca vacilante, y adivinando en el aturdimiento de Mirabeau toda la potencia de su génio y la influencia que habia de ejercer en las futuras gravísimas deliberaciones de la nueva Asamblea, no vaciló en

avistarse con el tribuno para obtener de él la promesa de que su palabra estaria siempre al servicio de Luis XVI si este aceptaba las instituciones propias de una monarquía al tenor de la de Inglaterra y pagaba secretamente á sus numerosos acreedores, tanto más exigentes, cuanto más veian encumbrarse al Júpiter de la tribuna, al héroe irascible del *Juego de pelota*. Y este es el gran borron de la historia política de Honorato de Mirabeau.

La lucha que sostuvo Mirabeau consigo mismo antes de inclinarse del lado de la córte fué terrible. Pensaba que la pátria lo merecia todo y la familia real nada; que el pueblo francés, hasta entónces oprimido y martirizado por un clero y una nobleza intránsigentes, reclamaba todos sus esfuerzos de orador y de político, y que el sacrificio más noble que puede hacer un hombre en holocausto de su pátria, es quemar en los altares de esta, para redimirla y regenerarla, sus pasiones y egoismos, sus cálculos y vanidades, su ambicion y su orgullo. Y como si esta lucha no fuera bastante á distraer y conturbar incesantemente su ánimo perplejo, veíase solicitado por todos los partidos, pues todos adivinaban en él al génio irresistible de las grandes revoluciones, al político que tanto habia de inclinar la balanza de los acontecimientos; pero quedó vencida su idea y muerta su natural inclinacion ante los vicios de sus costumbres y los cuantiosos gastos de su vida de sibarita. Calló, pués, en su conciencia la voz de la revolucion para dar oidos á las seducciones de la córte y continuar los despilfarros de sus queridas y aduladores. ¡Triste extravío el extravío de este grande hombre!

Trabajó con ahinco por la causa de la monarquía que él mismo hirió de muerte en las primeras sesiones de la Asamblea; pero, á decir verdad, su trabajo fué estéril. Las ideas de emancipacion y libertad que brotaron de sus lábios de fuego en los comienzos de aquella jornada memorable habian echado profundas raices en el corazon del pueblo; sus arengas despertaron la conciencia dormida de los esclavos de la tiranía hasta el punto de extraviar la inteligencia de la multitud; y cuando un dia quiso detenerla y refrenarla para dirigirla á su capricho, fuéle totalmente imposible. Su génio se

estrelló ante las exigencias justísimas de las masas. Su elocuencia alumbraba los horizontes de la revolución con fulgores extraordinarios; pero su palabra, poderosa y todo, no pudo conciliar los ánimos ni torcer la marcha magestuosa de la revolución, cada día más pujante. En balde luchaba: ni logró salvar la monarquía, ni encauzar la corriente de los nuevos principios político-filosóficos más potentes que él, pues que eran el progreso mismo, la obra incontrastable del tiempo.

Fué el padre elocuente de la Constitución de 1789, su amigo más verdadero, su defensor más desinteresado, la antorcha que iluminó los primeros pasos de aquellos famosos legisladores: todo esto fué el diputado de los Comunes de Marsella; mas no consiguió lo que últimamente quería, unir en estrecho lazo la monarquía de Luis XVI con la revolución de la Bastilla. Su elocuencia no bastó á domeñar la tempestad de las novísimas ideas. Solicitado por dos fuerzas antitéticas, la de la monarquía y la de la revolución, Mirabeau luchó sin fruto alguno durante los cortos días de su vida política. Desató la borrasca y no pudo dominarla. Tal fué su trabajo desde la primera entrevista que tuvo con La Marck hasta que exhaló el último suspiro. Cumplióse en él la ley invariable de los acontecimientos; vió que nada vale el hombre ante las corrientes de las ideas. Si no hubiese muerto tan pronto, tal vez la revolución le habría ahogado en sus entrañas después de deberle el primer grito de libertad é independencia.

No podemos apuntar aquí sus discursos más notables, ni el juicio que nos merece su único libro *Ensayo sobre el despotismo*, porque ni tenemos espacio para ello, ni es asunto para tratado en las columnas de esta REVISTA, destinada á materiales de más importancia y atractivos; pero para que nuestros lectores formen una idea de la elocuencia sublime de Mirabeau, transcribimos á continuación lo que dice Dumont, su secretario, sobre las condiciones oratorias de su maestro.

«Su voz, dice, era llena, varonil y sonora, agradable al oído y persuadía. Sostenida siempre, pero flexible, se hacía oír lo mismo bajándola que levantándola; podía recorrer todas las notas, y pronunciaba los finales con tanto cuidado que no se perdían jamás las últimas palabras. Su manera ordina-

ria era un poco lánguida. Comenzaba con algun embarazo, titubeaba á menudo, pero de manera á excitar el interés; se le veia, por decirlo así, buscar la expresion más conveniente, descartar, escoger, pesar los términos, hasta irse animando y hasta que los fuelles de la fragua ejercian sus funciones. En los momentos más impetuosos, el sentimiento que le hacia apoyarse sobre las palabras para manifestar la fuerza, le impedia ser rápido. Sentia gran menosprecio hácia la volubilidad francesa y hácia el falso calor que él llamaba «los truenos y las tempestades de la ópera.» Jamás perdió la gravedad del senador. Su defecto consistia en el *debut*, en un poco de aderezo y de pretension; levantaba la cabeza con demasiado orgullo, y marcaba algunas veces su desden hasta la insolencia. Lo increíble es que se le remitian al pié de la tribuna, ó en la tribuna misma, pequeños billetes escritos con lapiz (como si se escribiese un nombre infinito en la Asamblea), y tenia el arte de leer estas notas, y sin dejar de hablar las introducía en sus discursos. Se sentia bello en su fealdad, se mostraba con orgullo, se contemplaba en su espejo preparando sus arengas, á pesar de su obesidad y de sus facciones muy marcadas y acribilladas de viruelas.»

Esta oratoria sublime y sus aptitudes extraordinarias de hombre de Estado, no hicieron nada concreto en pró de la monarquía á la cual quiso salvar. Gastó su voz, su génio y su popularidad en la lucha de ámbas tendencias, de la revolucion y del trono, sin lograr su objetivo, sin sentirse halagado por las dulzuras de un deseo conseguido, sin experimentar la vanidad del triunfo que tanto ansiaba, talvez por patriotismo. Desatados los vientos huracanados de la revolucion por encima de su cabeza y contra sus propósitos, vió que las masas amaban más los bienes positivos de la reforma que su génio de estadista y su elocuencia incomparable; vió que cuando estaba al lado del pueblo, este le llamaba con orgullo su orador, y que cuando se acercaba al trono, si bien aplaudia los prodigios de su palabra, le miraba con justo recelo y natural desconfianza, dadas sus relaciones con la córte.

Así la política de la Francia, sorprendió á Mirabeau una enfermedad inevitable, la que produce en la humana natura-

leza el abuso de todas las facultades, la que viene como lógica consecuencia de una vida de excesos físicos, morales é intelectuales. Se habia gastado su naturaleza como se habia gastado su prestigio, como se gasta y aniquila y destruye el cuerpo más robusto combatiendo contra fuerzas superiores. La infausta noticia de su enfermedad llenó de luto á París y á la Francia. Todos los que cifraban sus esperanzas en el grande orador se sintieron heridos de muerte. Recibió en su lecho, adornado de flores, las comisiones que le enviaron todos los cuerpos políticos, científicos y literarios, viendo reunidos en su casa á hombres que combatiera rudamente en la tribuna, cuando su voz tenia la magestad del trueno y su palabra la fuerza del rayo. El trono no se dignó preguntar por su salud, recibiendo en esto grandísimo desengaño.

En las horas de su agonía el pueblo de París le demostró su admiracion de la manera elocuente que puede y sabe manifestarla un pueblo en delirio. Todos, amigos y adversarios, dejaron sus tareas para agruparse en pacífica y dolorosa actitud en la puerta de su casa y en las calles vecinas. Prohibióse la circulacion de los coches y hasta el más leve ruido en obsequio al reposo del ilustre enfermo. La Asamblea misma enmudeció ante la triste nueva de la postracion física de Mirabeau, el Sinaí de sus grandes debates, la tempestad de su anchuroso cielo. Este interés demostrado por todos los hombres y todas las clases produjo en Mirabeau profundo regocijo. Murió despues de espantosa agonía, y la Francia, como si algo le faltara, quedó sumida durante muchos dias en tristísimo silencio, tan solo interrumpido por los elogios tributados al orador. La Asamblea en masa, el municipio de París, los electores, las secciones, la guardia nacional, el clero, los jacobinos, los inválidos, los veteranos de la pátria y las diputaciones, á cuya cabeza iba Lafayette, le acompañaron en profundo recogimiento hasta su última morada, que fué la iglesia de Santa Genoveva, destinada desde entónces á ser el panteon de los franceses ilustres, la tumba de los que iluminan el mundo con los resplandores de su génio, el postrer asilo de los soles que se eclipsan.

FRANCISCO CAÑAMAQUE.

DEMONOLATRÍA, DANZA DEL DIABLO Y POSESION DEMONIACA.

El principal objeto que me propongo al escribir este artículo es conseguir aclaraciones. He examinado varias fases del moderno culto al diablo, pero me es forzoso confesar que me encuentro al presente en un estado de gran perplejidad. Me atrevo á decir que he visto casi tanto como el que más del culto á los espíritus malignos en Oriente; pero con todo, aunque disto mucho de ser crédulo, me gustaria que me convencieran plena y finalmente de que no tienen realidad algunos de los fenómenos y manifestaciones que han llegado á mi noticia. Las imposturas de los *espiritistas* jamás me fascinaron. No se hubiera hablado nunca de Home si se hubiese puesto á competir con los juglares indios. Hace unos cuatro años tuve ocasion de apreciar el asombro desdeñoso de un Brahman que me dijo:

—Vosotros, ingleses, que os llamais gente flemática, ¡gente de sentido comun! ¡Oh, Siva! (1) he oido que creéis en que los espíritus hablan en la mesa y dan golpecitos! ¡Cuando un sábio se vuelve nécio, consigue ser un nécio muy grande!

Pongo estas palabras de prefacio en la esperanza de que ningun lector supondrá, al presentarle ciertas fases demasiado profundas para que yo las sonde, de las influencias del culto al diablo en las inteligencias de los simples semi-salvajes asiáticos, que yo estoy pronto á creer toda la cháchara profana y vana de los pseudo-científicos. Escribo lo que he visto,

(1) Divinidad del brahmanismo.

y hago con calma y prudencia esta extraña y chocante pregunta: *¿La posesion del demonio, en el sentido en que á ella hace referencia el Nuevo Testamento, existe en la época actual entre las naciones ménos civilizadas del globo?* He hallado algunos hombres de vasta instruccion y de profundísima experiencia que jamás han querido contestarme plena, ingénua y francamente á esta pregunta. Es una de las cosas más fáciles del mundo sonreirse desdeñosamente á la sola enunciacion de tales proposiciones. Es fácil decir que la creencia de que las viejas son brujas era reliquia de tiempos bárbaros, destruida tan pronto como brotó la civilizacion con su dulzura y luces; y que de igual modo cualquier creencia en estos dias en la posesion del demonio está fuera de sazon, y debe ser explorada la verdadera naturaleza del caso por los hombres razonables. Sin embargo, aunque repito que yo no creo, que estoy en una duda de la que deseo verme libre, no puedo ménos de presumir que no es completamente justo juzgar de los pueblos que están en la infancia de la civilizacion, con nuestra más perfecta unidad de medida. Inglaterra, aun en los dias en que se quemaba á las brujas, estaba en este respecto muy delante de muchas de esas localidades orientales en que se practica ahora la demonolatría.

Al empezar esta investigacion, se presenta una cuestion que se presta á argumentos interminables. *¿Cuál era la naturaleza de la posesion por el demonio, en tiempo de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo?* Sin duda la respuesta más sencilla seria una negativa absoluta de la premisa, afirmando que nunca existió nada de eso de entrar los diablos en los hombres, y que los diablos mismos no existen verdaderamente. Yo no puedo seguir al razonador en ese terreno de controversia. Soy cristiano en mis creencias fijas, y doy crédito al claro sentido de la narracion sagrada. El Dios de la Encarnacion arrojó á los demonios, que parece habian hecho todo lo posible para encarnarse tambien. Los espíritus malignos vivian en los cuerpos de los hombres y ejercian influencia tiránica sobre sus víctimas; hablaban por boca de los hombres, aunque con ellos no pudieran llegar á formar cuerpo; tenian el poder de infligir castigos corporales; descuartizaban á unos, á

otros les hacían rechinar los dientes, los obligaban á ir de aquí para allá, los apartaban de la sociedad de sus semejantes, llevaban rápidamente á seres vivientes por el camino derecho de su propia destrucción. En una palabra, parece que tuvieron una clara personalidad espiritual. Si yo juzgo bien, no eran solamente arrebatos, epilepsia, manía ó varias otras clases de delirante locura lo que Cristo curó; *El arrojó* los espíritus malignos que habían *tomado posesion* de los cuerpos de los hombres. Estos espíritus eran los emisarios de Satan; como Dios que era, tenía *El* poder sobre ellos y prevaleció. Esto me parece ser la parte de un Evangelio, que no está en contra, sino *más allá del alcance* de la razón, y que así es forzoso aceptarlo.

Pero aunque sea mi opinión inexacta, solamente afecta en parte á mi argumento principal. Sostengo que parece que ciertos demonolatrás en estos días, según lo que puede deducirse de su aflicción externa, despliegan señales tan patentes de posesion endemoniada como fueron desplegadas siempre mil y ochocientos años hace. Yo sostengo que—en cuanto puede uno fiarse del sentido y descansar en la historia—algunos *peyádis* ó bailadores del diablo, pueden presentarse mañana en la India meridional que, en cuanto es dado averiguarlo, están tan poseidos por malas influencias como el hombre que se vió obligado en su interior por el enemigo á vociferar que él no era él mismo, sino que su nombre era «Legion». No pocas de las personas á quienes hago referencia están tranquilas en circunstancias ordinarias. Tienen sus inclinaciones y á menudo las siguen diligentemente. Algunas veces tienen esposas é hijos; poseen su heredada cabaña, su jardincito de plátanos, su fuente y su veintena de palmeras. Viven tranquilos, aletargados y ocupan la mayor parte de su tiempo en clavar la vista sobre los montones de amarilla arena, en las bandadas de codornices que corren de aquí para allá, ó en el hambriento y solitario lobo que escondido entre la maleza espera al incauto cordero que pasa. Pero el sol va á ponerse; ya su ocaso enrojece la cordillera de los Ghauts; las profundas y dulces notas de las palomas zoritas se van amortiguando y por fin cesan; las lu-

ciérnagas centellean, grandes murciélagos mueven perezosamente sus alas sobre las cabezas; luego llega el tosco ruido del tam-tam, se enciende el fuego delante del rústico templo del diablo; la muchedumbre se apiña y espera al sacerdote. ¡Ahí está! Ha sacudido el letargo y la sonrisa de una furia asoma á sus lábios ¡ahí está de pié ante el pueblo, el oráculo del demonio, el poseido! Y basta por ahora, describiré más adelante esta escena con más cuidado y detalles. Ahora diré solo, que hace unos ocho años estaba yo parando en Tinnevelly, poblacion distante diez millas escasas de la escena de una tragedia, en ocasion tal como la que he referido. El sacerdote se apareció repentinamente en el templo del diablo ante los adeptos expectantes. Habia una caldera al fuego y en ella plomo derretido.

«Atencion, exclamó con calma el sacerdote, el demonio está en mí. Os probaré á todos la presencia en mí de la divinidad omnipotente.»

Y al decir esto, suspendió la caldera y dejó caer el plomo líquido sobre su cabeza. Se sonaron los cuernos, se golpearon los tam-tams, nuevos trozos de resinosa leña se echaron al fuego y se sacrificaron debidamente algunos carneros. El sacerdote vaciló un momento para caer en seguida sin sentido. Tres dias despues moria entre horribles agonías; pero su razon se conservó clara y en calma hasta el fin. Las últimas palabras que pronunció fueron: *¡Náné sattya Sámi!* (Yo soy en verdad el verdadero Dios.) En medio de su horrenda tortura y aun en la hora de la muerte creia, con la más altiva certeza del hecho, que su cuerpo era la inviolada urna del Todopoderoso demonio que él adoraba. Ese demonio era para él lo Supremo. Con aquel demonio que en él habitaba se identificaba y por eso murió dando un grito para anunciar su propia divinidad. Esto es terrible, pero es verdad. ¿Estaba aquel hombre «poseido del mal espíritu» en el sentido que tiene este en la Escritura?

Se ha escrito tanto sobre demonolatría, que ahora solo me propongo hacer referencia á algunos detalles que le son concernientes, y sobre todo á la principal manifestacion del culto, el baile en honor del demonio. Existe la mayor diversidad

en el carácter de este culto. Aquí es adorado *Káli* con apariencia de ritos brahmánicos regulares; allí un monton cónico de mortero es ungido y coronado de flores y el alma de un muerto es propiciada de cualquier modo y en todos sentidos en la forma de *Siri* ó *Pilivai-Kurali*. Y sin embargo, entre la ruda pirámide de argamasa y el elaborado ídolo de la diosa con innumerables cabezas que es representada comiéndose un niño, no hay ni veinte millas de negras plantaciones de algodón ó de bosque de palmeras. Cerca de Madura, y en las selvas de Puducottah, hay templos de piedra erigidos á demonios locales; en el Tinnevelly meridional, sin embargo, un copudo banyan basta con frecuencia, y allí, bajo la densa sombra de sus ramas, rodeado por una multitud horrorizada de miedo, el bailador del diablo «al sonar de los címbalos, llama á su parduzco rey en horrorosa danza al rededor de la azul hornilla.»

«.....with cymbals' ring
Calls his grizzly King,
In dismal dance about the furnace blue.»

sin que haya forma establecida de servicio, del mismo modo que no hay altar levantado en honor del sér á quien rinde culto.

Uno de los más curiosos de todos los templos del diablo en la India del Sur es sencillamente una choza de techo de paja que se levanta bajo la sombra de un enorme y solitario banyan. Puede decirse de pasada una palabra respecto á este notable relicario. En la primera parte de este siglo, cuando tuvimos algunas dificultades con Travancore y nuestras tropas tuvieron que atacar sus líneas en el paso de Arambooly—el paso más al Sur de los Ghauts de la India,—fué herido mortalmente un capitan Pole. El pobre aparece que intentó volver á Madura á campo travieso, para obtener la asistencia médica europea, pero murió en el camino, en el bosque de Palmeras de Tinnevelly del Sur. Los simples *Shanars* del distrito quedaron aterrorizados, abrieron su escasa bolsa de provisiones y entre otras cosas encontraron algun aguardiente de caña y cigarros. ¿Qué debía hacerse? Sus *manes*, segun su

creencia, andaban vagando por las cercanías y era preciso propiciarlos debidamente. Cavaron una fosa debajo del banyan á que he aludido, erigieron á toda prisa la choza, se procuraron los servicios de un danzador del diablo de la localidad y el alma del oficial recibió el debido culto. Pero era un blanco; ¿qué don seria más agradable á su espíritu? ¡El aguardiente y los *cheroots*! así que casi hasta el día ha continuado este extraordinario culto. Licor alcohólico, en una ú otra forma, y *cheroots*, han sido presentados periódicamente en la tumba del capitan Pole, bajo ese árbol de extendidas ramas y ante esa cabaña solitaria en el arenoso desierto, para que el espíritu del difunto soldado pudiese abstenerse de tomar venganza en los sencillos campesinos de la comarca. Junto á este curioso altar hay cierto número de pequeños obeliscos. La intencion de estos es muy conocida. El adorador del diablo cree que el alma del muerto, ó el diablo ó diabla local, al vagar de un lado á otro no toca nunca la tierra con sus aéreos piés y está por consiguiente siempre en movimiento buscando descanso. Estos obeliscos, pues, agradan á los espíritus que descansan en su extremidad superior y observan las danzas en honor suyo y ven con gesto de infernal satisfaccion cortar los cuellos á las aves que les están sacrificando y cómo aletean y se revuelcan en las agonías de la muerte.

Los naturales de la India del Sur creen que cuando sobreviene una muerte intempestiva, el alma anda errante en las proximidades del sitio de la muerte y acaba por causar daños mortales si no se la apacigua y propicia. Esta propiciacion, piensa la sencilla gente, puede solamente hacerse efectiva ofreciéndole en sacrificio aquellas cosas en que su poseedor, cuando vivia, se deleitaba. Pero si, á pesar de todas las precauciones, una invasion de cólera, ó viruelas, ó cualquier otra calamidad se presenta en la escena de los últimos momentos del muerto, la desgracia es desde luego, como cosa corriente, atribuida al enojo del difunto. Algo le ha encolerizado. No se le podrá sosegar. Debe de ser un demonio maligno, y nada ménos. ¡Tocad fuerte el tam-tam! ¡Que la oveja más gorda le sea ofrecida como víctima propiciatoria! ¡Que los cuernos resuenen mientras el sacerdote dá pasos vacilan-

tes y se bambolea en vertiginosa danza, y se da cuchilladas en medio de su frenesí! ¡Más fuego! ¡Más aprisa la música! ¡Saltos más salvajes del danzador del diablo! ¡Chillidos, risas, sollozos y frenéticas exclamaciones! ¡Y sobre el anchuroso, solitario valle, y por cima de las pedregosas montañas, bajo la pálida luna, se abren paso, tristes, salvajes y agudos, los trémulos y desconcertados gemidos de las mujeres y los lamentos de los hombres enloquecidos!

—¡Ah! ¡ah! ¡yo soy Dios! ¡Dios! ¡Dios está en mí y habla! ¡Venid, apresuraos, decídmelo todo; y os consolaré! ¡Dios está en mí y yo soy Dios! ¡Tajad y matad! ¡La sangre del sacrificio es dulce! ¡Otra ave, otro carnero! ¡Pronto, tengo sed de sangre! ¡Obedeced á vuestro Dios!

Tales son las palabras que roncamente estallan de los espumosos lábios del danzador del diablo, al saltar y brincar y girar con gritos entrecortados, agudos y encendidos ojos, casi desprendiéndose de sus órbitas. *Cree* que es un poseído del demonio local, al cual trata continuamente lo mismo que si fuera una divinidad, y el pueblo *cree* en su alucinación. Se estremecen, se inclinan, rezan, rinden culto. El bailador del diablo no está borracho, ha huido del arak y no sufre las consecuencias de *Ganja, abin mayakkam*, como Pattiragiriyyar, el poeta Tamil, lo llama. No es presa de la epilepsia. Lo que sigue lo demuestra. No está atacado de un ataque de paratismo, aunque á la hora de empezar su danza la mitad de la audiencia está totalmente trastornada. Puede apenas tomársele por loco, porque en el momento en que la danza acaba, habla cuerdamente y con tranquilidad y calma. ¿Qué es eso, pues? le preguntais. Responde sencillamente, *Pey enney pidittatu, eiya*. (El diablo se apoderó de mí, señor.) Preguntais á los circunstantes. Os responden sencillamente, *Pey avanei pidittat akum*. (Preciso es que el diablo se haya apoderado de él.) ¿Qué es lo que puede inferirse más razonablemente de todo esto?

De una cosa estoy seguro;—el danzador del diablo jamás finge la excitación. Paréceme que deliberadamente se exalta al estado de éxtasis en su sentido primario—manifestación exterior de sí propio. Por un acto poderoso de volición, casi

completamente confunde, por decirlo así, su individualidad con la del demonio á quien rinde culto, porque esta individualidad toma forma dentro de su misma mente. Grita «yo soy Dios» cuando en virtud de su entera posesion por el sér que adora, se supone á sí mismo mezclado con la divinidad del demonio, y á su naturaleza fundida con la de este. Calmosamente se rie de las cuchilladas que su propio cuchillo sacrificador dá á su cuerpo; calmosamente digo, porque en medio de su más arrebatado frenesí está salvajemente tranquilo. Ya sea esto ó no posesion del demonio, no puedo dejar de notar que me parece que ciertamente seria así considerada en los tiempos del Nuevo Testamento.

Es cosa en extremo difícil para un europeo presenciar una danza del diablo. Por regla general, es menester ir disfrazado y hablar el idioma como un natural para tener probabilidades de ser admitido sin sospecha en el encantado círculo de devotos fascinados, todos ansiosos de acercarse más al sacerdote poseido para hacerle preguntas sobre el porvenir cuando la divina inspiracion viene sobre él con toda su fuerza. Voy á tratar otra vez de representar al lector con colores vivos toda la escena.

La noche estrellada y hermosa y la ancha luna dejándose ver baja á través de las plantas. Quieta y solemne noche, con pocos sonidos que turben el silencio, salvo el profundo y oscuro choque de las rompientes que se estrellan en la costa á ocho millas de distancia. Una solitaria choza, un enorme y solitario árbol banyan, disforme y tétrico. Por todas partes al rededor se extienden interminables arenas, cuya única vegetacion la forman palmeras altísimas, algunos pocos espinos enanos y salvajes higueras. En medio de esta aridez se eleva, como un espectro, aquel añoso y enorme árbol, el banyan, guarida de una diabla despiadadísima. El cólera hace estragos y los naturales saben que *ella* es quien les ha enviado tan temida pestilencia. Toda la comarca toma la determinacion indispensable de propiciar inmediatamente al poder maligno de la manera más solemne y efectiva. La noche señalada llega; de la aldea, de la cabaña, de la choza sale la salvaje turba de hombres, mujeres y niños. En vano los Brahmanes

suenan sus campanas en el vecino templo; la gente sabe lo que quiere y la deidad á quien en este momento deben reverenciar como suprema. Se agrupa la gente á esa melancólica isla del desierto alumbrada por las estrellas, á ese hechicero y blanquecino banyan. El círculo está ya formado; la hoguera encendida; las ofrendas prontas, carneros y aves, y arroz y legumbres y azúcar, y miel y *ghee* y blancas guirnaldas de adelfas y ramos de jazmin. Los tam-tams son golpeados con más estrépito y rapidez, la barahunda de la rústica conversacion se aquieta y un profundo *chiton* de anhelo lleno de terror se apodera de la abigarrada muchedumbre. La baja y raquí-tica puerta de la choza se abre de par en par repentinamente. Sale vacilante el danzador del diablo. Entre la choza y la negra sombra del sagrado banyan hay una faja de arena iluminada por la luna, y cuando pasa por esta, los devotos pueden ver claramente al sacerdote. Es un hombre alto, macilento, pensativo, de ojos hundidos y trenzados cabellos. Su frente está embadurnada de ceniza, y hay en su rostro rayas de bermellon y azafran. Lleva un alto cono blanco en su cabeza, con una borla roja. Una toga larga blanca ó *augi* le cubre de cuello á tobillo. En ella están bordadas con roja seda las imágenes de las diosas de la viruela, el asesinato y el cólera. En las gargantas de los piés lleva anillas de maciza plata. En su mano derecha sostiene una vara ó lanza que resuena desagradablemente al oido cada vez que golpea en la tierra y un arco que emite opaco y áspero sonido cuando sus cuerdas vibran. En la mano izquierda lleva el sacerdote del diablo el cuchillo sacrificador, semejante á una hoz, con sutiles sentencias grabadas en su hoja. El danzador, con movimiento vacilante é incierto, da vueltas pausadamente en el centro de la multitud y se sienta luego. La gente le muestra las ofrendas que intentan hacer, pero él aparece del todo inconsciente. Tararea una cancion india en voz baja y soñolienta, caidos los párpados y la cabeza hundida en el pecho. Se mece lentamente á un lado y otro. ¡Mirad! vereis sus dedos pellizcarse nerviosamente. Su cabeza empieza á menearse de un modo extraño. Sus costados palpitan y se estremecen, y enormes gotas de traspiracion brotan de su piel. Los tam-tams son tocados más de-

prisa, las flautas y cañas lloran más alto. Hay un repentino alarido, un grito que penetra y aturde, un grito de espanto que atraviesa el oído, una horrenda abominable carcajada de infernal risa, y el danzador del diablo se pone en pié de un brinco, con ojos saltones, espumosa boca, palpitante pecho, trémulos músculos y brazos extendidos, hinchados y torcidos como si estuviera crucificado. Ahora, de cuando en cuando, las rápidas y entrecortadas palabras son lanzadas á latigazos de la boca anegada por la saliva.

—¡Yo soy Dios! ¡yo soy el verdadero Dios!

Entónces, al rededor del que es considerado, no como un ídolo, sino como la misma divinidad, humea la sangre del sacrificio. Los devotos se agolpan á ofrecer oblaciones y á solicitar respuestas á sus preguntas.

—¿Moriré de cólera durante esta epidemia? pregunta un canoso labrador de la cercanía.

—¡Oh Dios, bendice á este niño, y cúrale! grita una pobre madre de la cabaña inmediata, presentando en alto á su enferma criatura de pecho al sacerdote que da vueltas. Gritos, votos, imprecaciones, ruegos y exclamaciones de agradecido elogio se elevan, todos mezclados juntos en infernal alboroto. Domínalo todo la espantosa risa gutural del danzador del diablo y sus estentóreos aullidos:

—¡Yo soy Dios! ¡yo solo soy el verdadero Dios! Corta y taja y se pincha á sí mismo y con harta frecuencia se mata á cuchilladas. Sus respuestas son en general incoherentes. Algunas veces calla ásperamente, y otras, cuando la sangre que mana de las heridas que se ha hecho, se mezcla libremente con la del sacrificio, está benignísimo y derrama á todos los que le rodean favores divinos de salud y prosperidad. Las horas pasan. La temblorosa muchedumbre está de pié, inmóvil, como si tuviera raíces en la tierra. De pronto el danzador da un gran salto en el aire; cuando cae queda sin movimiento. La endiablada apariencia se ha desvanecido de su vista. Su risa demoniaca cesa. Habla á éste y al otro tranquila y razonablemente. Se desnuda de sus atavíos, se lava la cara en el arroyo más próximo, y se dirige á su casa juiciosamente, convertido ya en hombre modesto y de buen porte.

Es un hecho digno de notarse que entre los célebres danzadores del diablo, en el Sur de la India, hay una mujer. Ejerce ésta una fascinación muy extraña sobre un gran número de naturales de las cercanías; pero hay razón para suponer que está loca del todo. No puede negarse que muchos danzadores del diablo tienen perdido el juicio completamente. En Oriente la locura es respetada y temida proverbialmente, y es mirada, dentro de su naturaleza y grado, como un don, ya que no como un atributo de la divinidad. Por ejemplo, el doctor Wolff nunca hubiera alcanzado ver á Bokhara si no hubiera sido reverenciado como lunático, aunque yo, por mi parte, sería el último que dijera que aquel buen hombre, aunque excéntrico, estaba desprovisto de razón; y aún en la India del Sur que visitó, y donde fué tres veces su abdomen quemado con hierro enrojado como preservativo del cólera, ni aún en la India del Sur, repito, hubiera sido tan universalmente reverenciado si no le hubieran apellidado los Brahmanes «el sacratísimo loco blanco.» Naturalmente hay también impostores entre los sacerdotes de los templos del diablo. No hay regla sin excepción: pero pienso que estoy tratando del conjunto; no de las excepciones, sino de la regla general.

Después de todo lo dicho y descrito, queda en pie la primera pregunta. ¿Existen hoy en día ejemplos de posesión endemoniada tales como los que puso en claro la intervención milagrosa de Cristo? Si el caso de los demoníacos de la India del Sur, tal como podemos observarlo en nuestros días, difiere del de los hebreos que en tiempo de Cristo estaban poseídos por el demonio, ¿querrá indicarme alguien el exacto límite de la diferencia? La cuestión que propongo es seguramente digna de la consideración imparcial y tranquila de los cristianos de todas denominaciones. ¿Hay en la actualidad algo parecido á la «posesión demoníaca» entre las tribus bárbaras é incivilizadas? Y si existe ¿se diferencia materialmente de aquellas aficciones tan semejantes que el Gran Médico, en Su infinita piedad, se dignó curar, mientras estuvo en forma de hombre andando entre los humanos?

ROBERT CHARLES CALDWELL.

(*Contemporary Review.*)

POESÍA DE LORD BYRON

Al Reverendo J. T. Becher (1),

(Dear Becher, you tell me to mix with mankind.)

Me aconsejas que alterne con la gente:
Negar no puedo que el consejo es bueno;
Pero dado el estado de mi mente
Creo la soledad más conveniente,
Y no desciendo á un mundo que condeno.

Si el campo de batalla ó la tribuna
Mis esfuerzos pidieran, ambicioso
Quizás saliera por probar fortuna;
Cuando pase mi infancia, lustre honroso
Acaso busque digno de mi cuna.

Del Etna en las cavernas, fuego ardiente
Hierve oculto al que mira en las laderas;
Terrible estalla al fin, voraz, rugiente;
Ni lo puede apagar ningun torrente
Ni puede detenerse con barreras.

Así, tambien en mi interior, recelo
Que arden ánsias de gloria y esperanza;
Si yo pudiera remontar mi vuelo
Con las alas que al fénix dan pujanza,
Entre llamas morir fuera mi anhelo.

(1) Escribió estos versos lord Byron en 1806 cuando solo contaba diez y ocho años de edad, contestando á los consejos que le daba el Rev. Becher.

Por la vida de un Fox ó por la suerte
De un Chatam inmortal ¿qué no osaría?
Todo peligro me encontrara fuerte.
Sus vidas no acabaron con la muerte,
La gloria es sol que alumbra eterno día.

¡Mezclarme yo con todo ese rebaño
A la inconstante Moda sometido!
¡Doblar mi cuello altivo ante un extraño!
¡Aplaudir el absurdo y el engaño!
¡Ser amigo del nécio y del bandido!

Del amor los encantos y amarguras
Ya probados formaron mi experiencia;
De la amistad conozco las dulzuras;
El amor es causante de locuras,
Mentir puede el amigo sin conciencia.

¿Y la riqueza qué es? Soplo de un día
Si la móvil Fortuna frunce el ceño.
¿Y el título? Fantástico diseño
Del ficticio poder que el alma ansía.
¿Y el renombre? Este sí; con gloria sueño.

Si todavía mi alma no atesora
Ese don de mentir que es tanpreciado,
¿Por qué entónces vivir en la traidora
Humana sociedad que al vicio adora?
Pase mi juventud, feliz, aislado.

E. GODINEZ.

ESPAÑA Y LA LIBERTAD.

OBRA PÓSTUMA DEL CONDE DE MONTALEMBERT.

Continuacion del extracto por D. Gabriel Rodriguez (1).

VII.

La religion es el primero de los intereses morales y sociales del hombre. Ese interés es el único que mueve al autor á tomar la pluma. ¿Qué va á ser de la religion en España? ¿Qué influencia puede ejercer la revolucion española sobre el resto de Europa y del mundo?

Tales son las preguntas que se hacen los hombres reflexivos, habituados á buscar en la historia, ya la luz, ya los consuelos de que hán menester.

«A este propósito y antes de pasar adelante, conviene señalar una de las consecuencias más grotescas, pero más naturales, de las extrañas aberraciones que se observan en la polémica católica despues del golpe de Estado de 2 de Diciembre. Desde que la reina doña Isabel manifestó ciertas tendencias absolutistas, los nuevos doctores se han complacido en representar á España como el único país en que la fé conserva una *expresion social*, y donde se hace *la aplicacion social del principio católico*.» Ya en los primeros dias de la revolucion de 1868, el *Católico* de Bruselas afirmó que si esta insurreccion triunfaba, «España se perderia para el catolicismo y para la causa del orden en Europa, y el *último Gobierno cristiano desapareceria del viejo continente*.»

Esta afirmacion carece de fundamento. Cristiano es el go-

(1) Véase el número anterior.

bierno belga; cristiano el de Inglaterra, y uno y otro son superiores por todos conceptos y más cristianos que el gobierno de España anterior á 1868. Sostener lo contrario y exigir que la sociedad moderna, ó los cristianos, nacidos y destinados á vivir en ella, crean preferible el Estado de España, en la época mencionada, al de Inglaterra, y exigir esto en nombre de la Iglesia católica y del partido de orden en Europa, «es imputar á ese partido y á esa Iglesia la más triste y peligrosa responsabilidad.»

Después de hacer esta declaración, el autor entra en el examen de la nueva situación de España considerada desde el punto de vista social y religioso, y bajo el doble aspecto de los principios proclamados en nombre de la revolución, y de los actos que deben corresponder á estos principios.

En la primera declaración, emanada de la junta revolucionaria de Madrid (1), se dice que el nuevo gobierno se establecerá sobre las bases siguientes: «Sufragio universal, libertad de cultos, libertad de enseñanza, libertad de reunión y de asociación pacíficas; libertad de imprenta, sin legislación especial; descentralización administrativa; jurado en materia criminal; inamovilidad judicial.» Figuran en este programa todas las libertades necesarias, reclamadas por Mr. Thiers en un memorable discurso, y otras muchas «no ménos necesarias para los que, como el autor, quieren la libertad sincera y la libertad integral. Todos los países de Europa, exceptuando España y Rusia, poseen en mayor ó menor grado estas libertades, y todos los partidos liberales las proclaman ó las reclaman.»

Si los hechos hubieran de responder á las promesas, todo el mundo diría *amen* al programa revolucionario. Solo protestarían «los energúmenos del fanatismo y del absolutismo,» nacidos después del 2 de Diciembre y erigidos por aquel golpe de Estado «en oráculos de la religión y de la política.» Todos los católicos, sin excepción alguna, que formaron parte de las Asambleas constituyente y legislativa de 1848, acep-

(1) *Gaceta de Madrid* de 8 de Octubre de 1868.

taban entónces las bases del programa de la Junta de Madrid y las aceptarían hoy para Francia con entusiasmo.

En ese programa solo falta un artículo: «la abolición de la esclavitud en las colonias,» reforma indispensable «para que el catolicismo se libre de la vergüenza de ver á una gran nacion católica conservar, única ya entre los pueblos civilizados, las monstruosas iniquidades de la servidumbre de los negros.»

Pero en ese programa está la libertad de cultos, reforma que hace gemir y temblar á algunos católicos y regocija á muchos de sus enemigos, que suponen que con esta reforma se plantea una alternativa insoluble. Catolicismo y libertad de cultos parecen á tales gentes cosas incompatibles. España, dicen, no puede seguir siendo católica si acepta la libertad de cultos, y como habrá de aceptarla forzosamente, vamos á presenciar la ruina del catolicismo español. Hay en esto un grandísimo error, y basta para deshacerlo recordar que en ningun tiempo, ni en ningun pueblo, ha desaparecido, ni siquiera se ha debilitado el catolicismo por la introducción de la libertad de cultos. Exceptuando á Italia, que no debe aún citarse porque es muy reciente en ella esta reforma, y porque allí la situación se complica con la cuestión romana, todos los demás pueblos de Europa que gozan de la libertad de cultos pueden ser presentados como ejemplo contra la tesis de la incompatibilidad. Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra, Irlanda, Alemania, Suiza. «¿Ha perdido el catolicismo algo con la libertad en esos pueblos? ¿No existe acaso en ellos el catolicismo? ¿Dónde vive mejor? Y bien pronto se preguntará: ¿dónde vive de otro modo?»

No habla aquí el autor como teólogo ni como filósofo, sino como hombre político y práctico, colocándose para juzgar «en presencia de los sucesos políticos, de las disposiciones legislativas, de las Constituciones nacionales y locales, de las soluciones prácticas, en presencia de los actos y de los hechos que la Iglesia no ha condenado, que no condenará jamás, y que los hombres más honrados de nuestro tiempo han sancionado con sus aspiraciones y sus votos, su conducta y su palabra, sus juramentos y sus sacrificios.» Se refiere á la li-

bertad de cultos, tal como está consignada en las Constituciones francesas, «que han sido juradas sin dificultad ni escrúpulo alguno por todos los cardenales y prelados, que pertenecieron á la Cámara de los Pares de la Restauracion, y por todos los buenos cristianos que han poblado las Cámaras populares, los colegios electorales, los ejércitos, los tribunales y las innumerables administraciones que se han sucedido desde 1814 á 1848; tal como está consignada tambien en la Constitución de 1848, votada por todos los obispos y clérigos de la Asamblea constituyente; tal como ha sido jurada por Napoleon I en presencia del Papa, que iba á consagrarle, despues de haber admitido las explicaciones dadas por el cardenal Fieschi al cardenal Consalvi.»

Ningun hombre sensato de alguna instruccion se atreverá á sostener que la libertad de cultos, de esa manera entendida y practicada, es una invencion del protestantismo, una hija de la Reforma. El protestantismo triunfante no ha establecido ni practicado en ninguna parte como principio la libertad de conciencia. Esta libertad ha nacido del espíritu y de las necesidades de la sociedad moderna. Sus verdaderos progenitores son en Europa «un convertido al catolicismo, Enrique IV, el jefe de la casa de Borbon, el inmortal autor del edicto de Nantes;» en el Nuevo Mundo un católico irreprochable, «lord Baltimore, fundador de la colonia de Maryland, de donde ha salido la gloriosa Constitución de los Estados Unidos y la increíble prosperidad del catolicismo en la patria de Washington.»

Es indudable que en la Europa contemporánea muchos hombres hostiles á la Iglesia esperan hallar en la libertad de conciencia un arma contra la religion católica primero, y despues contra toda revelacion y toda religion. Pero esos hombres están ciegos é ignoran que la libertad en los dos mundos ha producido un efecto contrario precisamente al que esperan y desean.

«Hasta ahora la libertad de cultos ha sido, no solamente la única salvaguardia, sino la fuerza principal y fecundante del catolicismo en todos los pueblos donde el protestantismo domina ó amenaza; en Inglaterra, en los Estados-Unidos, en

»Prusia, en Holanda, en Bélgica, en Ginebra. Lo mismo sucede en Turquía y en todo el Oriente. ¿Habrá de ser esa libertad en los países católicos lo contrario que en todos los demás? ¿Habrá de ser en Austria, en España, en Italia, e ariete destinado á derribar y aplastar á la Iglesia, ó será también en estas naciones el arma misma que en los otros pueblos ha salvado, restablecido, regenerado la energía y la fé de los católicos? Esta es la cuestion más vital quizás de nuestro tiempo. No es el autor quien la plantea, es la mano de Dios, por medio de sucesos de capital importancia y de influencia universal. La solucion depende exclusivamente de la conducta de los católicos, ó más bien de sus jefes. Sobre estos pesa, pues, toda la responsabilidad de esa solucion.»

Hay un hecho «tan evidente como el sol, y es que nadie puede ya borrar ó desterrar la libertad de conciencia del mundo moderno.» Proclamada en Turquía y en España, solo queda ya un país que la rechaza, Suecia, pueblo protestante; dejando aparte á Rusia, que se ha puesto fuera de la ley de la humanidad. Otro hecho igualmente cierto es que, proclamada la libertad de cultos en un pueblo, es ya de todo punto imposible suprimirla. Sucede con esta libertad como con la imprenta, ó con el sufragio universal. Está al abrigo de las reacciones en que han perecido tantas otras libertades.

El más audáz adorador de lo pasado no se atreverá en ninguna parte á destruirla. «Los revolucionarios querrán hacerlo algun dia, lo conseguirán tal vez por algun tiempo, en provecho del terrorismo ateo que profesan, como sus verdaderos modelos los Moscovitas. En cuanto á los católicos, pueden perfectamente reprobarla, detestarla, pueden no invocarla, ni aprovecharse de ella, pero habrán de resignarse á ser sus adversarios platónicos.

Dicho esto, se pregunta el autor lo que significa la proclamacion de la libertad de cultos en España. ¿Cómo este pueblo, que hasta ahora habia prescindido en sus reformas políticas de la cuestion de la libertad religiosa, formula hoy al frente de sus manifiestos un principio que uno de los jefes de la revolucion, Olózaga, combatió personalmente y consiguió aplazar en 1837 y en 1856? ¿Es que ha progresado la irreligi-

gion? ¿Se han inflamado en amor á la libertad absoluta muchos corazones, ántes indiferentes? Ni una ni otra cosa. Los que hoy dirigen el movimiento de España quieren simplemente asimilarse en este punto al resto de Europa, para que España no sea una mancha en el mapa del mundo civilizado. Tal pretension podrá ser juzgada de diversas maneras; pero no se le puede negar la cualidad de modesta. El Sr. Lorenzana, ministro de Estado, la expone en su manifiesto de 19 de Octubre de 1868 á las potencias extranjeras. En el mismo sentido se explica el Gobierno Provisional seis dias despues en su manifiesto á la nacion española. El autor copia para probar lo que afirma varios párrafos de ámbos documentos (1).

Claramente se ve en esos párrafos que la España revolucionaria «no piensa en renegar del catolicismo y ménos aún en formular una nueva religion, ni siquiera una nueva filosofía.» Quiere simplemente vivir como todo el mundo, y seguir la moda del dia, buena ó mala. Para acusarla por esto de hereje ó de rebelde, es preciso ser «de otro tiempo ó de otro mundo.»

«Tiene además España la idea instintiva comun á todos los hombres del siglo XIX de que los gobiernos modernos no están hechos para tocar á las cuestiones religiosas; siendo su abstencion en estas cuestiones ventajosa para todo el mundo; para la religion primero y despues para los mismos gobiernos.»

No puede negarse que hay en España, como en otras partes, un cierto número de hombres que invocan la libertad de cultos, solo porque la creen un arma de guerra contra la Iglesia católica. Pero esos hombres se equivocan. Segun todas las apariencias, la libertad religiosa será en España letra muerta. La única parte de la verdadera poblacion española que podrá alguna vez verse obligada á invocarla y reclamarla seriamente, se compondrá sin duda de católicos insultados y

(1) En una nota dice el autor que la tolerancia religiosa existia ya en España desde *la Constitucion revisada de 1857*. Debe referirse al acta adicional publicada en dicho año, y que en efecto establecia que ningun español ni extranjero podria ser perseguido por sus creencias en tanto que no las manifestase por actos.

perseguidos en su fé, como los vendeanos de 1793. Por el momento, las consecuencias de la proclamacion de dicha libertad serán nulas y en nada modificarán el actual estado de las cosas. Los comerciantes ingleses y alemanes residentes en España, abrirán algunas capillas, á donde no concurrirá nadie. La Sociedad Bíblica de Lóndres distribuirá sus libros, sin resultado alguno. Es verdad que si algunos españoles, retribuidos ó no, aceptan la mision de agentes de dicha Sociedad, no se les podrá condenar á presidio, ni aun nominalmente, como al biblista Matamoros; pero ¿qué católico podrá lamentarse de esto?

El autor no cree en la posibilidad de la formacion de una Iglesia protestante española. Italia, no ménos católica y más revolucionaria que España, tiene la libertad de cultos desde 1860, y esta libertad no ha podido producir todavía una sola comunidad protestante. «En España, como en Italia, en Austria y en la Francia del tiempo de Luis XV, el ódio á la Iglesia y sobre todo á la moral que la Iglesia enseña no ha necesitado de la libertad de cultos para apoderarse de los corazones y pervertir á las almas.»

VIII.

Aceptada la libertad de cultos, examina el autor cómo se ha planteado este principio por los nuevos doctores de la revolucion, cuyos actos han sido un mentís dado inmediatamente á la doctrina. Tal conducta exige una protesta enérgica de toda pluma honrada.

En Francia, esta protesta ha sido noblemente formulada por el *Diario de París*, en un artículo de J. J. Weiss, publicado en el número de 18 de Octubre de 1868; artículo que el autor reproduce íntegro á continuacion, y en el que, á la vez que se defiende la libertad de cultos, se ataca severamente al Gobierno Provisional de España por sus decretos contra los jesuitas y otras comunidades religiosas.

La protesta del *Diario de París*, dice el autor despues de transcribirla, está hecha de mano maestra, pero es incompleta, porque cuando se formuló no eran conocidos todos los deta-

lles, ni todo el alcance de las medidas del gobierno español. Este, no solo ha destruido de hecho la libertad de cultos; «ha destruido también la de enseñanza, la de la propiedad, el derecho comun y el libre albedrío del hombre, es decir, todos los principios de la libertad moderna, á la vez que las bases esenciales de la sociedad humana.» La revolucion, no solo ha suprimido las instituciones monásticas, sino que se ha opuesto á las instituciones más necesarias para la Iglesia, como los seminarios, á los que el Gobierno niega los subsidios establecidos por la ley, á la vez que suprime las facultades de teología en las universidades. Redúcese á la mitad el número de los conventos de monjas, confiscando en provecho del Estado la mitad suprimida, y prohibiendo la admision de novicias en los conventos que quedan. «Los grandes hombres» de la revolucion pretenden dejar sin religiosas á la pátria de Santa Teresa de Jesús. El autor recuerda á este propósito la frase de una mujer del pueblo que encontró en Granada, delante del convento de Santa Isabel, condenado á extinguirse por la prohibicion de admitir novicias, acordada en tiempo de la dictadura de Espartero. «La andaluza explicaba este decreto salvaje, y extendiendo la mano, y con una de esas miradas que nunca se olvidan, decia con el acento de la romana y el ardor de la española: *Suma tiranía.*»

Los hombres que la revolucion ha puesto hoy al frente de España no son siquiera los inventores de este sistema de persecucion de la Iglesia. Plagian á sus dignos antecesores. Bajo el Gobierno de Espartero, y ántes bajo la regencia de la reina Cristina y el ministerio del «triste Mendizábal,» se suprimieron todas las comunidades religiosas de varones, y muchas de las comunidades de mujeres. 1834 monasterios poblados por 31.279 religiosos, fueron presa «de la proscripcion, del despojo, de la destruccion.» No se puede dar un paso en España sin tropezar con ruinas de iglesias y de conventos, muestras inertes «del vandalismo español» que se armonizan con las muestras vivas constituidas por algunos pocos míseros individuos aún vivientes de los conventos suprimidos, y que llevan el nombre de *exclaustrados*.

La devastacion no se ha limitado á las ciudades; ha hecho

sentir también sus efectos en las aldeas, penetrando en los valles más recónditos, en las sierras más ásperas. Nada ha podido librarse de la impiedad revolucionaria, que no ha perdonado á la edad ni al sexo.

«La reina Cristina y su Mendizábal no solo abrieron la vía á sus actuales sucesores; la han recorrido casi por completo, apoderándose de cuanto en ella se encontraba.» Pero á lo ménos no habian proclamado la libertad religiosa, la de conciencia, la de enseñanza, la de asociacion y la de industria, como lo han hecho los hombres de 1868, que deben presentarse al mundo como verdaderos prodigios «de inconsecuencia, de hipocresía y de mala fé.»

«El despojo es el principio y el fondo de esta tiranía y de esta hipocresía. En estos tiempos y en esta sociedad, en que la propiedad es no solamente accesible para todos, sino más fácilmente adquirida y más ardientemente solicitada que nunca, en que la propiedad constituye la religion de muchos hombres, dispuestos á sacrificar para defenderla sus derechos, su vida, sus libertades, y á veces su honra; en estos tiempos, la propiedad más antigua, la más legítima, la más inviolable, la de Dios y de los pobres, es precisamente la que con encarnizamiento persiguen los falsos liberales, iguales en esto á los falsos reformadores y á los tiranos coronados de otros siglos, Enrique VIII y José II.» Como dice el padre Gratry: «Hay una especie de robo que los hombres aceptan todavía; el robo por medio del Estado. Hay además una propiedad que excita con preferencia á todas el apetito de los hombres de ley; la propiedad de la Iglesia, es decir, aquella de las riquezas humanas que está más consagrada á Dios, á las almas, al bien universal del género humano. ¡Qué inmenso progreso social se realizará el día en que se sepa clara y decididamente que no se debe robar, en ningun caso, bajo ninguna forma, sin ninguna excepcion!» (1)

«En España no se ha realizado aún este progreso.» «Lo esencial es *tomar*,» como decia hace dos años el rey de Pru-

(1) GRATRY.—*La moral y la ley de la historia.*

sia. No se pregunta al clero por sus crímenes ó sus virtudes; se le pregunta cuáles son sus bienes.

Pero los revolucionarios se engañan á sí mismos en esto. El despojo que cometen no aprovechará á los sábios calculadores de la España contemporánea. «Son unos necios» que han querido tomar y no han hallado nada ó casi nada. Debían haber aprendido en el ejemplo de sus predecesores. Todo cuanto tomaron á la Iglesia la reina Cristina y Mendizábal y los gobiernos posteriores ha venido á desaparecer y perderse en el abismo de la Hacienda española. Lo mismo sucede hoy en Italia. Ningun beneficio han sacado estas naciones del despojo, que solo ha favorecido á unos cuantos especuladores.

El autor no puede calcular los millones que produjeron al Estado las inmensas propiedades confiscadas á la Iglesia de 1837 á 1854; «propiedades que comprendían probablemente »las tierras más fértiles, y sobre todo las mejor cultivadas de »España.» Alguien pudo ganar con aquella confiscacion, perjudicial á la vez al Tesoro público y á la Iglesia. Pero hoy, la perversidad no tiene siquiera la excusa del lucro. Las comunidades de varones, restablecidas en los últimos años, son pocas y mal dotadas; las de mujeres, respetadas en 1837, y que ahora se han reducido á la mitad, confiscando sus bienes, se componen, segun una estadística formada en 1860, de 12.990 religiosas, que disfrutaban una renta total de 8.990.600 reales vellon, lo que da para cada una 692 reales.

Ocho millones de reales de aumento en los ingresos del Estado son bien poca cosa para mejorar la deplorable situacion económica del país. En cambio, ¿cómo van á resolver «los grandes economistas y probos administradores de España» el problema de mantener á las 12.990 infelices despojadas? ¿Esperan gastar ménos de 692 reales por cabeza?

Otro rasgo «de perspicacia anexionista y de ilustrado liberalismo.» Todo el mundo conoce á la Sociedad de San Vicente de Paul, «honra del siglo XIX y de Francia,» donde nació en 1833, bajo el régimen parlamentario. Nunca disfrutó esa Sociedad auxilio ni proteccion de ningun poder. Durante treinta años, vivió por su propia fuerza, desempeñando su modesta y fecunda mision, hasta que el segundo Imperio

tuvo á bien disolverla oficialmente «porque no se prestaba á »dejarse regimentar, como la franc-masonería, ni á conver- »tirse en un engranaje del mecanismo imperial.» Esta sociedad se habia extendido por todo el mundo, y penetrado en España, donde vivia y progresaba, aunque lentamente, socorriendo y aliviando á los desgraciados, completa y escrupulosamente apartada de la política y de los partidos. En el espacio de diez años habia distribuido en socorros treinta millones de reales. Nadie ha podido imputarle un solo acto censurable. Sin embargo, disolviéndola podia «darse un golpe á la vez á la libertad y á la caridad,» y el Gobierno no ha querido desaprovechar esta ocasion.

El ministro Sagasta decreta, en efecto, la disolucion de la Sociedad de San Vicente, y manda al gobernador de Madrid que se incaute de los títulos, libros y fondos de la Sociedad. Cúmplase esta orden con asistencia de notario el 22 de Octubre, y la *Gaceta* del 24 da cuenta al país de los prodigiosos resultados de esta medida. El haber de la temida corporacion se elevaba á la suma de 5.000 rs. Conviene bendecir la publicidad que permite conocer tales hechos y conservar nota de estas cifras para instruccion de la posteridad y «para la »glorificacion de los regeneradores de España». Pero no debe olvidarse tampoco que «el ministro excelentísimo» se ha dignado «en su munificencia» regalar los 5.000 rs. recogidos, así como los demás valores de cualquier género que hayan pertenecido á la disuelta Sociedad, á dos grandes asociaciones caritativas, creadas por decreto del mismo ministro «para or- »ganizar, propagar y extender el ejercicio de la caridad ex- »pansiva, espontánea y desinteresada».

En el Gobierno Provisional aparece otro campeón del derecho y de la libertad; «el ilustre é intrépido autor de la ter- »cera expulsion de los jesuitas de España». Conviene advertir aquí de pasada que el resultado de esta expulsion «de un »millar de religiosos irreprochables, tan fervientes como »exactos en el cumplimiento de sus deberes», ha sido nulo para «la rapacidad» del Gobierno revolucionario, porque los jesuitas no tenian bienes inmuebles, y todas las casas que ocupaban pertenecian al Estado ó á las diócesis.

«Pero no por esto es ménos de agradecer la intencion del Sr. D. Antonio Romero Ortiz, *ministro de Gracia y Justicia*, á cuyos actos tanto preside la *justicia* como la *gracia*.»

Copia á continuacion el autor el decreto de 12 de Octubre de 1868, calificando con violentos y durísimos términos el hecho de arrojar de sus casas á los jesuitas, de despojarlos de sus bienes, de romper los lazos que los ligan con sus superiores, ó al ménos de pretender romperlos. Todo esto se ha visto, sin embargo, otras veces; lo que no se ha visto jamás es que se encargue el cumplimiento de tales medidas á los reverendos arzobispos y obispos, invocando el breve de Su Santidad de 21 de Julio de 1773. Curiosa prueba de respeto al Pontificado, que se limita al citado breve y no alcanza á las bulas de los Papas que crearon la Compañía de Jesús, que la han aprobado, estimulado y defendido durante más de tres siglos, y que, por último, despues de una supresion de veintisiete años, la han restablecido solemnemente. Pero el autor, dejando aparte la historia de la Iglesia, en la que «se reconoce muy inferior á un jurisconsulto tan erudito y tan equitativo», llama la atencion sobre lo que se permite hacer (gracias á la revolucion «más gloriosa, más legítima y más admirable» al decir de sus jefes) un ministro, «llevado al poder por los azares de una insurreccion, sin tener en cuenta la Constitucion ni la legislacion, ni consultar á los tribunales ni al Parlamento, con el desembarazo de la omnipotencia y de la infalibilidad.»

En ese decreto, además, no hay siquiera una sombra de acusacion; ménos aún, una sombra de prueba. «Juzga y condena á los jesuitas sin proceso, ni debate, ni discusion, ni interrogatorio, ni defensa.» A los ojos del ministro español, aprobado en esto por sus colegas de Gobierno y por toda la democracia española, los jesuitas, «por el hecho de ser sacerdotes, religiosos consagrados á la instruccion de la juventud», son hombres que están *fuera de la ley*.

A los doce dias «de esta victoria de la libertad, de la justicia y de la humanidad,» el Gobierno Provisional decreta la libertad de enseñanza *en todos sus grados y cualquiera que sea su naturaleza*, y declara que todos los españoles pueden

fundar establecimientos de enseñanza. Más tarde, en 12 de Noviembre, los jefes de la revolución publican un manifiesto proclamando que los derechos y libertades que se acaban de conquistar «aseguran á todos los ciudadanos españoles la seguridad individual, la inviolabilidad del domicilio, el derecho de asociacion para todos los fines posibles de la actividad humana y la libertad religiosa que ha de poner á cubierto de todo ataque los fueros de la conciencia.»

Pero aún existe «otro tipo del liberalismo y de la lógica de los cerebros españoles.» Habla el autor de D. Fernando Garrido, «tenido entre los doctores de la democracia francesa por un publicista de grandísimo valer.» «Este filósofo liberal, en un manifiesto que ha dado á luz el periódico *La Gironda*, empieza diciendo «que deben declararse disueltas todas las corporaciones religiosas que bajo la máscara de la religión no son en realidad más que corporaciones políticas, centros de designios *liberticidas*,» y luego «con la misma tinta» escribe: «estas primeras medidas no bastan, es preciso, como complemento y corolario, proclamar la libertad de cultos..... pero absoluta, grande, completa; que todos los que vivan en España, nacionales ó extranjeros, puedan *en sus casas ó en sus templos* adorar á Dios segun sus creencias, sin que el Estado tenga otra intervencion que la de conservar el órden público.» Es decir, *todos los españoles* menos los que hasta ahora han querido ó los que en adelante quieran vivir en sus casas y en sus templos conforme á los preceptos y á los consejos de un libro *liberticida* que se llama El Evangelio.

El autor de este manifiesto puede ser calificado de *profeta*, porque predice el efecto de las referidas reformas, y especialmente de la libertad de cultos, «que hará subir los valores españoles en todas las Bolsas, más que si se amortizara una buena parte de la Deuda nacional.» Ante tales afirmaciones, el autor interrumpe por un momento con la risa los arrebatos de su «legítima indignacion y sus largas lamentaciones.»

No quisiera exagerar las cosas el autor, que sabe que el historiador imparcial y sincero debe rechazar los juicios absolutos. Pero cree poder afirmar que en toda la historia modern

no hay otro ejemplo «de un cinismo tan grotesco, tan burlesco por el contraste entre los actos y las palabras.» Esta situación no puede ser duradera. Los hombres que la dirijen «volverán pronto á la nada de que no debieron salir; ó cambiarán (y esto valdria más para ellos y para su país) con el tiempo y la experiencia, arrepintiéndose de sus faltas.» «Pero entretanto, ¿á quién aprovechan, y sobre todo, á quién complacen tantos desvaríos? A los teóricos del absolutismo, del fanatismo retrospectivo, de la intolerancia sistemática, ya demasiado numerosos por desgracia, entre los católicos y aún entre los jesuitas, como se demostrará en la continuación de este escrito. Esos hombres deducirán lógicamente de los actos citados la consecuencia de que la libertad moderna es una ilusión, un engaño, una hipocresía, y que la libertad de conciencia, la tolerancia religiosa especialmente, no son más que bandera enarbolada por piratas que quieren cometer, al abrigo de un pabellon honrado, sus atentados y sus depredaciones.»

«Para los apóstoles del despotismo espiritual y temporal y para ellos solos es, pues, la verdadera alegría, la verdadera victoria, el verdadero beneficio.»

(Se continuará.)

LA PSICOLOGÍA FISIOLÓGICA EN ALEMANIA.

El reciente libro del profesor Wundt (1) puede ser considerado como aquel que logró determinar los límites de una nueva esfera de indagaciones en Alemania. Reune y adapta á forma sistemática los resultados de cierto número de investigaciones más ó ménos aisladas tocante á asuntos tales como las funciones de los varios centros nerviosos, las relaciones precisas de la sensacion bajo los puntos de vista de cualidad y cantidad respecto del estímulo físico, la distincion fisiológica de las sensaciones y las ideas, y las causas de que se confundan en muchas condiciones anormales del organismo. Tienen como fin comun estas y otras investigaciones la determinacion de las condiciones psicológicas exactas de cierto grupo de fenómenos mentales. Su presuposicion comun es que cada proceso mental, desde la simple sensacion que aparece como resultado directo del estímulo externo hasta la operacion más compleja y sutil del pensamiento, tiene en el anverso un proceso físico; que la actividad conscia va á cada paso dándose la mano con la actividad nerviosa. Wundt ha sabido apoderarse de este objeto comun de indagaciones anteriores y ha tratado de mostrar la convergencia de sus métodos mirando á hacerse dueño hipotéticamente del terreno de estos estudios.

El complemento de esta nueva estructura científica, aun en calidad de boceto, debe ser considerado como importantísimo suceso. Su verdadera significacion consiste en el hecho de

(1) Grandzüge der physiologischen Psychologie, von Wilhelm Wundt. Leipzig, 1873-4.

que arranca el entero campo de la psicología fenomenal á los metafísicos por medio de un grupo de investigadores que no traen aserciones metafísicas al nuevo estudio, que están á igual distancia del dogmatismo negativo y casi pueril de los materialistas y de las preocupaciones de los psicólogos trascendentales, que ven claramente la distincion fenomenal entre lo espiritual y lo material y se contentan, como buenos *Naturforscher* (1), con fijar su atencion en los aspectos puramente fenomenales del asunto. Para que entendamos bien la importancia de este movimiento debemos dirigir una mirada al curso que ha seguido recientemente la especulacion psicológica en Alemania.

No es decir demasiado que hasta que comenzaron los trabajos de los fisiólogos no existia en Alemania nada parecido á una concepcion científica de la psicología. Lo que pasaba y pasa aún como psicología entre los filósofos son las diversas tentativas de determinar la sustancia del alma con intencion de incluir esta idea en una teoría ontológica. Encontramos muy escasa paciencia en la observacion y clasificacion de los fenómenos mentales, poca penetracion respecto de las relaciones causales de estos fenómenos, y de otra parte mucha ingenuidad metafísica en la construccion de nuevas hipótesis con grupos de hechos arbitrariamente elegidos.

Estos rasgos dominantes de la psicología alemana pueden ilustrarse refiriéndonos á los sistemas de todos los escritores que han tratado del asunto desde Leibnitz en adelante. El método comun de filosofar de estos pensadores es la reduccion de la psicología á la metafísica, y los efectos que produce en el carácter científico de la psicología se ven con la mayor claridad en los sistemas que conceden un lugar distinto á la teoría del alma pensante. No nos referimos á las construcciones trascendentales como la *Lehre vom subjectiven Geiste* de Hegel, sino á las investigaciones casi científicas del asunto como las que nos ofrecen el sistema de *Pneumatic* que nos dejó Leibnitz, el *schema* de *Eidologie* desarrollado por Herbart, y aun el sistema mucho más sóbrio de *Psychologie*

(2) *Naturalistas.*

als Naturwissenschaft de Beneke. La obstinada persistencia del método metafísico en este dominio no puede ilustrarse mejor que refiriendo el pensamiento á esta última tentativa de fundar la ciencia psicológica. Herbart habia dado un paso hácia una consideración más científica del asunto rechazando la venerable hipótesis de las facultades mentales ocultas; pero desgraciadamente no pudo recoger los sazonados frutos de esta nueva idea por afirmar sin pruebas cierto número de procesos conceptivos como, por ejemplo, las resistencias mútuas y las tentativas de trabazon ó composición de que no tenemos ningun conocimiento cierto. Aunque Beneke afirmaba que seguía la dirección de Herbart, reconstruyó con ciertas modificaciones la concepción anti-científica de las facultades mentales (1). Consideraba todos los hechos mentales como resultado de dos factores, un estímulo (*Reiz*) y una facultad ó fuerza original (*Ur-vermogen*). Es verdad que dió una interpretación especial á estos términos y rechazó de todo corazón las antiguas *potencias*, como memoria, imaginación y voluntad, que denominaba «hipostáticas nociones de clase.» También es verdad que reconocía la posibilidad del crecimiento de nuevas capacidades mentales. Sin embargo, esta teoría de *Ur-vermogen* como diciendo relación con fuerzas reales que constituyen los elementos del pensar, evidentemente no es científica, sino metafísica. Con objeto de trasformarla en concepción científica, habria sido necesario considerar los fenómenos mentales como el anverso de los procesos materiales; pero los metafísicos carecían para esto de preparación suficiente.

Los cimientos de una ciencia inductiva y experimental del alma tenían que ponerlos en Alemania trabajadores muy distintos de los metafísicos. Los materiales de la ciencia estaban muy á mano. La tendencia predominante de los alemanes á la reflexión subjetiva hace que estén familiarizados con las principales operaciones del pensar, el sentir y el querer.

(1) Creyó que habia realizado un gran proceso sobre Herbart, pues mientras este reconocía tres bases para la psicología: la metafísica, las matemáticas y la experiencia interna, Beneke admitió solo esta última.

Todo alemán culto piensa con cierta concentración en asuntos tales como la percepción del mundo exterior y la libertad de la voluntad. Lo que faltaba para fundar la nueva ciencia, era familiaridad con los métodos estrictamente científicos, hábitos del pensamiento que solo podían resultar de severa disciplina en otros ramos del saber para distinguir los hechos de las teorías, buscar la definición más precisa de los fenómenos que se estudian y exigir la más rigurosa prueba de toda proposición que aspirase á figurar como explicación de hechos; cualidades que poseían en grado eminente los distinguidos fisiólogos cuyo primer antecesor fué tal vez Juan Müller.

Ni debe causarnos asombro que los fisiólogos se hayan apropiado gradualmente la región de la psicología, pues en cierto sentido puede decirse que la fisiología comprende toda la psicología empírica. Si todo acto mental es una función de alguna parte del sistema nervioso, es claro que una completa explicación de este sistema supone una explicación completa de los procesos mentales.

La ciencia fisiológica está, por supuesto, aún hoy, lejos de ofrecer una completa interpretación objetiva de todos los fenómenos psíquicos que conocemos. Los actos excesivamente sutiles de la volición, por ejemplo, esperan todavía la explicación fisiológica que servirá en su día para disipar muchas nieblas metafísicas. La sensibilidad es la esfera en que ha sido más dichosa la fisiología alemana, pues le ha sido dado emplear el método objetivo con excelentes resultados. Se han definido con exactitud por medio de experimentos cuidadosamente verificados, la cualidad y cantidad de los procesos físicos que se necesitaba estudiar y se han apreciado del mejor modo posible aquellas variaciones de la sensación subjetiva que acompañan á ciertos cambios en el proceso objetivo. Por este camino se ha llevado el análisis de la sensación á un grado mucho más alto que el alcanzado por la observación subjetiva sola. Se han determinado además con mayor precisión la cualidad y la cantidad de nuestras sensaciones y una nueva luz se ha irradiado sobre asuntos que á primera vista eran extraños á la fisiología, como la naturaleza de las percepciones

y el génesis de nuestras nociones de espacio. Por otra parte, el cuidadoso estudio experimental de las operaciones del sentido ha implicado el estudio de algunas de las más intrincadas leyes psíquicas. Se ha visto que todo aquello que parecía estar incluido en el grupo de las impresiones más simples de un alma adulta, contiene una mistura de actividad intelectual y volitiva, sucediendo al cabo que los *savants* que se propusieron solamente hacer un concienzudo estudio de los sentidos y sus funciones se vieron compelidos á discutir la naturaleza y leyes de las operaciones psíquicas más elevadas.

Los principales períodos de la historia de este nuevo ramo de investigaciones en Alemania pueden indicarse con facilidad (1). Recibió al principio de un impulso metafísico parte de su ímpetu. Juan Müller, fundador de esta escuela de trabajadores, creyó que podía ofrecer una base fisiológica á la doctrina kantiana de la espontaneidad del sujeto que percibe. Su más importante proposición fué que los varios órdenes de fibras tienen su propia energía específica, por lo cual no responden del mismo modo á un estímulo dado como la acción eléctrica ó mecánica, sino que reactuando con arreglo á su peculiar naturaleza, producen sensaciones cualitativamente distintas bajo la excitación del mismo estímulo. Esta teoría ha sido calurosamente discutida y ha resultado que es un poderoso aliciente para la exacta observación de la naturaleza y acción de los sentidos. Müller trató, por otra parte, de hallar un equivalente fisiológico á la noción kantiana del espacio como forma subjetiva, y lo hizo aseverando que la retina tiene un sentimiento innato de su propia extensión. Esta hipótesis, que parece implicar una de estas dos sorprendentes afirmaciones, ó que la retina es el campo ó asiento de la sensación, ó que el alma, donde quiera que esté situada, tiene un conocimiento directo de la retina y el arreglo ó combinación de sus partes fué la primera y cruda forma de la teoría *nativista* de la percepción visual. Ha sido elaborada en diversas ocasiones en nuevas formas, y muchas veces han sido estas

(1) V. el ensayo del autor en que trata de los *Recientes experimentos alemanes sobre la sensación*, en su obra *Sensation and intuition*.

muy diferentes de su prototipo. Entre los escritores que han expuesto últimamente esta dirección puede señalarse á E. Hering como uno de los que más se distinguen por sus vastos conocimientos y la fuerza de sus racionios. Se ha opuesto á esta teoría *nativista* de la percepción visual la empírica, según la cual nuestras intuiciones de dirección y distancia han sido construidas lentamente con más elementales experimentos. Esta teoría, que toma la doctrina de Berkeley en su punto de partida, ha sido compuesta en nuevas formas con la característica independencia de los alemanes. Podemos citar á Lotze, á Helmholtz y á Wundt entre los que han hecho más para reconstruir la hipótesis derivativa. Esta discusión ha dado un poderoso impulso á las investigaciones experimentales, y todos los que han leído cuidadosamente los libros dedicados á este asunto, como, por ejemplo, la gran obra de Helmholtz sobre la óptica fisiológica admitirán que estos métodos solo necesitan ser aplicados con más amplitud para ofrecer los más importantes elementos á la solución del problema. Podemos añadir que en este escrito no trataremos de los trabajos de Wundt sobre la teoría de la percepción del espacio, pues nos proponemos discutir las varias teorías alemanas que versan sobre el asunto en otro artículo, juntamente con los hechos en que están basadas.

Aunque los estudios fisiológicos referentes á la psicología en Alemania se originasen así parcialmente en un deseo de sostener ciertos principios metafísicos, se hicieron muy pronto independientes de tales motivos, extraños á su naturaleza y carácter, y vivieron solo del impulso científico que los llevaba á verificar é interpretar tan completamente como fuera posible los hechos sometidos á la investigación. Los resultados de este exámen eminentemente positivo de los fenómenos del sentido están resumidos en la valiosísima colección de descubrimientos referentes á los aspectos cuantitativos de la sensación y á la relación que guarda con los respectivos procesos nerviosos. Este ramo de las investigaciones fisiológicas ha sido ampliamente dilucidado por medio del estímulo eléctrico, práctica experimental, introducida por Ritter, perfeccionada por Purkinje y otros, grandemente ilustrada por las fa-

mosas investigaciones de Du Bois Reymond y sus adeptos en los fenómenos eléctricos de los nervios, y que promete de algun tiempo á esta parte arrojar mucha luz, no solo sobre los actos de los sentidos, sino tambien sobre los de los órganos centrales. No es posible pasar revista detalladamente á la larga serie de investigaciones que han llevado á cabo los fisiólogos alemanes respecto á la medida de la sensacion. Pertenecen á un período anterior al de Müller, aunque solo recientemente han sido organizadas de un modo sistemático por una especie de avenencia científica. Los resultados que así se han obtenido son muy numerosos y deben considerarse como un valioso complemento de la base fisiológica de la psicología. Incluyen, entre otros puntos, determinaciones aproximadas del grado ó fuerza, y tambien de la duracion del estímulo ó excitacion que se necesita para la menor sensacion posible, de los cambios que se producen en la sensacion á consecuencia de que se prolongue un estímulo dado y de la duracion precisa de una sensacion despues que ha cesado el estímulo ó excitacion. Esta determinacion cuantitativa de la sensacion se entendió primero naturalmente bajo el punto de vista de la impresion visual. Ehrenberg, el mismo Juan Müller y Plateau pueden ser citados entre los que primero se aplicaron á edificar esta parte de la ciencia de la sensibilidad. Se debe, sin embargo, á los trabajos de más recientes investigadores, como Volkmann, E. H. Weber, Fechner, Wundt y Helmholtz, que la apreciacion cuantitativa de la sensacion se haya llevado á cabo del modo más completo. Las investigaciones de Weber en los límites de la sensibilidad local distintiva, aplicada en un principio á las impresiones de la superficie táctil, y aplicadas por él y por otros, entre los cuales citaré á Helmholtz, Forster y Aubert, á las impresiones de la retina, señalan un importante adelanto en este método de estudio, mientras la generalizacion más notable todavía de los hechos así reunidos á que Fechner llegó formulándola en su famosa ley psico-física, ha servido para reducir esta parte de la observacion á algo que se asemeja á un ramo distinto y completo de la ciencia que se llama psicología fisiológica. La manera que tiene Fechner de emplear la última sen-

sacion que se puede reconocer y la última diferencia de sensación como unidades constantes, iguales para todos los órdenes de la impresión, debe considerarse como una provechósima ampliación de la observación subjetiva por medio de un método objetivo, adquirido en la esfera de las investigaciones físicas.

Aún nos hemos de fijar algo más en los trabajos de estos constructores del edificio de la psicología fisiológica. Se comprende muy fácilmente que en un estudio de la sensación hecho *pari passu* con la observación del acto nervioso, es objeto de una ulterior dilucidación el problema de los elementos últimos de nuestras impresiones sensibles. Con ayuda del método objetivo que aquí se emplea podemos volver á tipos de sensación que entran como elementos constitutivos en las que nos parecen indivisibles y las preceden, en esas sensaciones en que la observación subjetiva alcanza sus elementos últimos. Este análisis amplificado de la sensación ha dado lugar á que se indague hasta qué punto todos los órdenes de impresión bien señalados, las sensaciones de sonido, luz, etcétera, contienen alguna base elemental común, y de esta suerte ha adquirido una nueva significación la cuestión de la energía específica de las diferentes clases de nervios. Debemos llamar, finalmente, la atención hácia la fructuosa aplicación que han dado estos fisiólogos á los experimentos objetivos con el propósito de determinar la proporción de la impresión inmediata y la inferencia *derivativa* en las percepciones simples de los sentidos. Este ramo de indagaciones, que es de gran importancia para determinar la operación precisa de las leyes de acción intelectual, ha sido ámpliamente aplicado á la cuestión de las percepciones de espacio, ó sea á los modos de aprehensión visual en materia de direcciones, distancias, magnitud, etc. Ha servido al mismo tiempo el estudio experimental de las ilusiones de los sentidos para dilucidar el crecimiento de la percepción objetiva en conjunto, mostrando bajo qué condiciones la sensación subjetiva pasa á ser intuición objetiva y cuáles son los elementos que cooperan en la formación de los conceptos claros y estables que tenemos de objetos aislados y persistentes.

Con tales trabajos hechos y tan positivos resultados, Wundt se ha dedicado á la importante tarea suplementaria de reunir los diversos órdenes de indagacion bajo un plan, coordinándolos como partes de una ciencia. Es cosa digna de apuntarse que denomina á este nuevo ramo psicología fisiológica y no fisiología mental, expresion adoptada por algunos escritores ingleses para un parecido campo de investigaciones. La frase de Wundt parece que se explica por la consideracion del hecho de que cierta parte de la ciencia del alma tiene que construirse por medio de una amplificacion del método propio de las indagaciones fisiológicas y señala esa esfera de hechos y leyes psíquicos que requieren para ser completamente ilustrados la cooperacion de la observacion y el experimento fisiológicos.

No es posible dar en un artículo una exacta exposicion de los diversos y bien ligados asuntos que comprende el tratado del profesor Wundt, y debemos contentarnos con indicar brevemente las principales divisiones de su trabajo para entrar despues más de lleno á tratar de uno ó dos de los más importantes y originales progresos que ha traído á la ciencia que quiere definir.

La primera seccion de la obra trata del sistema nervioso y sus funciones. Los últimos resultados que nos ofrece la anatomía tocante á la naturaleza de los elementos nerviosos, las vías de las fibras conductoras en las regiones centrales, y la distribucion de las masas de sustancia gris están hábilmente expuestos y arroja el autor mucha luz sobre las acciones precisas de las varias partes de los centros nerviosos por medio de una exposicion muy completa de su desarrollo morfológico. No se distingue ménos el autor en su explicacion de las funciones de las masas centrales, y hace muy buen uso de los últimos experimentos, demostrando gran prudencia en sacar conclusiones. Citaremos como ejemplo de esta moderacion científica la observacion de que el localizar de un modo preciso las funciones centrales, es base sumamente difícil por existir en la sustancia nerviosa tal capacidad de trabajo suplementario, que hace casi inútiles las conclusiones de los experimentos de viviseccion y de la observacion patológica.

Pasando por un capítulo en que se trata de la mecánica fisiológica del sistema nervioso y que contiene una serie de razonamientos más ó ménos hipotéticos de gran ingenuidad y dignos de ser comparados con los trabajos de Mr. Spencer sobre el mismo asunto, llegamos á la segunda seccion de la obra del profesor Wundt, seccion en que trata de las sensaciones. Esta parte del libro es interesantísima desde el principio hasta el fin. Asigna tres propiedades á la sensacion, intensidad, cualidad y tono afectivo (*Gefühlston*). La duracion y magnitud extensiva de una sensacion no se consideran como propiedades elementales y originarias. Un capítulo sobre la intensidad de la sensacion nos da un claro sumario de los experimentos de Weber y Fechner y una exposicion de la ley psico-física, debida á este último. Wundt introduce un importante punto de vista en la teoría de Fechner, completando el concepto de lo que se ha dado en llamar *umbral* (1), (el punto en que la excitacion exterior resulta ó viene á parar en un sentimiento perceptible) con el de un grado máximo, ó sea el punto en que el aumento del estímulo externo deja de ser seguido por un aumento perceptible de sensacion. Wundt establece con estos valores la conexion de una cualidad psíquica distinta. La sensibilidad respecto de la excitacion se calcula por el valor numérico del umbral en variacion inversa de su magnitud. La receptividad para la excitacion corresponde de otra parte á la posicion del grado máximo, en variacion directa del valor numérico del mismo. De esta suerte, una persona en la cual *el umbral* de un órden cualquiera de sensibilidad fuese muy bajo y el grado máximo muy alto relativamente, seria considerada como de mucha sensibilidad y alto grado de receptividad para las impresiones. Wundt, con razon á nuestro parecer, encuentra la verdadera significacion psicológica de la ley de Fechner en el hecho de que en la comparacion de las sensaciones, ya sea cuantitativa ó cualitativa, solo tenemos, generalmente hablando, una medida relativa y no absoluta. La magnitud de

(1) Para los ingleses *Threshold*, para los alemanes *Schwelle*.

(N. del T.)

una sensación se aprecia necesariamente con relación á la sensación antecedente de que es transición.

Un capítulo sobre la cualidad de las sensaciones contiene expuestos de un modo claro y sucinto los últimos datos respecto de las condiciones anatómicas y fisiológicas de las diversas sensaciones. Discute aquí Wundt muy detenidamente la doctrina de Müller sobre la energía específica, sosteniendo que las diferencias cualitativas de las sensaciones de la vista, el oído, el olfato y el gusto no consisten en peculiaridades fundamentales de los grupos respectivos de fibras nerviosas, sino exclusivamente en el aparato *terminal* de estas, es decir, en las expansiones periféricas de las fibras en las varillas y conos de la retina, el órgano de Corti en el caracol, etc. Esta cuestión de la energía específica que trata Wundt extensamente será abordada en este artículo más adelante. El autor trata de determinar con precisión las relaciones mútuas de los sentidos, así tocante á la naturaleza de sus estímulos como respecto de las cualidades características de las sensaciones mismas. Aparece de esta suerte con toda claridad que la vista, aunque deba colocarse al par del oído en la delicadeza y estabilidad de la distinción y clasificación de sus sensaciones, se asemeja á los sentidos del olfato y el gusto, en que carece de la facultad de responder de un modo diferente á la más pequeña diferencia del estímulo externo, facultad que en el oído notamos, y esta afinidad se supone ligada con el hecho de que en el oído y en el tacto se trasporta inmediatamente el movimiento mecánico del estímulo á la estructura terminal de la fibra nerviosa, mientras que en la vista, así como en los sentidos químicos, el movimiento del estímulo en su transferencia á la extremidad nerviosa se trueca en otra forma cualquiera de movimiento. Entiende Wundt que es muy legítima suposición la de que en la vista, así como en el olfato y el gusto, el proceso mecánico pasa á ser químico. Los fenómenos de los dos sentidos principales son estudiados por el autor con la mayor amplitud, y las ideas de otros, las de Helmholtz sobre todo, son maduramente examinadas.

Completa Wundt su estudio de las sensaciones por medio de un capítulo en que trata de la naturaleza y condiciones de

los afectos sensibles (*sinnliche Gefühle*), ó sea los varios matices afectivos de la sensacion, el placer y el dolor inclusive, y juntamente con ciertos efectos más ó menos semejantes á estos como los sentimientos del hombre sosegado y el excitable, de aquel que es alegre y del melancólico. Estas sutiles modificaciones que acompañan las sensaciones del oído y la vista é intervienen tanto en las impresiones estéticas, están tratadas con gran ingenuidad, aunque se coloca el autor en terreno no poco resbaladizo al discurrir sobre tales cuestiones, pues les convienen muy escasamente los métodos estrictamente fisiológicos. Respecto de nuestros sentimientos de placer y dolor, hace la tentativa ingeniosa pero violenta de demostrar que existe una relacion uniforme de cualidad, de emocion ó afectiva intensidad de sensacion, y que esto es aplicable á todos los sentidos. Entiende Wundt que corresponde á un aumento de excitacion exterior ó estímulo una escala gradual del placer hasta un punto de indiferencia más allá del cual hay una escala ascendente del dolor. Se explica el caso de las sensaciones que parecen dolorosas hasta un grado mínimo, como, por ejemplo, ciertas sensaciones muy conocidas del olfato y el gusto por la suposicion de que en estos ejemplos el punto de indiferencia es muy escasamente mayor que lo que se ha llamado, como hemos visto ya, *umbral* de la sensacion, de modo que la escala de placer es reducida á tales límites que se hace imposible de reconocer. En otros términos, Wundt considera que el grado máximo de placer, indiferencia, etcétera, tiene diversa elevacion en las diversas sensaciones.

La parte ó seccion siguiente que trata de las representaciones (*Vorstellungen*) nos lleva á una esfera de fenómenos psíquicos en que es más difícil aplicar los métodos exactos y ciertos de la ciencia fisiológica. El autor logra, sin embargo, arrojar mucha luz sobre el asunto por medio de experimentos objetivos más recientes. La cuestion total de la naturaleza y origen de nuestras ideas de espacio ocupa mucha parte de esta seccion, y nosotros esperamos tratarla en otro artículo. Baste por hoy que digamos que Wundt se une ostensiblemente al partido del empirismo, dando una gran superioridad á los sentimientos de inervacion, que es un nombre distinto de

los sentimientos de energía gastada á que se refiere en sus trabajos el profesor Bain, como principal factor en la síntesis que construyen nuestras intuiciones del espacio. El autor trata muy cuidadosamente tambien de las relaciones de nuestro sistema musical, y discute con gran habilidad las relaciones de los tonos, la clave, el ritmo musical, etc.

Un capítulo de esta parte de la obra trata de las representaciones de la imaginacion, y nos muestra un gran conocimiento de los casos de alucinacion y en el uso psicológico que hace de los fenómenos de la patología mental puede ser comparado lo que contiene con el modo que Mr. Taine ha tenido de tratar este asunto en su interesante libro *L'Intelligence*. Se supone razonablemente que la base fisiológica de la alucinacion es un impulso central más enérgico que los propios de la imaginacion en su estado normal y la memoria, impulso que llega á las regiones *periféricas* de los sentidos y se aproxima así á los procesos nerviosos de la percepcion. Wundt expone tambien algunas razones valederas para la explicacion de muchas asociaciones al parecer arbitrarias que se presentan en los sueños. En otro capítulo en que discurre sobre las representaciones complejas se esfuerza en trazar la génesis fisiológica de las ideas abstractas y de señalar sus correlativos fisiológicos, yendo muy naturalmente á parar en una crítica de la doctrina de Kant sobre las formas subjetivas, así de la intuicion como del entendimiento.

La seccion siguiente, que se titula «La conciencia y la accion recíproca de las representaciones» es tal vez la que ofrece una lectura más interesante en los dos tomos. Todo el asunto de la naturaleza y límites de la conciencia, sus condiciones fisiológicas inclusive, está tratado con mucha originalidad, aunque aquí, como en otras partes, descubre el autor una peligrosa tendencia á vagar en las descarriadas sendas de la especulacion metafísica. La naturaleza y el mecanismo fisiológico de la atencion voluntaria reciben nueva luz de un grupo de experimentos del más alto interés, de los cuales no será decir demasiado que han de parecer descubrimientos enteramente nuevos para casi todos los que estudian la psicología entre nosotros. De esta parte de la obra de Wundt trata-

remos muy luego con más detenimiento. Al estudio de la atención en sus operaciones sobre los estados intelectuales sigue un capítulo sobre las operaciones afectivas (1), que es de gran interés para los lectores ingleses por seguir las huellas de los otros fisiólogos alemanes en sus trabajos sobre este asunto. Así, por ejemplo, la antigua distinción de sentimientos y pasiones es conservada por él, y trata los impulsos de deseo y aversión como formas de la agitación afectiva. El rasgo más original de este capítulo es la tentativa de deducir algunos de los efectos característicos de la pasión, de la acción predominante, de la excitación afectiva sobre la atención. Volveremos á este punto cuando exponamos la teoría del autor sobre la atención.

La última parte de la obra está dedicada á una exposición de los diversos órdenes de movimiento corporal, los de la expresión afectiva inclusive. Se pone naturalmente á discusión en esta parte el asunto de la volición y la libertad. El autor juzga fácil refutar la noción de que los motivos considerados como cantidades invariables son la causa de la acción, é insiste con mucha fuerza en la base natural del temperamento del individuo y su carácter como un importante factor de la volición. Encuentra que la verdadera relación de los movimientos voluntarios y reflejos no consiste en que estos últimos se someten á la categoría de causalidad y los otros no, sino que mientras los reflejos tienen tan solo una determinación externa y fisiológica, los voluntarios tienen la fisiológica y la psicológica. ¿Pero es este un paso esencial (*essential step*) en el proceso? Aquí tropieza Wundt con la suposición del automatismo que es actualmente objeto de estudio en este país, como si se tratara de una hipótesis completamente nueva.

Al tratar del asunto de la expresión de las emociones halla Wundt ocasión de proporcionar á las personas estudiosas una importante crítica de la teoría de Darwin. El mismo Wundt reduce las leyes de la expresión á tres principios, á saber: los del cambio directo de inervación, lo cual responde al tercer principio de Darwin y es definido como incluyendo el efecto

(1) En inglés, *emotional*; en alemán, *Gemuthsbewegungen*.

(N. del T.)

reflejo inmediato (*Rückwirkung*) de la emoción fuerte en las partes céntricas de la inervación motriz, la asociación de sensaciones análogas y la relación del movimiento en la concepción de los sentidos, tal como la ilustran los gestos mímicos, etcétera. Convenimos con Wundt en rechazar el principio darwinista del contraste; pero no hemos logrado encontrar en esta nueva tentativa de definir los principios de la expresión de las emociones un tratado completo sobre el asunto.

En este rápido exámen del libro del profesor Wundt nos ha sido dado, tal es al ménos nuestra esperanza, mostrar cuán grande y variado es el interés que ofrece á los hombres que se dedican al estudio de la psicología. Aun en aquellas partes de su obra en que no acierta el autor á tratar de un modo completamente satisfactorio el asunto que se propone y á proporcionarnos una explicación adecuada del problema que discute, presta á no dudarlo importantes servicios presentando la cuestión bajo nuevas y sorprendentes fases y planteando con frecuencia nuevos problemas que han de ser objeto de atento estudio para aquellos que se consagren en lo porvenir á estas investigaciones. Si añadimos ahora que muchas de sus disertaciones están ámpliamente completadas por medio de juicios críticos muy claros y á menudo ingeniosos de teorías anteriores y con particularidad de las doctrinas de los dos jefes de la psicología en Alemania, Kant y Herbart, no necesitará más el lector para hacerse cargo de la importancia de la obra á que nos referimos. Trataremos ahora de ilustrar más aún la importancia de la obra de Wundt y del ramo de investigaciones con que en Alemania está ligado, ahondando en el exámen de dos de las más importantes partes del libro. La primera de estas contiene el sentido particular del autor sobre el principio de la energía específica de las estructuras nerviosas, y la segunda su novísima y notable explicación de los procesos de atención en sus aspectos psíquico y físico.

La teoría de la energía específica de los nervios fué formada primeramente, como hemos dicho ya, por J. Müller, que creyó dar por este medio una base á la doctrina de Kant respecto de las condiciones subjetivas del conocimiento. Los hechos en que descansaba eran los siguientes: primeramente,

los varios órdenes de nervios de la sensibilidad tienen estímulos particulares que no obran en los otros. Así el nervio óptico tiene por estímulo propio las vibraciones del éter. En segundo lugar, todos los nervios de la sensación ejercen una reacción en el estímulo común de las varias clases de nervios (agentes mecánicos y eléctricos) solo en la forma que les es peculiar, ó sea en su forma específica. Pero en realidad, como dice Wundt, la primera de estas proposiciones no vale para la clase más extensa de nervios, los de la piel, puesto que carecen estos de un estímulo especial y solo están sujetos á la acción de un modo común de estimular, la acción mecánica.

Con un conocimiento más profundo de las estructuras nerviosas, claro está que tenía que modificarse la doctrina de Müller tocante á la energía específica. La forma que esta teoría presentaba era que las diferencias cualitativas que existen entre nuestras sensaciones no dependen tanto, si es que dependen algo, de las diferencias específicas de las fibras conductoras como de las peculiaridades específicas en las terminaciones actuales, á saber, las celdas gangliónicas cerebrales. Se empezaron, por tanto, á considerar las fibras nerviosas como alambres eléctricos que producen los resultados más diversos, según los distintos aparatos con que se comunican.

Wundt dirige su argumentación contra esta nueva forma de la teoría, sosteniendo que los varios elementos de los centros y las fibras que los relacionan son indiferentes en función, siendo capaces, *per se*, de obrar lo mismo del un modo que del otro, y que las diferencias cualitativas que en nuestras sensaciones se notan dependen exclusivamente de las formas peculiares de los procesos que en las fibras descansan. Son principalmente estas formas resultados de los órganos terminales peculiares adscritos á las extremidades *periféricas* de las fibras, como, por ejemplo, las varillas y conos de la retina, el órgano de Corti en el caracol, etc. No se descubren mayores diferencias de estructura que en los nervios *periféricos* en los elementos centrales. Las fibras que relacionan no se pueden distinguir en su estructura, y en cuanto á las celdas gangliónicas, sus diferencias se refieren únicamente á magnitud, forma y modo de originar los procesos. Los fenómenos de

accion supletoria por medio de la cual una parte de los tejidos centrales sirve cuando otra parte se inutiliza y que tan frecuentemente acuden en la observacion patológica y en los experimentos fisiológicos parecen indicar la similaridad fundamental de las estructuras centrales respecto de la capacidad de funcion.

Sostiene, por tanto, Wundt, que ningun elemento nervioso, ya sean fibras ó celdas, tiene por funcion específica la produccion de un órden de sentimientos, sino que una variedad dada de sentimientos es correlativa á una variedad definida del proceso nervioso, el cual proceso puede verificarse así en una fibra ó celda como en otra. La razon de que una clase de sentimientos sea producida comunmente por un conjunto de fibras y celdas, es que la forma de proceso apropiada á este sentimiento se da usualmente en relacion con estas líneas particulares, lo cual se debe á la peculiaridad de las varias terminaciones periféricas. Por manera que la razon de que la excitacion de cierto grupo de celdas sensorias esté acompañada de una sensacion de sonido, mientras que otro grupo se acompaña con una sensacion de luz no debe buscarse en diferencias específicas de estas celdas ó sus correspondientes fibras, sino en la diferencia de forma que aparece en las dos series de movimientos moleculares trasmitidos á los dos grupos.

Las mayores dificultades respecto á la hipótesis de la energía específica se encuentran, á juicio de Wundt, al estudiar las diferencias cualitativas de sensibilidad entre las sensaciones de un mismo sentido. Penetra profundamente en la cuestion de si las diversas *subvariedades* de las sensaciones de color y tono dependen de grupos específicamente distintos, de fibras nerviosas en los dos órganos á que aludimos ó están relacionadas con formas diferentes de movimiento molecular en las mismas fibras. Es sabido que Helmholtz, resucitando una hipótesis de Tomás Young, supone que en la retina hay tres clases de fibras ópticas, correspondientes á tres clases de sensaciones elementales, á saber: las de lo rojo, lo verde y lo violado ó azul. Sostuvo tambien primeramente que las fibras de Corti, que constituyen una de las estructuras terminales

del nervio auditivo, son una especie de teclado (1), poniéndose cada filamento en mocion solo por séries de vibraciones que tienen una rapidez aproximadamente igual, y sirviendo exclusivamente á sensaciones auditivas del mismo órden poco más ó ménos. Aún supone más, pues entiende que las gradaciones finas que puede distinguir el oido dependen de la excitacion simultánea de fibras contiguas en diferentes grados. Wundt rechaza estas dos hipótesis. Respecto del ojo, dice que la anatomía no nos ofrece ninguna base sólida para tres clases desemejantes de fibras ópticas. Sostiene tambien que el ojo no es capaz de analizar sensaciones de color en sus supuestos elementos. Pero su principal objecion descansa en el hecho de que el más pequeño punto visible de luz no se percibe nunca como un color particular. Tienen, pues, que cooperar, á su juicio, los tres manojos hipotéticos de fibras para ver el *minimum visibile*. Pero esto parece inconciliable con el diámetro conocido de las varillas, cada una de las cuales se supone en continuidad con una fibrilla primitiva. Mayores son aún, en sentir de Wundt, las dificultades respecto del oido. Sostiene, contra Helmholtz, que una excitacion simultánea de dos fibras adyacentes resultará, no en un solo tono intermedio, sino en los dos tonos que á las fibras responden, y que por lo tanto, constituyendo nuestras sensaciones auditivas un *continuum*, la hipótesis de fibras particulares determinadas requiere un número infinito de hilos nerviosos (2). Sostiene luego que afirmar diferencias de fibras, pero diferencias cualitativas, entre las sensaciones de los sentidos restantes, como el gusto y el olfato, por ejemplo, es evidentemente contrario á las enseñanzas de la anatomía. Recomendamos á nuestros lectores los argumentos de Wundt en esta materia, pues son demasiado extensos para que podamos

(1) V. *Bases físicas y fisiológicas de la armonía*. REVISTA CONTEMPORÁNEA, número 2, 30 de Diciembre de 1875.

(N. del T.)

(2) Es raro que Wundt no se fije en el hecho de que la suposicion que hace Helmholtz de ciertas delicadas diferencias en las sensaciones auditivas, dependiendo, como depende, de proporciones várias de actividad en las mismas fibras es, *por tanto*, una aceptacion de las opiniones de Wundt.

exponerlos aquí detalladamente. Obvio nos parece que si la interpretación que hace Wundt de los hechos es exacta, y confesamos que el efecto acumulado de sus argumentos es muy considerable, tenemos pruebas positivas de que en ciertos límites al ménos la variedad de los estímulos que obran en los mismos elementos nerviosos producen sensaciones cualitativamente distintas. Y este es, á la verdad, un poderoso argumento para el conjunto de la teoría de Wundt sobre las condiciones nerviosas de la calidad del sentimiento.

Pero se preguntará: ¿cómo es posible reconciliar esta doctrina de Wundt, según la cual la cualidad del sentimiento depende únicamente de la forma del estímulo con el hecho de que ciertos grupos de fibras, como por ejemplo, las de la retina, responden de un modo solamente, sea cual fuere, al estímulo que en ellas obra y con el hecho posterior de que una vez removidas las terminaciones periféricas de las fibras, como acontece en la pérdida de los dos ojos, sigue siempre al estímulo del nervio truncado una forma de la sensación que es peculiar de ese nervio en su condición normal? Wundt se esfuerza en salir de esta dificultad afirmando que existe una extraordinaria capacidad de adaptarse á los estímulos en la sustancia nérvea. La fibra óptica, cuando el estímulo de la luz ha obrado en ella muchas veces, tiene tan adaptadas á este particular estímulo sus combinaciones moleculares, que ninguna otra forma de excitación puede obrar en ella como no sea de este modo. Entiende Wundt que esta opinión se apoya en el hecho de que la función de un órgano de los sentidos necesita apoyarse por cierto tiempo en un apropiado estímulo externo si ha de sobrevivir la forma de sentimiento que del órgano es propia á la pérdida del órgano. Observación muy familiar es que los ciegos y sordos de nacimiento carecen completamente de las sensaciones de luz y sonido, mientras aquellos que se quedan ciegos ó sordos retienen muchos años sus sensaciones bajo la forma de ensueños, recuerdos, etc.

La teoría de Wundt no es en realidad tan distinta de la antigua que trata de suplantarla. Admite, en efecto, que en el actual grado del desarrollo orgánico hay en las fibras nervio-

sas algo que no puede distinguirse de una función específica, puesto que solo les es dado responder de cierto modo á las excitaciones ó estímulos. Y no es solo esto, porque á la diferencia de las funciones han de seguir más tarde ó más temprano diferencias de estructura, y parece que se desprende de la teoría de Wundt que las fibras ópticas y sus células correspondientes, por ejemplo, deben haberse distinguido en su estructura de las otras clases de fibras y células sensorias, aunque no haya logrado aún la observación anatómica descubrir ninguna diferencia característica.

Reclama Wundt para su teoría de acción nerviosa el privilegio de ser la que mejor se concibe psicológicamente. Podemos, dice, representarnos fácilmente que nuestra conciencia esté determinada cualitativamente por la naturaleza de los procesos que se dan en los órganos que la sostienen; pero nos cuesta trabajo concebir de qué modo esta existencia cualitativa llega á ser susceptible de variar sin más que las diferencias locales de esos procesos (p. 353).

Nos parece algo forzada esta consideración, toda vez que los sostenedores de la doctrina de la energía específica no refieren la peculiaridad de las funciones á meras combinaciones locales, sino á peculiaridades ignoradas de estructura en los mismos elementos nerviosos, ya sean fibras ó células. Por otra parte, es muy discutible que al distinguir dos impresiones perfectamente análogas ó similares sea la separación y no la combinación local de los elementos interesados la única base fisiológica de esa distinción. Lo único que se requiere para que las cosas sean psicológicamente concebibles es que corresponda á cada diferencia en los sentimientos alguna diferencia en los procesos nerviosos, y se satisface del mismo modo esta exigencia señalando diferentes elementos á dos procesos análogos que atribuyendo á un mismo elemento dos procesos desemejantes. Para concluir esta exposición de la teoría de la acción nerviosa de Wundt, notaremos que su principal significación consiste en su posición respecto de la teoría evolucionista. Mira sin duda á una diferenciación gradual de los tejidos nerviosos con diversas funciones. El mérito de Wundt consiste en que buscó con éxito la transforma-

cion de la antigua teoría de la energía específica de modo que viniese á armonizarse con las concepciones biológicas más recientes.

La cuestion de la energía específica en que nos hemos ocupado es principalmente una cuestion fisiológica; entraremos ahora en el estudio de una cuestion más estrictamente psicológica, la de la naturaleza y las leyes de la Atencion.

Comienza Wundt esta parte de su trabajo por una definicion provisional de la conciencia, de la cual no hemos de tratar ahora. Rechaza explícitamente la idea de los estados mentales inconscios en vista del proceso de reproduccion. De una parte traza divisoria línea entre los estados claros y los oscuros de conciencia, reconociendo grados que se diversifican en ámbos, así respecto de una sola inteligencia como de toda la escala de la inteligencia animal. El círculo de la conciencia clara ó distinta se determina por el proceso que denominamos atencion. Wundt señala analogías entre esta esfera de la atencion y el campo de la percepcion clara en la vision y se vale de los términos *campo de vista* y *punto de vista* para ilustrar la distincion entre todas las representaciones en un momento dado y aquella parte de las mismas á que la atencion se convierte.

El advenimiento de una representacion al campo interno de vista se denomina percepcion; el advenimiento al punto de vista recibe á su vez el nombre de apercepcion. Consiste la analogía de los puntos de vista interno y externo en que cada uno se mueve sucesivamente en las diferentes partes del campo de vista. De otra parte el punto interno difiere del externo en la propiedad de que alternativamente se dilata y se contrae, de suerte que, estrictamente hablando, no es un punto, sino una superficie estrechamente circunscrita aunque variable. A medida que el *punto* interno es más circunscrito y brillante, mayor es la oscuridad del campo que resta. Esto se explica perfectamente si se trata de la atencion objetiva en los efectos de una impresion visual momentánea por iluminacion eléctrica, lo que muestra que la extension de este punto de clara conciencia se acrecienta con la mayor duracion ó con la frecuente repeticion de las impresiones.

Las influencias que atraen la atención á determinadas direcciones son externas ó internas. Por las primeras entiende Wundt fuerza de impresion, etc. Es condicion para reconocer un elemento particular en una impresion compleja que este elemento haya sido experimentado aparte poco ántes. De esta suerte podemos percibir en una masa compleja de tonos notas que hemos oído separadamente poco há. Por condiciones internas entiende Wundt la influencia de la memoria y la anticipacion en el reconocimiento de las impresiones. Así sucede que cuando examinamos un mineral que segun nuestras congeturas pertenece á una variedad particular, formamos clara imágen de algun modelo que recordamos, y con ayuda de este reconocemos el que á nosotros se presenta. La observacion subjetiva nos muestra que suponen este género de actividad todos los casos en que se pone en juego la atención.

Sabido es que la atención se acompaña siempre con una tension que se experimenta en el órgano del sentido interesado ó en la cabeza, como acontece en el caso de las reminiscencias voluntariamente habidas. En ámbos casos resulta el sentimiento de la *inervacion* que sobreviene en los músculos voluntarios y que se acompaña con una tension actual de los músculos, y por consecuencia con peculiares sensaciones del tacto que se cumplen al través de particulares impresiones en la piel. Y más adelante, cuando se anticipan impresiones externas, se advierte que el sentimiento de excitacion que de la atención es propio depende de la fuerza de las impresiones.

Muestran estos fenómenos que la atención se acomoda á las particulares impresiones del momento. La agitacion, que es efecto de la sorpresa, responde al hecho de que la atención no se ha acomodado en el momento de recibir la impresion. Esta acomodacion es doble, pues se refiere así á la cualidad como á la intensidad de las excitaciones.

Y se preguntará: ¿en qué consiste el mecanismo de este proceso de apercepcion? Wundt dice que cuando la atención se despierta, debemos imaginar el siguiente orden de hechos:

«El primer impulso procede en todos los casos por un estímulo externo (fisiológico) ó por un estímulo interno (psíquico). Es consecuencia inmediata de

este estímulo una representación, ora una imagen de intuición, ora de imaginación, y esto queda en el primer caso fuera del punto interno de vista.

Toda excitación de los sentidos es transmitida al mismo tiempo á las regiones centrales de la *inervación* volitiva, de la cual podemos concebir que se traslade ó lleve más allá por uno de estos dos caminos: primeramente en reacción, al campo de los sentidos para que la concepción tome más fuerza, ó secundariamente al dominio de los músculos volitivos, para que se levanten esas tensiones musculares que ayudan á formar el sentimiento de la atención y que por su parte vuelven á obrar en la atención, fortaleciéndola con arreglo á la ley de que se sostienen mutuamente los sentimientos asociados. La diferencia entre la atención y el movimiento voluntario consiste esencialmente en la reacción predominante que se cumple en las regiones del sentido de que parte en un principio el proceso. En el caso del movimiento voluntario se dirige principalmente la excitación central á los músculos que mientras duran los procesos de la atención solo se emplean en subordinados movimientos que operan entre sí. Ambos procesos se coordinan por supuesto de diferentes modos, por cuanto los movimientos voluntarios los acomodan con arreglo á la representación que ocupa el punto de vista de la conciencia (pág. 723)."

En confirmación de esta teoría acude Wundt al hecho muy fácil de comprobar de que por medio de la fuerza de voluntad podemos evocar sentimientos que se distinguen difícilmente de las impresiones (1). Su principal argumento para esta teoría se deriva, sin embargo, de una curiosa serie de experimentos á los cuales nos referiremos ahora.

Diríjense esos experimentos á determinar la duración de los procesos que supone, el reconocer una impresión externa momentánea y el fijar este reconocimiento por un simple movimiento voluntario, y también las variaciones de esta sensación que se producen por variaciones en la impresión y sus circunstancias correspondientes. Son de carácter muy curioso é interesante, y en manos de Wundt han probado que son muy útiles para la interpretación psicológica.

Wundt señala como sigue los diversos pasos de los procesos que aquí se estudian: 1) la transición del órgano del sentido al cerebro; 2) la entrada en el campo de vista de la conciencia, ó percepción; 3) la entrada en el punto de vista de la

(1) Tal vez le será permitido recordar al autor de este artículo que sin conocer la obra de Wundt indicó que los fenómenos de sensaciones subjetivas voluntariamente despiertas señalan claramente una reacción del proceso voluntario en las regiones del sentido. V. *Sensation and Intuition*, páginas 63, 64.

atencion, ó apercepcion; 4) la accion de la voluntad en dar el necesario ímpetu á los nervios motores, y 5) la trasmision de esta excitacion motriz á los músculos. La primera y la última de estas etapas son puramente fisiológicas. En cuanto á los otros tres procesos, se puede suponer razonablemente que el de la percepcion se da en simultaneidad con la excitacion de las regiones de los sentidos, de modo que su duracion se incluye en la del proceso de los conductos del sentido. Si hablamos de un período perceptivo solo podemos referirnos al tiempo que se requiere para los movimientos que se transmiten á los centros de sensibilidad para que les produzcan la necesaria excitacion. Del mismo modo el período volitivo (núm. 4) debe considerarse como psico-físico, siendo altamente improbable que la accion de la voluntad sea una accion separada que ocupa un tiempo distinto. Queda el período aperceptivo, que tambien es psico-físico, puesto que podemos hablar de él como tiempo que se requiere para la trasformacion de una percepcion en apercepcion, ó bien como intervalo que se necesita para la transicion del movimiento desde el sensorio á la parte cortical del cerebro. Dividido así todo el período, Wundt, siguiendo el uso de los astrónomos, fija el tiempo fisiológico. Puesto que en muchos casos no podemos separar los períodos aperceptivo y volitivo, podemos hablar de ellos bajo el término de período de reaccion. Tendremos de esta suerte cuatro etapas en el proceso; dos que son puramente fisiológicas, la primera y la última, y dos psicológicas ó psico-físicas, las de la percepcion y la reaccion. Hay motivos bastantes para creer que las dos últimas invierten mucho más tiempo que las dos primeras. Se sigue de aquí que cuando todo el tiempo fisiológico comporta considerables alteraciones, hemos de referirlo á cambios en la duracion de esos procesos centrales. Los experimentos por medio de los cuales los valores variables del tiempo fisiológico han sido determinados, comenzaron con las investigaciones de Bessel sobre la ecuacion personal en la observacion astronómica. Posteriormente han sido desarrollados por varios *savants* en interés de la fisiología, como Hinds, Donders, De Jaager, y muy particularmente Exner. Los ingeniosos

aparatos (cronóscopos) que han servido para hacer estas observaciones están descritos ampliamente por Wundt en un apéndice. Bastará que digamos ahora que con ayuda de corrientes eléctricas suministran un registro asombrosamente exacto, así de la fracción de un segundo en que se verifica la impresión de luz y sonido, como del intervalo entre esta y el complemento del acto de registro manual, por medio del cual se consigna la impresión.

Los experimentos que vamos á considerar se dividen en tres distintas series: 1) los que investigan el tiempo fisiológico bajo las condiciones más simples ó sea cuando el observador que registra sus impresiones espera una impresión de cierta cualidad y fuerza, pero está dudoso respecto del momento preciso en que ocurre; 2) aquellos en que un cambio del tiempo fisiológico se efectúa por adición de la circunstancia favorable de que el tiempo exacto de la impresión es conocido previamente, y 3) aquellos en que el tiempo fisiológico es modificado por la introducción de alguna circunstancia desfavorable, como por ejemplo, que la naturaleza de la impresión sea desconocida ó que la clase de movimiento á que debe responder el acto del registro se hace depender del carácter de la impresión y no se puede preparar para el intento del mismo modo.

No podemos intentar otra cosa que ofrecer á nuestros lectores algunos de los más interesantes resultados de estos experimentos. Así, por ejemplo, Wundt encontró que bajo las condiciones necesarias de la primera clase de experimentos, la duración de los procesos perceptivos y aperceptivos es una cantidad constante para todos los órdenes de sensación *en el umbral del estímulo*, siendo por supuesto todo el tiempo que aquí se invierte mucho mayor que el tiempo que se requiere para más fuertes excitaciones. Encontró después que cuando se hacen cambios considerables en la fuerza de la excitación, el tiempo fisiológico decrece con el aumento de esa fuerza, pero que cuando cambios muy ligeros se introducen, esta regla no es aplicable. Concluye, por tanto, el autor en que dentro de estos estrechos límites el efecto del aumento del estímulo al obrar en todo el proceso es imperceptible si se com-

para con el efecto de las varias influencias de la atracción en el mismo momento. Sostiene también que el aumento de rapidez con aumento de estímulo, debe referirse principal aunque no exclusivamente á las etapas psico-físicas del proceso.

En la segunda série de observaciones en que el tiempo de la impresión se anuncia anticipadamente por una señal, encontró Wundt que en la repetición de experimentos bajo las mismas condiciones, decrece el tiempo fisiológico hasta alcanzar una cantidad infinitesimal ó se desvanece por completo.— Se da, en otros términos, el acto de registro en perfecto sincronismo con la aplicación del estímulo de los sentidos. Wundt da cuenta de estos resultados dignos de apuntarse por medio de la suposición de una excitación preparatoria de la atención. Cuando el tiempo fisiológico disminuye mucho, podemos inferir que la atención del observador se ha acomodado tanto, que el período aperceptivo se desvanece y coinciden perfectamente en el tiempo la apercepción y la excitación volitiva de una parte, y de otra la percepción. Cuando el tiempo fisiológico llega á cero, imagina Wundt que el observador trata involuntariamente de verificar el acto de registro en exacto sincronismo con la llegada de la impresión y que al obrar así es llevado necesariamente por un sentimiento de la perfecta contemporaneidad de la impresión que ha de observarse y los sentimientos de inervación y tacto que, por decirlo así, acompañan y anuncian el acto de registro.

Cuando una impresión es repentina, se aumenta muy considerablemente el tiempo fisiológico, lo cual acontece probablemente á consecuencia de que se retardan los procesos reactivos que no se pueden preparar á la sazón. En el caso de que sobrevenga un lánguido, repentino y completamente inesperado sonido, el tiempo fisiológico alcanza la gran magnitud de medio segundo. Si en lugar de hacer imprevista la impresión se complica el procedimiento tomando el acto de registro sin que anticipadamente se conozca, se alarga de un modo análogo el tiempo fisiológico. Este hecho señala claramente la existencia de un período volitivo. Se encuentra, por otra parte, que depende de las conexiones fisiológicas que guardan las regiones centrales del sentido con el aparato motor que reac-

túa. Se pueden determinar en parte muy claramente estas conexiones por medio del orden externo de impresiones, tal como lo ilustra un experimento de Donders, según el cual los signos visuales están asociados con la acción vocal de un modo ménos estrecho que los signos auditivos.

Solo nos es dado dirigir una rápida ojeada á algunos de los más complicados experimentos que enumera el autor en esta parte de su trabajo. Se ha notado que cuando la impresión que ha de ser registrada se acompaña con una impresión indirecta que se interpone, ya sea continua ó momentánea, se alarga el período fisiológico y es mayor la perturbación que causa esta impresión indirecta cuando es heterogénea respecto de la principal. Así sucede que un sonido distrae á la mente de la observación de una impresión lumínica con más fuerza que una impresión actual cualquiera. Es demasiado evidente la razón fisiológica de esta diferencia para que exija especial mención.

Cuando ocurren inmediatamente ántes de la impresión que ha de ser registrada impresiones momentáneas que distraen, se ha notado que en ciertos límites el orden actual de las impresiones puede ser equivocado de modo que la impresión que se anticipa es observada como coexistente y aun como anterior al elemento perturbador á que sigue en realidad. El hecho de que observando una sangría vea chorrear la sangre una persona ántes de la introducción de la lanceta, es un ejemplo familiar de este curioso caso. Otros interesantes resultados siguen cuando se hace que la impresión que distrae suceda en muy corto intervalo á la principal. Si el intervalo es menor que cierta magnitud y es de cierta importancia, se estingue, por decirlo así, la impresión principal y son suscitadas las energías aperceptivas por la segunda impresión, ántes de que hayan tenido tiempo para formar una clara intuición de la primera.

Prueban estos experimentos, según Wundt, que el momento preciso en que una impresión se percibe, depende de un modo muy curioso de la suma de preparatoria acomodación propia que en la atención se ha verificado. Si una clara imagen de la impresión se forma préviamente y si el intervalo en-

tre la reaparicion de esta imágen y el reconocimiento de la impresion actual es suficientemente pequeño, acontece que no se distinguen más la imágen y la impresion, y se confunden los momentos de cada una. Prueban tambien estos experimentos, que no es dado á la atencion en muchos casos el poder de abarcar dos impresiones en el mismo instante, y cuando dos impresiones se aperciben simultáneamente, consiste esto en que pueden reunirse bajo una impresion compleja como partes de un todo. Y las actividades de la atencion requieren cierto intervalo, para pasar de una impresion á otra. Dice Wundt que dos impresiones que están en perfecta continuidad, se perciben, sin embargo, como dos distintas. Arguye de esta suerte en favor de que es propia de las leyes de la atencion cierta *discontinuidad* en la corriente de nuestras impresiones é ideas.

La conclusion más ámplia é importante que saca Wundt de estos experimentos es que las operaciones de la apercepcion y de la reaccion volitiva forman un *proceso*, cuyo asiento fisiológico es el dominio de la inervacion motriz central. Así la apercepcion, como el impulso de los movimientos voluntarios, son tan solo formas diferentes de excitacion volitiva que se produce en las regiones anteriores de la sustancia cortical. De suerte que estas regiones anteriores son las más altas en un doble sentido, puesto que no solo sirven para regular todas las acciones más complicadas, sino tambien para el régimen de las mismas regiones del sentido.

El autor trata, como hemos dicho ya, de aplicar este concepto de la atencion á los principales fenómenos de las emociones violentas. Entiende que el tipo más sencillo del afecto nos lo ofrecen las impresiones repentinas. Un resultado parecido obtenemos cuando es tan poderosa la impresion que agota rápidamente las actividades de la atencion. Esto se ve perfectamente en el caso de las emociones asténicas. «La passion se desarrolla en enérgicos movimientos, en los casos en que la apercepcion domina á la impresion y obra de un modo paralizador cuando la impresion se sobrepone repentinamente á la conciencia ó cuando la conciencia se rinde en larga lucha con la passion.» (P. 805.) Refiere Wundt de esta suerte

los movimientos corporales que acompañan á las pasiones fuertes, á las excitaciones enérgicas de esos centros motores que forman el órgano de la apercepcion y el movimiento voluntario, y la consuncion que es efecto de ciertas órdenes de pasiones, como el terror, al agotamiento de las energías de esos centros.

No podemos decir que nos parece afortunada esta tentativa de reducir los efectos corporales de la emocion á los efectos mediatos, que proceden de la accion de las impresiones en la atencion. Parece que está contradicha por el hecho de que los movimientos afectivos más enérgicos sobrevienen en la ausencia de todo lo que se asemeja á conciencia del ejercicio de la atencion, y pasa por alto el hecho psicológico de que la emocion, como que es algo distinto de la impresion sensible y del impulso volitivo, es una especie de excitacion corporal que se muestra claramente en las actividades musculares, pero que descubre su presencia en la sensibilidad más elevada, casi tanto como en el aumento de actividad motriz.

Pero dejando á una parte esta aplicacion particular de la teoría de la atencion de Wundt, podemos decir con toda confianza que constituye un importante adelanto en nuestro conocimiento de los procesos reales de la volicion y nos ayuda á entender el mecanismo por medio del cual convierte la mente su atencion consciamente á una idea interna (*internal idea*) y facilita el proceso de la percepcion sensible por medio de una voluntaria concentracion de sus fuerzas. Esta es la parte del tratado que con más esmero deben examinar las personas dedicadas al estudio de la psicología.

JAMES SULLY.

(*Mind.*)

EL CRÍTICO, TEÓLOGO Y POETA JUAN GODOFREDO HERDER.

Al hablar de *Herder*, á quien las alas de su génio remontaban á alturas inaccesibles para otros, y que hasta en sus investigaciones científicas se encendia en fuego poético, siendo más poeta en su prosa que en sus versos; el gran crítico, que, si no fué un vate creador, tenia en compensacion el más delicado sentimiento poético, el don de apreciar y reproducir la poesía, que para él era el Proteo entre los pueblos que convierten su figura segun idioma, costumbres, usos, temperamento y clima, y hasta segun el acento de los pueblos; al hablar del gran estético que penetraba en las más variadas apariciones de la poesía, la santa y la profana, la antigua y la moderna, la oriental y la occidental, la popular y la artificiosa, y hallaba el conjuro para resucitar la poesía alemana desencadenando la vida del sentimiento individual en toda su originalidad y fuerza primitiva por el entusiasmo ditirámbico con que llamó la atencion sobre la poesía de *Ossian* y la *poesía popular*, «aquella poesía que vive en los oídos del pueblo, en los lábios y en el arpa de cantores vivos; la que cantaba historia, suceso, misterio, maravilla; la que era la flor de la singularidad de un pueblo, de su lengua y de su país, de sus negocios y de sus preocupaciones, de sus pasiones y de sus arrogancias, de su música y de su alma;» al hablar del gran crítico que encomiando á *Shakspeare* como modelo del poeta dramático germano, como maestro en representar un mundo de variados sucesos y acciones, como génio que sentado en una roca tiene á sus piés la tempestad rugiente y el bramir del mar, mientras su cabeza se encuentra en los rayos del cielo, dió un nuevo y poderoso impulso al instinto dramático despertado por Lessing y encontró en Strasburgo en *Goethe* al discípulo genial que realizase sus doctrinas volviéndonos el canto candoroso y primitivo y escribiendo el *Goetz* de Berlichingen, de modo que Strasburgo, aquella misma ciudad que habia visto la mayor humillacion de Alemania, se hizo la cuna de la nueva época de nuestra literatura, la patria de una poe

sía eminentemente alemana; al hablar del teólogo eminente que conciliaba la teología con las necesidades primitivas del ánimo y con los movimientos de la cultura de su época; que llevaba en su alma el ideal sublime del preste del Altísimo de ser prenda del temor de Dios, de la paz, de la honradez y de la bienaventuranza de su comunidad, hermano de todos los padres y ancianos, conecedor y protector de todos los pobres y miserables, maestro y padre de todos los huérfanos y niños, don del cielo, mensajero de la divinidad, rey de la justicia, sacerdote de Dios, y que decía: «La poesía primordial fué teología, y la más noble y más alta poesía ha de quedar aún siempre según su esencia, como la música, teología. Los cantores y profetas, los vates más sublimes del Viejo Testamento sacaron llamas de un fuego sagrado. Los más venerables poetas del paganismo, los legisladores, padres y protectores de los hombres, Orfeo y Epimenides, todos los nombres fabulosos de la antigüedad cantaron los dioses y encantaron al mundo. Lo que los Milton y Klopstock, los Fenelon y Racine sentían en sus momentos más puros, fué religion, no fué otra cosa que el eco de la voz divina»; al hablar del gran teólogo que nos recuerda la grandiosa actividad de los primeros obispos cristianos, que refleja en todos sus trabajos espirituales la pura y noble *humanidad* cual esencia, mandato y divisa del cristianismo, la religion del amor, y que no ansiaba siquiera la inmortalidad personal, si no se perdiesen sus aspiraciones, casi me temo que en vez de bosquejar sus méritos mi tosca pluma, con el brillo merecido, no hará más que empequeñecerlos, pintándolos con un colorido que por muy subido que fuera resultaría siempre pálido á los ojos de sus admiradores. *Herder*, cuyo sentimiento hirviente no se dejó estrechar en las barreras de una disciplina singular, sino que con sus brazos de gigante abrazó así la filosofía como la teología, así los mundos poéticos de Homero, Shakspeare y Ossian, la poesía desde los tiempos más remotos y hasta en los pueblos más rudos, como la vida más íntima de todas las naciones, la individualidad de los pueblos más distintos, la historia de la humanidad que se presentaba á su espíritu cual progreso vivo y, como si dijéramos, cual obra artista divina; *Herder*, que lo encerraba todo en aquellas tres palabras que eran su divisa y su programa: *Luz, Amor, Vida*, es el verdadero padre espiritual, el gran guía de nuestro siglo. Él, en cuyas doctrinas relativas á la poesía se formaron los Goethe y Bürger, y en cuyo estilo aprendieron los Juan Pablo Richter é Hippel, nos ha trazado el camino que hemos de andar; y sus escritos, que, si no tienen el tranquilo y objetivo estilo de Goethe, ni la

perspicacia lógica y el desarrollo estricto de Lessing, ni el sello científico de Kant, brillan, en cambio, por la riqueza del sentimiento, por la contemplación grandiosa, por el fuego y la frescura, por el alto vuelo y la exaltación; sus escritos, aunque no sean sino fragmentos, y aunque en cuanto á lo particular nos hayamos en parte elevado por encima de ellos, tendrán un valor eterno como herencia preciosa, porque en todas ciencias es menester retroceder á los primeros escritos fundamentales: en ellos respira el genuino espíritu introductor; en ellos los problemas de que se trata saltan á los ojos de un modo más claro; en ellos la senda de la investigación es aún más patente, no cubierta todavía de la masa del material.

Los mayores bienhechores de la humanidad no nacieron en los tronos ni en los círculos más altos de la sociedad humana, sino que salieron de la pobreza, de la miseria, de las tinieblas, y en su camino hácia la luz tuvieron que andar sobre espinas. Así también él, á quien queremos acompañar en su carrera terrestre y en sus aspiraciones divinas; ¡ay! él, cuyas estrellas eran la religión y el arte, la verdad y la hermosura, no encontró en la vida aquella felicidad que, como el nenúfar, abre sus hojas llenas y sus flores fragantes solo en el agua tranquila. Su corazón era tan ardiente, su espíritu tan inquieto, su pasión tan vehemente, su amor á la gloria, ese sueño divino que hasta en el cielo es honor y que lleva por ser hermoso el nombre de una mujer, era tan inmenso que jamás se bastó á sí mismo, y se extinguió en la copia de su fuerza espiritual.

Juan Godofredo Herder vió la luz el 25 de Agosto de 1744 en la pequeña ciudad de Mohruna (Prusia oriental), cual hijo de un pobre tejedor, y después campanero y maestro de niñas. Lo mismo que el padre amaba la madre, una naturaleza tranquila y pensativa, la religión. El joven *Herder* era un niño sano y vigoroso, pero siempre austero y solitario cuando los otros muchachos se dedicaban á juegos ruidosos. El lago de Mohruna, situado en el Sur de la ciudad, y ésta con los restos de su castillo y de sus fortificaciones y con los recuerdos gloriosos de la orden teutónica, despertaron en el niño una dulce melancolía, mientras su primera lectura, la Biblia, abrió en él el ánimo poético y excitó su entusiasmo por el Oriente. Apasionado de los estudios, solía sentarse con un libro en la mano en el jardín de su padre, en la copa de un alto cerezo, á cuyas ramas se ataba con una correa, y cuando un día debió en la escuela hacer las veces de su padre ausente, el entendido joven lo verificó con sumo acierto.

En 1760 entró de fámulo en casa del diácono Trescho, que, no teniendo criada, encargó á *Herder* hacer trabajos de criado, como limpiar los zapatos y vestidos. Teniendo por cuarto de dormir el aposento en que se hallaba la biblioteca de su señor, aprovechó las noches para satisfacer su sed de saber, y empleó los maravedises ahorrados en comprar el aceite necesario para sus vigiliás. ¡Cosa extraña! Hasta en el pobre muchacho que en su yerma patria no vió sino la prosa más triste, vivió no sé qué ideal secreto de la belleza eterna, que no podía empañarse por más que su destino presente le hundiese en el polvo, sino que habia de abrirse como una flor cuando el rayo vivificante del sol de la libertad penetrase por las nubes oscuras. Pero no habia llegado aún aquel suspirado día: arrastrando la pesada cadena de su servitud, el jóven se hizo de día en día más tímido, como que su corazón lloraba entonces lágrimas de sangre, y es tanto más honroso para él no haber guardado en su pecho ningun encono contra el señor diácono que le maltrataba, siendo como el espinar que cria la rosa, como la cruz del martirio en que se levanta el ángel.

Por fortuna, la Providencia le envió un salvador en la persona del Sr. Schwarzerloh, cirujano de un regimiento sueco, que, pasando por Mohruna, se le llevó en 1762 á Koenigsberg, para que estudiase la cirugía. Pero al asistir á la primera disección de un cadáver experimentó tal horror, que no podia siquiera oír hablar de cirugía, y sin tener que pedir un solo maravedí á sus padres, empezó á dedicarse á la teología, con gran asombro del diácono Trescho, al saber que su fámulo se habia atrevido á querer hacerse lo mismo que él. Y más se asombró al ver en 1764 que la timidez de *Herder* habia desaparecido por completo. Sin embargo, los rastros de su melancolía, producida por la injusta servidumbre de su juventud, los llevó el gran hijo de Mohruna por su vida entera. *Kant*, el ilustre filósofo de Koenigsberg, cuya *Crítica de la razón pura* es uno de los más grandes monumentos levantados en la corriente de los siglos, le permitió oír gratis sus lecciones de lógica, metafísica, moral, matemáticas y geografía física. Más influencia todavía que *Kant* ejerció sobre el jóven estudiante el trato de Juan Jorge *Hamann*, aquel entusiasta y peregrino escritor que han llamado *El Mago del Norte*, aquel atrevido reformador para quien la poesía era la lengua madre del género humano, y que consideraba la naturaleza y la Sagrada Escritura como materiales del espíritu creador. *Hamann* se hizo para *Herder* lo que éste para *Goethe*, introduciéndole en el maravilloso mundo de *Shakspeare*, en

la poesía de *Ossian*, en la sencilla y profunda *poesía popular* y en todas las profundidades de una contemplación original de Dios, del mundo y de los pueblos. *Hamann* y su discípulo favorito *Herder*, que después debía sobrepujarle tanto, convirtiendo sus gérmenes en lozanas flores, eran naturalezas parecidas: en ámbos encontramos de igual modo, aunque no en el mismo grado, aquella sensibilidad, aquella exaltación junto con una erudición universal, aquel anhelo de reunir el cielo al entusiasmo, aquella adivinación singular, aquel gusto exquisito, aquella imaginación ardiente, aquel estilo original, aquella audacia reformadora. Es imposible expresar con palabras qué fermentación habían de producir las ideas de *Hamann* en el espíritu del joven *Herder*, que hasta entonces se había visto limitado á los círculos más estrechos de la vida y del saber. El mismo imaginó en aquel tiempo ser como un fruto precoz, como un árbol cuyas ramas brotan y germinan todas á la vez á impulso de un temporal. Ya empezó el que entre tanto se había dedicado también á la literatura española é italiana á experimentar el anhelo de dar á luz sus pensamientos y escribir poesías líricas, cuando fué maestro del colegio Federiciano de Koenigsberg, y después, merced á su amigo *Hamann*, en 1764, colaborador de la «Escuela de la Catedral» de Riga, aquella población en que encontraba todavía algo del espíritu de las antiguas ciudades anseáticas, pero en que echaba de menos una biblioteca y el trato de hombres de letras. Allí publicó en 1766 sus primeros escritos titulados *Fragmentos relativos á la literatura alemana*, en que hay algo genial, algo original, algo creador, un retroceso á la naturaleza genuina no empañada todavía por lo convencional, un volver á lo característico y nacional en la vida de los pueblos y en la literatura. Lo que no eran sino oráculos oscuros en boca de *Hamann*, brotó con mayor claridad de los labios de *Herder*. Este nos enseñó que la flor más brillante de la juventud de una lengua fué el tiempo en que esta no era sino una lengua de la poesía, una lengua rica de atrevidas metáforas, una lengua sensual, una expresión de las pasiones, y que solo envejeciéndose los pueblos convirtieron la poesía en prosa, la lengua inmediata y sensual en una lengua de la abstracción y de la reflexión, en la lengua de la ciencia, y que todo lo poético que hay todavía en nuestra lengua moderna estriba en sus elementos *sensuales*, en sus *idiotismos*, que son para el objeto lo que el alma para el cuerpo, y en que el sentimiento se expresa como en un símbolo. Aquellos idiotismos son, según dicción de *Herder*, «bellezas que ningun vecino podrá robarnos traduciéndolos; son belle-

zas entretajadas en el genio de la lengua, las cuales destruye quien las separa; son atractivos que vislumbran por el idioma como el seno de Fryné por una niebla de seda.»

En otro fragmento lamentase *Herder* de que Alemania no haya continuado el hilo de su cultura propia, pues «no hay mayor detrimento para una nacion que ser privada de su carácter nacional, de la singularidad de su espíritu y de su idioma... Nuestra literatura no es sino un coloso, cuya cabeza brilla de oro oriental, luciendo su pecho plata griega, y siendo su vientre y sus piernas de sólido bronce romano, mientras sus pies son de hierro del Norte mezclado de arcilla gálica.» ¿De qué modo, pues, tendremos poetas á la par verdaderamente nacionales y originales? No por la imitacion de extranjeras literaturas, sino que el bardo ha de estudiar la creencia y las tradiciones de sus antepasados, y para satisfacer tambien el espíritu de su tiempo ha de ajustar aquellas opiniones á la altura reinante de la mente sensual. «Quien se empeñase, dice *Herder*, en buscar cantos nacionales, no solo penetraria en el génio poético de nuestros antepasados, sino que encontraria piezas que igualen á las baladas á veces tan excelentes de los britos, á los cantos de los trovadores, á los romances de los españoles ó hasta á las solemnes sagas (1) de los viejos escaldas.

El escrito segundo de *Herder*, *Selvas críticas*, salió en 1768 refiriéndose al *Laóconte* de *Lessing*, y significando un nuevo paso hácia la esencia de la poesía. Mientras, segun *Lessing*, las artes plásticas representan lo coexistente y la poesía representa lo sucesivo, y por lo tanto acciones y exclusivamente acciones, decia *Herder*, á la sazón un jóven de veinticuatro años, con razon que la diferencia está en que las artes plásticas producen obras que no son nada durante el trabajo y todo cuando se presenten en el espacio cual conjunto cumplido, pero que la poesía produce ya efectos para la energía de cada verso suelto y solo por eso tambien cual conjunto. «La poesía, dice el entendido estético, obra por la energía, por la energía que reside en las palabras, por la energía que entra por el oído y hace efecto sobre el alma. La virtud mágica que hace efecto sobre mi alma por la fantasía y el recuerdo,

(1) *Sagas* significa en la literatura islándica relaciones orales fijadas en prosa, narraciones llevadas por la simpatía del pueblo y tan desarrolladas en la boca de un buen narrador, que ya alcanzaron una forma determinada y fija en que después se ponian por escrito. Eso sucedió en Islandia desde los principios del siglo XII. Las *Sagas* son, ora históricas, ora míticas y heróicas, ora románticas.

hé aquí la esencia de la poesía, pero ésta no estriba en la *sucesion* de sonidos y palabras.» También negó *Herder* con razon que la poesía tuviese por objeto sólo acciones, pues Homero que nos pinta acciones, no es el único poeta, porque despues de él nacieron Tirteo, Anacreonte, Píndaro, etc. Cada género de poesía tiene su ideal propio, y no se deben trasladar las leyes de un género á otro, ó á la poesía entera.

Pero el autor de los *Fragmentos* y de las *Selvas críticas*, que en Riga no habia influido en la corriente de su tiempo sino desde léjos, ansió entrar en medio de ella y rompió de repente con todas sus relaciones en aquella ciudad, donde fué apreciado y adorado lo mismo cual maestro que cual predicador. Despues de haber depuesto su empleo emprendió en Junio de 1769 un viaje por mar para conocer el mundo de Dios. Su diario de viaje nos da testimonio de sus vuelos, parecidos á los de Icaro, de su naturaleza prometea, de sus proyectos titánicos, de su espíritu semejante al revuelto mar. Ya durante su navegacion recibió en la observacion inmediata de las apariciones de la naturaleza variados impulsos para su *Filosofía de la historia de la humanidad*, y echado de repente desde el sillón del sábio, desde el sofá de las tertulias, sobre una tabla en el abierto mar, encontrándose en un pequeño Estado de hombres, en medio de una naturaleza del todo diferente, suspendido ante el abismo y el cielo, no tenia mayor placer que leer los cantos de los viejos *escaldas* y de *Ossian*, que en vista de los lugares donde nacieron, en vista de los sitios donde ocurrieron los hechos cantados por ellos, habia de comprender mejor y sentir de un modo más vivo que en la cátedra.

Nuestro viajero pisó á Francia, conoció en París á Diderot y aceptó la oferta de acompañar al jóven príncipe de Holstein cual predicador de viaje. De paso para la verde Holstein, permaneció algunas semanas en Hamburgo, donde fué cariñosamente recibido por *Lessing*, cuya mente perspicaz pronunció lo que se hallaba aún oscuro en el alma de *Herder*. Es sabido que este tenia siempre en el mayor aprecio al génio de *Lessing* y que escribia despues: «La muerte de *Lessing* me ha hecho el mismo efecto que al caminante el ponerse todas las estrellas quedando solo el cielo oscuro y cubierto de nubes.» Contrajo una amistad entrañable con *Claudius* y acompañó al príncipe de Holstein á Darmstadt, donde conoció á *Carolina Flachsland*, que creia ver en él «una criatura celestial en figura humana.» «Le oí predicar, dice *Carolina* en sus recuerdos, escritos despues de la muerte de *Herder*, y oí la voz de un ángel y palabras del alma como jamás las habia oido.

La misma tarde tuve la fortuna de verle y le balbuceé mi agradecimiento, y desde aquel tiempo nuestras almas no forman sino una. Nuestra entrevista es la obra de Dios.» Los amores de las almas sensibles de aquel tiempo empezaron con las odas de Klopstock, así también los de *Herder* y de Carolina, recitando nuestro poeta las poesías del autor del Mesías en presencia de aquella á quien en la aurora de su cumpleaños, el 25 de Agosto de 1770, declaró su amor. Despidióse de su novia, que despues fué su fiel esposa, partió de Darmstadt para Strasburgo, y allí infundió al jóven *Goethe* sus fecundas ideas acerca de la *poesía popular* y de *Shakspeare*, aquellas ideas que publicó en 1773 en sus *Hojas sobre la índole y arte germánicos* y en 1777 en su opúsculo *Semejanza entre la poesía inglesa y alemana*. El mismo *Goethe* nos pinta en su *Ficción y verdad* la profunda impresion que habia hecho sobre él el elocuente *Herder* al hablarle de la poesía popular, que es el archivo del pueblo, el tesoro de su ciencia y de su religion, de su teogonía y de su cosmogonía, de las hazañas de sus padres, de los sucesos de su historia, la imágen de su corazon, el retrato de su vida doméstica en la alegría y en el dolor, en el lecho nupcial y en la tumba. Podria decirse que el génio de *Goethe* era como el arroyo espumoso y cristalino que brotaba de la peña herida por el baston crítico de *Herder*. Es cierto que este contrajo un mérito inmortal recordándonos nuestra poesía popular que callaba en el polvo, y cuyos tesoros abrieron más tarde los poetas llamados *románticos*. ¿Quién que se precie de ser aleman no agradecerá al gran *Herder* habernos amonestado á dar oido á la voz de nuestros padres y á recoger aquellos cantos que son la imágen del alma teutónica? ¿Y quién no sentirá la verdad de lo que decia en 1777 en su folleto patriótico *Semejanza entre la poesía inglesa y la alemana*: «Otras naciones han progresado con los siglos y se han formado con producciones nacionales, en la creencia y en el gusto del pueblo, con los restos de los tiempos antiguos. Así su poesía y su idioma se han hecho nacionales. Solo los alemanes hemos sido condenados á no ser jamás alemanes, siendo siempre los legisladores y siervos de naciones extranjeras, los que decidian el destino de ellas y sus esclavos vencidos, y por eso, como todo, debia también el canto aleman ser un grito de Pan, un eco de las cañas del Jordan y del Tíber, del Támesis y del Sena... Nuestra literatura clásica es una ave del paraíso, tan pintada, tan gentil, todo vuelo, todo altura y *sin pie en el suelo germano?*»

Herder era el primero que despues de habernos explicado el valor de aquella poesía recogió cantos populares, y que en

sus *Voces del pueblo* nos condujo aquí en la atmósfera de la libertad de la antigua Grecia, allí bajo la sombra amena de las palmas de España, que sueltas y graciosas ondean en el ambiente y en que circula altiva sávia real; despues á las barchas de Sicilia, á la córte canora de Francia, á las reliquias de la vieja Inglaterra, en el mundo nebuloso de Escocia, y hasta á Groenlandia y Laplandia y á los peruanos. Pero lo mismo que *Herder* opuso á Lessing: «Si el objeto de la poesía de Homero son acciones, ¿son estas por consecuencia tambien el objeto de toda poesía?» Podria oponerse á *Herder*: «Si la poesía popular es el modelo para el sentimiento lírico, para la sencilla reproduccion de sencillas situaciones, ¿es por eso el único modelo para toda poesía?»

Herder mismo pone al lado de la admiracion de la poesía popular la admiración de *Shakspeare*. Y dijo: «El drama en el Norte ha de ser otro que en Grecia. El drama de Sófocles y el de Shakspeare son dos cosas que en cierto sentido tienen comun apenas el nombre.» Pues, segun él, el drama griego no es más que una pintura medio épica, una pintura alegórica y mitológica, un cuadro dramático en medio del coro, cuya accion solemne y en extremo sencilla tuvo lugar, así en el templo y en el palacio, como en un mercado de la patria, mientras para el espíritu gigante de Shakspeare el mundo entero es cuerpo, formando los miembros de este cuerpo todas las escenas de la naturaleza, así como todos los caractéres é índoles son rasgos del espíritu sublime del poeta inglés. Pero al mostrarnos el espíritu individual, lo subjetivo como principio del arte nuevo, contrastando con el arte plástico de los helenos, no penetró *Herder*, ni tampoco Lessing, en el conocimiento de la gran diferencia entre el drama antiguo y el moderno, que está, segun dice con acierto el Dr. Biedermann en su notable obra *Alemania en el siglo XVIII*, en lo que en el primero sucumbe el héroe á un destino irresistible, sin tener albedrío alguno, mientras en el segundo crea él mismo su destino.

Durante su estancia en Strasburgo escribió *Herder* tambien su disertacion acerca del *Orígen de la lengua*, preparando lo que constituye una de las mayores glorias de nuestro siglo y de nuestro pueblo: el estudio comparativo de las lenguas.

En Strasburgo aceptó la vocacion del conde Guillermo de Bückebugo de fijarse cual Consejero de Consistorio en la idílica ciudad de Bückebugo, que se halla rodeada de bosques de hayas y de pintorescos montes.

Este conde Guillermo es aquel gran guerrero, aquel caudi-

llo valiente, aquel hombre no ménos ilustrado y noble que austero y taciturno de quien he hablado en la biografía de Scharnhorst (véase *La Walhalla*, t. II, pág. 131). Si *Herder*, que en 1771 entró en Bückeburgo, no simpatizó á principios con el conde Guillermo, encontró en compensacion una verdadera amiga en la esposa de este, la condesa María de Schaumburg-Lippe, que era la personificacion de la caridad y que en la palidez de sus mejillas llevaba ya como un blanco velo celestial anunciando que la habia llamado á su feliz y santa morada el que de luz inunda el firmamento y á quien humilde el universo adora. Aquella alma tan pura y bella, á quien la tumba y la muerte se hacian cada dia más claras por el anhelo con que ansiaba el esplendor de la aurora celestial, el sol eterno de la inmensa esfera, el huerto escogido de inmortal verdura, sostenia una correspondencia regular con *Herder*, que era el baston en que se levantaba el guia de sus pasos, y de seguro no hay cartas más inspiradas por la fé cristiana que las ciento cinco dirigidas por la condesa María á su venerable maestro y amigo. Ellas respiran la creencia firme de que los caminos del Eterno han de conducir todos desde los laberintos de todos los mundos á un término grande, la bienaventuranza de *todos*. María se hizo tambien la cariñosa amiga de *Carolina Flachsland* con quien *Herder* se casó en Mayo de 1773. «Habia un tiempo, decia éste, en que la angelical María era en Bückeburgo mi comunidad entera.» Y aquella mujer, tan paciente y dulce, ejerció sobre él la influencia más benéfica por su grande y noble ejemplo, por su virtud cristiana, por su vida sencilla, tranquila y santa, por su religion del corazon y del hecho, así como él la dió dulce aliento, la iluminó y la enseñó á buscar en la excelsa altura la fuente perenal de su consuelo y á mirar siempre más allá hácia el Dios del amor eterno.

Tres dias antes de que María, que ya hacia años tenia su pensamiento desprendido del mezquino suelo, volase á las comarcas de eterna luz, recibió *Herder* un aviso para ir á Weimar de superintendente general, pero antes de acompañar á nuestro vate á la córte de Sajonia-Weimar, réstanos decir una palabra acerca de lo que escribió en Bückeburgo. En 1774 salió á luz la primera parte de su obra *El documento más antiguo del género humano*, en que el autor se muestra á la par filósofo y poeta; pues, para explicarnos la historia bíblica de la creacion, nos convida á ir al campo libre, donde veremos la más antigua y más hermosa revelacion del Creador cada mañana cual hecho, cual gran obra de Dios en la naturaleza, al hacerse la luz, al brillar la blanda aurora, al

penetrar el rayo divino en la naturaleza que durante la noche no era sino un templo oscuro, al llegar el espíritu del Omnipotente que derrama sus bendiciones sobre las plantas, las hierbas y los árboles, y fija su mirada en el hombre, señor de la tierra, rey de la creación. Gozándose en Bückeburgo de la dulce felicidad del matrimonio, empezó *Herder* á escribir también los *Cantos del amor*, que publicó en 1778, y además las *Voces de los pueblos en sus cantos*, que terminó después en Weimar, saliendo la primera parte en 1778 y la segunda en 1779.

Después de haber visitado en el hospitalario Halberstadt al poeta Gleim, llegó con su mujer y sus dos hijuelos, en 2 de Octubre de 1776, á Weimar, siendo saludado por el sereno que por la noche va diciendo la hora con el bello canto religioso que empieza: «Una cosa es menester. ¡Oh, señor! enséñame á conocerla.» Pero es preciso decirlo: el irritable poeta, el teólogo eminente, el amigo más entusiasta de la verdad, á quien faltaba solo la prudencia de la serpiente, que nos recomienda la Sagrada Escritura, al lado de la piedad de la paloma, no se sentía feliz en Weimar, y quizás no había ninguna ciudad ménos propicia para él que aquella córte de los poetas, aquel nido de las grandes aves de la inspiración. Dice bien Lessing, que «los grandes hombres plantados demasiado cerca los unos de los otros se dañan recíprocamente con sus ramas.» *Herder* no tenía en Weimar sino pocos amigos, entre los cuales llamaremos á *Knebel*, que dedicó á su memoria una tierna elegía, y á *Wieland*, que dijo después de haberlo conocido: «Mi alma está llena de este hombre tan egregio, pero para mí es demasiado elevado, demasiado egregio: no puedo hablar de él. Tener un espíritu demasiado elevado es para él una suerte de fatalidad en Weimar. A excepcion de *Goethe*, que puede dedicarse á él, aunque poco, porque ha de dedicarse al duque y á su maldito empleo de ministro, ¿quién es aquí hombre para *Herder*? ¿Quién puede solo andar con él, no que luchar con él, en la esfera del espíritu? Yo sé cuán poco podría serle yo. Sentir, comprender, conocer lo que valga y amarle más de lo que le haya amado mortal alguno, eso lo puedo hacer yo, pero, ¿cuán insuficiente es eso para un espíritu tan profundo, tan poderoso, que lo abraza todo? No obstante, mi casa es ahora para él y para el ángel de su mujer una suerte de recreo.» En la primavera de 1783 emprendió *Herder* un viaje á Hamburgo y Wandsbeck, pasando un buen rato con *Claudius* y conociendo á *Klopstock*. Pero *Schiller*, cuya poesía le parecia á *Herder* llena de gongorismos, no simpatizó jamás con el gran crítico, y *Goethe*

concluyó olvidándose del que habia sido su maestro en Strasburgo, y hasta los fines del siglo su amigo en Weimar, se volvió hácia Schiller, de modo que *Herder* debia sentirse solitario y trataba más á *Juan Pablo Richter*, que le nombraba el primero de todos los hombres.

Que amor tan profundo haya llenado el alma de *Herder*, lo prueban sus cartas dirigidas á su adorada mujer durante el viaje á Italia emprendido en 1788. Pero sus epístolas, relativas á aquella tierra, que inspiró á un *Castelar* los trinos más entusiastas haciéndole exclamar: «Si nuestro siglo no estuviera reñido con la manifestacion aparatosa de los grandes sentimientos, postraríame de hinojos sobre el suelo para besarlo. *Italiam, Italiam; primus conclamat Achates,*» demuestran tambien que jamás haya salido de la atmósfera de la infelicidad, y que el prisma por el cual contemplaba las cosas fuese oscuro, no alcanzando hacer de Italia su pátria como Goethe y Winkelmann. Así acerca de Roma, donde fué obsequiado por el embajador español, dice: «Esta ciudad relaja los espíritus. Es una tumba de la antigüedad, en que uno se hace demasiado pronto á sueños tranquilos y á la grata ociosidad. Aunque no produzca efecto semejante en mí, puesto que no dejo pasar ningun dia en que no me haya empeñado en hacer algo, queda, no obstante, tambien para mí una tumba que empiezo á querer dejar. Siéntese uno en ella como en una hondura en que no se alcanza más por más que se trabaje con manos y piés. La antigüedad, considerada como estudio, es infinita en su profundidad y anchura; los hilos que desde Roma se enlazan con toda historia son tan múltiples, y los medios de perseguirlos se hacen aquí tan difíciles, que vale más dejarlos á tiempo de las manos y no guardar en el ánimo sino el ovillo... Roma no es un lugar para mí, cuantos tesoros del arte se encuentren en ella. ¿*Qué es para él Hécula ó él para Hécula?* exclamo con el buen Hamlet, y quiero de buen grado encerrarme en mi pequeña cáscara de nuez. Ansío abandonar á Italia y quisiera que hubiera llegado ya á la frontera alemana, aunque no pienso con placer en mi situacion eclesiástica y política en Weimar.» Solo en Nápoles, donde le llamaban *el arzobispo de Turingia*, se dilataba su corazon; allí creia pasear hasta en el invierno por los jardines de Adónis; allí le gustaba el trato humano; allí, donde fueron inventados los Campos Elíseos y el Tártaro, le encantaba la idea de que Homero y Virgilio hayan tomado lo único, lo eterno de sus poesías del propio sitio que se encontraba ante sus ojos á la derecha de sus ventanas, y allí imaginaba poder renacer, pues si allí tuviese su pátria, se meceria su alma cual

pájaro sobre las ramas. Solo en sus recuerdos de Parthenope encuéntrase algo que me trae á la mente el entusiasmo de Castelar, que dice: «Parthenope es griega, completa, absolutamente griega. Allí jamás se romperá, jamás, la eterna armonía entre el alma del hombre y el Universo que le rodea, verdadero secreto de la excelencia de la vida helénica no repetida en la historia. Parece que nadais en el éter cantado por Eurípides y henchido con los coros de las musas y las melodías de Apolo; que las aguas han llevado sobre su brillante superficie las áureas naves, donde iban las procesiones ó teorías griegas celebradas en el Banquete de Platon; que las islas guardan en sus frentes de mármol, como la antigua Cytheres, el beso de la diosa recién nacida en las blandas espumas de las ondas; que aquellas costas dibujadas como á compás y aquellas montañas en proporciones armónicas con todo cuanto las rodea, tienen el ritmo y la geometría de Euclídes y de Pitágoras; que el Mediterráneo se tranquiliza, se adormece allí, no solo para repetir los matices todos del luminoso cielo, sino para jugar con las ninfas, con las sirenas, con las divinidades, cuyas sienes coronadas de algas, de perlas, de corales, se ven á cada instante en el culebreo de los rayos del sol por las jaspeadas arenas, dentro de las transparentes orillas marinas; que el hombre se encuentra sobre aquella tierra, bajo aquel cielo, como el Dios antiguo sobre el ara de su altar y bajo la techumbre de su templo; que la naturaleza es clara, transparente, de relieve, como aquella antigua conciencia clásica, como aquella lengua helénica, la más distinta, la más precisa, la más armoniosa y rica de las lenguas humanas; que todo convida allí á entregarse á la vida universal, todo á los cantares en coros, á las danzas por muchedumbres, á las carreras délficas, á los juegos píthicos, á los ejercicios atléticos y gimnásticos, á la vida griega, serena como su arte, regida por la geometría y por la música, consagrada á hacer de cada cuerpo una perfecta escultura, de cada alma un cielo transparente; vida en paz completa y eterna con la naturaleza, que se cincela, se pule, se esculpe, se pinta á sí misma, para someterse al espíritu y á la idea y á las fuerzas del hombre.»

Después de su vuelta de Italia fué *Herder* vicepresidente del Consistorio, y en 1801 presidente. ¡Ay! mientras Schiller y Goethe arrebataron las almas por la belleza de sus obras, no quedaba á *Herder* sino un pequeño público que, no ofuscado por la gloria de aquellos dos héroes, no contentándose con el goce más fácil y más seductor de sus creaciones poéticas, sentía aún reposo é inclinación suficientes para subir con

el espíritu de *Herder* en su peregrinacion austera á aquellas alturas de donde se abre la vasta perspectiva sobre los términos á que conduce á la humanidad la voluntad del Eterno, que nos dijo: «todo lo noble y todo lo bueno que podais crear de vuestra naturaleza, producidlo; yo no os ayudaré con maravillas, puesto que puse vuestro destino humano en vuestras manos humanas, pero os secundaré con todas mis santas y eternas leyes de la naturaleza.» Desde 1784 á 1791 publicó su obra maestra, su obra principal, *Ideas para la filosofía de la historia de la humanidad*. ¡Qué obra tan gigante es esta que abraza la tierra y el cielo, que investigó la conexión que existe entre la historia de los pueblos y la naturaleza de su suelo, que dió impulso á la grandiosa contemplacion de la naturaleza que debemos á Cárlos Ritter, y que penetró hasta las puertas de lo infinito escudriñando qué fines nos haya trazado la mano del Creador! Hé aquí algunos párrafos de aquel libro inmortal que el modesto *Herder* no consideraba sino como un paso que hubiese cumplido su fin si el género humano se hubiese levantado por él á un punto más alto: «Es fácil adivinar lo que de nosotros pueda pasar al otro mundo: solo aquella *humanidad semejante á Dios*, aquel capullo cerrado de la verdadera figura humana. Todo lo necesario de esta tierra es solo para ella; dejamos la cal de nuestros huesos á las piedras y devolvemos á los elementos lo suyo. Todos los instintos sensuales en que servimos á la economía terrenal como los animales, han cumplido su fin; debian hacerse para el hombre motivos para aspiraciones más nobles, y con eso han cumplido su fin. La necesidad del alimento debia excitarle al trabajo, á la sociedad, á la obediencia respecto á las leyes é instituciones y sujetarle en un yugo saludable é indispensable para la tierra. El instinto de las estirpes debia plantar el sentimiento de la sociabilidad, el amor paterno, conyugal y filial hasta en el duro pecho del mónstruo y hacerle agradables hasta grandes esfuerzos en pro de su estirpe, porque los toma sobre sí para los suyos, para su propia sangre. Tales intenciones las habia la naturaleza en todas las necesidades de la tierra: cada una de ellas debia ser un cáliz en que brotase un gérmen de la humanidad. ¡Salve el gérmen que haya brotado! Se hará flor bajo los rayos de un sol más hermoso. Verdad, hermosura y amor, hé aquí el término á que el hombre aspira en cada uno de sus esfuerzos, aunque sin saberlo él mismo y á veces no acertando el camino. El laberinto se desenmarañará, y cada uno verá, no solo el centro á que conduce su camino, sino tú misma ¡Oh Providencia maternal! le guiarás hácia él con blanda mano tomando la

figura del genio y amigo de que él necesita. La figura del otro mundo nos la ha ocultado el buen creador para no aturdir nuestro flaco cerebro ni excitar una predilección falsa por aquel mundo. Pero si observamos cómo procede la naturaleza en los géneros que nos rodean, veremos que arroja lejos de sí lo más innoble y cultiva lo espiritual, ejecuta de una manera más delicada lo delicado, anima de un modo más hermoso lo hermoso, podemos de seguro confiar en su invisible mano de artista que también la flor abierta de nuestro capullo de la humanidad en aquella otra vida ha de aparecer en una forma que es la verdadera figura divina del hombre y que ningún ánimo terrestre podría figurarse en toda su esplendidez y hermosura. Es, pues, en balde que finjamos... Espera ¡oh hombre! no presagies... Arroja lo que es inhumano, aspira á la verdad, á la bondad, á la hermosura semejante á Dios, y no podrás errar tu blanco. No te empeñes, por lo tanto, en escudriñar el lugar y la hora de tu existencia futura. El sol que ilumina tu día se circunscribe á tu morada y á tu misión sobre la tierra, oscureciéndote entre tanto todas las estrellas divinas. Pero cuando se pone el sol, aparece el mundo en su figura más grande: la santa noche en que en otro tiempo estabas envuelto y en que volverás á serlo, cubre tu tierra de sombras y te abre, en cambio, en el cielo las páginas brillantes de la inmortalidad. Allí hay moradas, mundos, espacios esplendorosos en plena juventud... La tierra dejará de existir cuando tú aun existirás gozando de Dios y de su creación en otros sitios y organizaciones. Has gozado en ella de muchos bienes. En ella has alcanzado la organización en que, cual hijo del cielo, aprendías á mirar en torno de tí y sobre tí. Déjala, pues, con satisfacción y bendícela como á la pradera en que jugabas cual niño de la inmortalidad y como á la escuela en que fuiste educado á la edad adulta por la pena y la alegría. Tú no tienes nada más que hacer con ella ni ella tiene nada más que hacer contigo: coronado con el sombrero de la libertad y ceñido de la cintura del cielo continúa alegre tu camino. Así, pues, como la flor erguida cerraba el reino de la creación aún inanimado, para gozarse de la primera vida en la esfera del sol, está erguido el hombre sobre todas las criaturas inclinadas hácia la tierra. La mirada levantada y las manos alzadas, preséntase el hombre cual hijo de la casa, aguardando la llamada de su padre.»

Un espíritu lleno de ideas tan santas, un hombre que poseía tesoros tales, pudo tener momentos en que fuese abatido por las duras penas de su sagrada profesión, pero jamás pudo perder aquel vigor altivo que derramaba luz clara sobre cual-

quier objeto que tocaba. Y si el que dió el primer impulso á una digna representacion de la historia universal exhalaba tantos suspiros, sobre todo durante los ultimos años de su vida, no podemos explicarnos eso de otro modo sino que su oficio, cual jefe de un clero adicto á la letra que mata, le obligaria á veces á ocultar sus mejores ideas. Pues, segun él mismo dice en su *Tithony Aurora*, «los hombres de sentimiento extremadamente delicado tienen algo más alto á que aspiran, una idea que aman con anhelo inefable, un ideal en que obran con impulso irresistible. Si se les quita aquella idea, si aquella hermosa imágen se destruye ante sus ojos, rompe tambien el cogollo de su planta, y el resto no tiene sino hojas débiles y marchitas.» Desde 1793 á 1797 salieron á luz las *Cartas para fomentar la humanidad* (*Briefe zur Beforderung der Humanitat*), en que *Herder*, ora en prosa, ora en verso, ensalza al *génio de la humanidad* como alma de toda la vida, como impulso de todo sentir y obrar humano, como fundamento y término de toda historia. Hemos de mencionar tambien su opúsculo *El espíritu de la poesía hebrea*, que salió en 1782 y 83, poniendo una vez más de relieve el talento esclarecido de su autor. Con una sin par delicadeza sumergiósese en el espíritu de las poesías, no sólo de los hebreos, sino de los griegos, de los romanos, de los *españoles* y de los italianos, y en cuanto á sus poesías originales, merecén la palma sus *leyendas* libres de rima.

El lector de Baviera hizo noble á nuestro *Herder*, pero al hacerse nobles los que, como él, son soles esplendorosos del arte, repetiré lo que dice un contemporáneo poeta español, el autor de *El Cura de Fuenlabrada*:

„Nobles los hace un ministro,
Artistas los hace Dios.“

En el invierno de 1802 y en la primavera de 1803, brotó de la pluma de *Herder* *El Cid*, que—á excepcion de catorce romances traducidos del castellano, del *Romancero* de Sepúlveda, del *Cancionero de romances* y del *Romancero general*—no es más que una traduccion en verso de una imitacion francesa en prosa de los romances españoles del *Cid*, publicada en 1783 en la *Biblioteque Universelle des Romans*, por un colaborador anónimo de aquella *Revista*. Encuéntranse en la imitacion francesa, arreglada por *Herder*, tambien algunos romances inventados por el escritor francés, cuyo trabajo conoció el poeta aleman por un artículo relativo al *Cid*, publicado en 1792 en la revista *El Nuevo Mercurio aleman*. La version de *Herder* es una verdadera joya y enlaza por

siempre su nombre al esclarecido del Cid, el héroe castellano por excelencia, el que es á la par devoto, fiel y santificado, sencillo y rudo, severo, justo y sumiso, brioso y agradecido, sesudo y leal. Celebro que una obra española que brotó de la fé cristiana, una obra popular que se distingue por una sencillez sublime, por una energía ingeniosa, por un candor mágico, por una ternura y sentimiento admirables, haya sido la última delicia, la postrera satisfaccion del poeta alemán.

En vano vendió la bondadosa duquesa *Ana Amelia* un collar de perlas para que el querido vate, que habia asistido tantas veces á aquellas reuniones, á aquellas fiestas donde el ingenio recibia sus coronas de manos de la nobleza, pudiese emprender en 1803 un viaje á las montañas llamadas *Erzgebirge*, á Eger y Dresde, para curar sus dolencias: ya antes de haberse terminado el año de 1803 acabóse la vida del gran sábio de Weimar. Las últimas líneas que trazaba su mano fueron trozos de *La Poesía de un escalda* por Gerstenberg: «Trasportados á regiones etéreas, miran mis ojos absortos en su rededor: ven la vislumbre de la divinidad, esos mundos, esos cielos, que son su pabellon. Mi débil espíritu, hundido en el polvo, no comprende sus maravillas y calla.» Falleció el 18 de Diciembre de 1803, y el 21 del mismo mes le llevaron más de cinco mil personas á la iglesia parroquial de Weimar, donde cubre su tumba una sencilla plancha en que campea la inscripcion *Luz, amor, vida*. ¡Ay! el que en sus escritos encendia aquella *luz* que ilumina el espíritu del hombre y calienta su corazon; el que era todo *amor* en su vida, amando á la humanidad entera, y que aún desde la tumba anhela *luz, amor, vida*, debia gozar de tan poca *luz* en su carrera terrestre, en su casa sombría detrás de la vieja iglesia de San Pedro y San Pablo, y quizás ninguno de los grandes ingenios de Weimar ha disfrutado de la *vida* ménos que el pobre *Herder*.

Desde el año de 1850 levántase su monumento (1) de bron-

(1) La manera como Weimar honró la memoria de *Herder*, el traductor de los romances del Cid, habrá sido un estímulo para que España tribute un homenaje de admiracion á D. Guillen de Castro, autor de las *Mocedades y hazañas del Cid*. Celebro, pues, que D. José María Moles haya mandado labrar una lápida en obsequio del insigne dramático valenciano, que á España le recuerda su antigua deuda de honor, y que se ha de colocar en Madrid en la iglesia de Monserrat, tan pronto como el Excmo. Sr. Patriarca de las Indias determine el sitio. Esta lápida se halla orlada de una corona de flores naturales, y contiene la inscripcion siguiente: "En este santo hospital vivió y murió y fué enterrado de caridad en 1631 D. Guillen de Castro, autor de las *Mocedades y hazañas del Cid*, á cuya memoria no se ha erigido monumento

ce en la plaza delante de la iglesia de San Pedro y San Pablo. Lo erigieron, segun dice la inscripcion en el mármol verde del pedestal, «los alemanes de todos los países.» En aquella estatua, que brilla en los rayos del sol, ha encontrado por fin el cisne de *Weimar* lo que tanto suspiraba: *luz, amor, vida*.

La *Walhalla* le cuenta entre sus héroes predilectos, y su mujer amantísima que tan solícita fué de su bienestar y que le sobrevivió solo seis años, *Carolina Flachsland*, le puso un monumento bello con sus *Recuerdos de la vida de Herder*.

¡Duerme en paz despues de haber cruzado por la escabrosa senda de la vida, ¡oh gran *Herder*! El génio que brilla en tu frente es inmortal, inmortal como el sol que eternamente

Ha de seguir su curso peregrino,
Sin que cambie jamás de su destino
En ámbos polos su belleza ardiente.„ (1)

A tí te abrió la historia la enramada, la glorieta encantadora en que entablaste la conversacion con los hombres honrados de todos los tiempos; en que discurrias con Platon, en que escuchabas á Sócrates, en que Marco Antonino (2) hablaba á tu corazon, en que Ciceron te confiaba las circunstancias de su vida, las penas y el consuelo de su alma. Y nosotros no podríamos desearnos guia mejor en estas comarcas llenas de sombras que tú, gloria de Alemania, lumbrera de la humanidad, predicador lleno de *luz, de amor y de vida*.

JUAN FASTENRATH.

alguno en España, mientras el territorio francés está lleno de los levantados en honra de su traductor Pedro Corneille.

Dedica esta lápida un valenciano amante de las glorias de su país. Año de 1875."

(1) D. Emilio Lopez Dominguez.

(2) Marco Aurelio Antonino, el Emperador filósofo que escribió en griego *Contemplaciones sobre sí mismo*.

CORRESPONDENCIA LITERARIA DE PARÍS.

París 4 de Marzo de 1876.

SEÑOR DIRECTOR:

No es comun que se produzcan al mismo tiempo obras notables en todos los géneros; el teatro, sobre todo, ha visto aparecer este invierno en París interesantes producciones literarias. En pocas semanas hemos tenido dos obras de cada uno de los dos autores dramáticos que más se han enseñoreado en estos tiempos de la fama; Mr. Alexandre Dumas, hijo, y Mr. Emile Augier. El invierno que trascurre tendrá ciertamente un honroso puesto en la historia literaria de esta época.

Empezó Mr. Alexandre Dumas por una obra representada dos meses há ó poco ménos en el teatro del Odeon y titulada *Les Danicheff*. El éxito ha sido brillantísimo desde los primeros dias, y no ha desmayado despues de 50 representaciones. La noticia debe de haber llegado hace tiempo á Madrid, y solo hablaré del asunto para refrescar la memoria. En esta obra, cuya accion pasa en Rusia y cuyo objeto es poner de relieve la fuerza de las preocupaciones nobiliarias en ese país, ha tenido Mr. Alexandre Dumas un colaborador ruso, á quien sin duda pertenece la parte principal del enredo; pero es indisputable que el éxito se debe sobre todo al arte del dramaturgo francés, que ha sabido maravillosamente hacer compartir y comprender al público sentimientos y costumbres muy distintos de lo que siente y vé él mismo. A cada instante se reconoce en el estilo su *manera* y su ingenio y hasta sus paradojas: á despecho de la colaboracion y aunque el ps eudónimo Newski figura solo en el cartel, la obra es de Dumas, hijo, y añadiré que de lo mejor de Dumas, hijo. Está muy bien representada por la compañía de nuestro segundo teatro francés, circunstancia que nada echa á perder, aun en los casos en que una obra puede sostenerse por sí misma.

El éxito de la comedia de Mr. Emile Augier, *Madame Caverlet*, en el teatro del *Vaudeville*, no ha sido menor que el de *Les Danicheff* en el Odeon. Hacia algunos años que Mr. Augier, el autor de *Le gendre de Mr. Poirier*, *Les Effrontés*, *Le fils de Giboyer*, *Maitre Guerin*, no daba señales de vida. Su obra *Madame Caverlet* es igual de las más notables que ha producido. El título que primero le dió era *El divorcio*, é indicaba mucho mejor que el segundo el asunto y el fin de la obra. Una mujer de 40 años próximamente vive con un suizo en las orillas del lago de Ginebra. Hace tiempo que se les conoce con los

nombres de Mr. y Madame Caverlet. Todo el mundo ha oído decir que ántes de ser Madame Caverlet esa mujer estuvo casada con un inglés, *Sir Merson*, de quien tiene dos hijos, un hijo y una hija. Sir Merson era un hombre escéntrico y su mujer acudió al divorcio, casando luego con Mr. Caverlet, y este segundo marido ha velado con no ménos abnegacion que la madre por la educacion de los hijos del primero. Madame Caverlet es feliz; amada, estimada, respetada por todos. Sin duda adivináis la verdad del caso. Sir Merson no era inglés, era un francés, Mr. Merson. La ley francesa no admite el divorcio, sino la separacion solamente. Aunque todos los yerros estaban de parte de Mr. Merson, aunque el fallo del tribunal habia puesto los hijos al cuidado de la madre, su mujer no ha podido dejar de serlo ante la ley; Madame Caverlet no es Madame Caverlet, legalmente no es más que la concubina adúltera de Mr. Caverlet. Tal es la situacion. No os contaré como al saber Mr. Merson que su mujer acaba de heredar una gran fortuna, recuerda de repente que ella y sus hijos viven; como la hija de Madame Caverlet es amada por un jóven cuyo padre rehusa darle su consentimiento para casarse al saber la posicion de la madre de la novia; como al cabo se arregla todo felizmente en el desenlace. Con quinientos mil francos se logra decidir á Mr. Merson á que se naturalice en Suiza, y como las leyes de este país admiten el divorcio, su mujer puede divorciarse y Madame Caverlet llegará á ser legítimamente Madame Caverlet. Lo que tiene verdadera importancia es que la accion está llena de vida, de precision, de vigor. Mr. Augier es ciertamente uno de nuestros escritores más sóbrios, al mismo tiempo que uno de los más notables. Dos escenas sobre todo brillan incomparablemente en esta obra; una en que el hijo de Madame Caverlet acaba de volver á ver á su padre, que no le dice, naturalmente, toda la verdad, y pide cuentas á Mr. Caverlet de la falsa posicion en que ha puesto á su madre, y en que este le contesta diciéndole la verdad toda y preguntando al jóven quién veló por él en su infancia y en su juventud, quién desarrolló en él los sentimientos honrados que en ese momento estallan. Todos los espectadores aplaudieron esta escena. La otra que deseo citar figura al principio del último acto y pasa entre Mr. y Madame Caverlet. Despues de los años dichosos, la prueba esperada, aceptada por ámbos, ha llegado, y para salvar la felicidad de la jóven es fuerza que se separen. Madame Caverlet volverá á vivir al lado del marido á quien desprecia y aborrece, pero que la amenaza con las terribles armas que la ley pone en sus manos. La idea de la muerte cruza un momento por el pensamiento de ámbos; es la emancipacion, y el lago está cerca, dispuesto á recibirlos, á tragarlos juntos. Esto no es más que un relámpago, pues el pensamiento de los deberes de la madre para con su hija se apodera muy luego de ellos; pero ese relámpago es magnífico. Hay allí una llama de pasion que conmueve á todo el público. Es para todos los espectadores un gran consuelo que por medio de una ficcion dramática con la cual no se debe contar en la vida real, se arregle todo á la postre con general satisfaccion.

El peligro de un asunto como el de *Madame Caverlet*, asunto en que se desarrolla una tésis social, consiste en que la tésis se sobreponga á la accion y el autor se ocupe en desenvolver ideas en vez de pintar personajes. En vano

trataria yo de decirlos cuánto aplaudo á Mr. Augier que no se haya convertido en predicador un solo instante. Los personajes son los que hablan y no él, los que se encargan de demostrar hasta la evidencia que la separacion corporal tiene todos los inconvenientes y ninguna de las ventajas del divorcio. La única frase que recuerda la tésis haciéndola penetrar en el espíritu del espectador es la siguiente, que se reproduce por cierto en todos los actos: "Ah! Si Mr. Merson fuera belga ú holandés, ó inglés, ó aleman, ó suizo, ó ruso, ó sueco, ó americano!.... ¿por qué ha de ser francés?" Y esto es todo. No carece, sin embargo, de elocuencia esta enumeracion.

Os he dicho que Mr. Augier y Mr. Dumas habian dado dos obras al teatro. La segunda de Mr. Augier, ha sido representada muy pocos dias despues de la primera, y es un *vaudeville* en tres actos, escrito en colaboracion con uno de los escritores que cultivan entre nosotros este género con más éxito y más ingenio: Mr. Labiche. La colaboracion no ha sido afortunada, y la obra ha desaparecido ya del cartel. Titulábase *Le prix Martin*. El asunto era una vez más esa desgracia conyugal tan predilecta de nuestros autores cómicos. Confieso que no he podido ménos de deplorar que no fuese más simpática la acogida que el público ha dispensado á esa obra. El argumento era original, y no carece de aticismo; el amante y el marido acaban por inspirarse una sincera amistad, al mismo tiempo que se desligan los dos de la dama y se consuelan mútuamente de haber sido engañados por un tercero con quien huye. La obra está llena de ingenio, de ocurrencias felices, de rasgos característicos, de observaciones exactas; pero la masa del público ha creído que no es interesante. No hay allí, en efecto, ni el Arturo acostumbrado ni la acostumbrada Enriqueta, que no faltan en las obras teatrales; no hay casamiento en el desenlace, y la idea es nueva. Tal vez obtendrá un éxito más lisonjero cuando reaparezca en las tablas. ¿Y ha observado Vd., señor director, que no gustan en el teatro los asuntos nuevos, y que á la mayoría del público solo le entretienen las situaciones con que ha llegado á familiarizarse? En presencia de un asunto demasiado nuevo vacila, se turba y no sabe qué hacer. Hay en el hombre un terrible fondo que recuerda los carneros de Panurge.

Por último, el teatro francés ha puesto en escena *L'Etrangère*. Es esta la segunda obra de Mr. Dumas, que se esperaba hace tres ó cuatro meses. Habia sido anunciada estrepitosamente, y Mr. Augier se vió obligado á llevar su *Madame Caverlet* al *Vaudeville* con motivo de *L'Etrangère*. Sabido es que Mr. Dumas ha logrado dominar el arte de *lancer une piece*, como decimos los franceses. Sabe hacerla anunciar en los periódicos, dirigir y refrenar las indicaciones de los noticieros, hacer ruido en derredor de un título. No tiene ménos habilidad en tan útil arte que en el de preparar una intriga ó un desenlace. Cientos de francos han costado las butacas para el estreno de *L'Etrangère*, y esto es decirlo todo.

Y sin embargo, cuando llega el momento de representar una obra, los más hábiles reclamos no bastan para darle vida. Solo obtiene un éxito favorable cuando es buena ó posee á lo menos lo necesario para interesar al público. No os diré que *L'Etrangère* ha fracasado, pues no hay obras que fracasen en el

teatro Francés. Las sostiene siempre el talento de los actores y las preserva la discrecion del público. *L'Et angére* está aún de pié y se ha representado ya diez noches. Es probable que llegue á cuarenta representaciones, pues este es el término medio que alcanzan las obras medianas en el teatro Francés. De todos modos no añadirá nada al renombre de Mr. Alexandre Dumas. Hay dos Alejandro Dumas en un solo hombre, y por desgracia del público tienden demasiado á confundirse hace algunos años. Es el uno un autor dramático, de maravillosas dotes, brutal, pero siempre poderoso, el que ha hecho *La dame aux camelias*, *Le demi monde*, *Le père prodigue*, *La princesse Georges*, *Monsieur Alphonse*; es el otro el que toma la escena por cátedra y se empeña en desarrollar toda clase de teorías extravagantes, aquel á quien debemos *L'ami des femmes*, *La femme de Claude* y otras elucubraciones. *Les Danicheff* son del primer Dumas, *L'Etrangère* del segundo. No es ciertamente mi ánimo decir que no se encuentren escenas bellas y conmovedoras hasta en *L'Etrangère*. Hay una en el cuarto acto que es verdaderamente admirable y está trazada de mano maestra; pero una obra en cinco actos no vive con solo una escena. La accion empieza despues de una exposicion que dura tres actos, y esta accion misma es inverosímil y mediana. Cierto duque de Septmonts, hombre infame y arruinado, casa con la hija de un comerciante que tiene muchos millones, y su primer cuidado despues que se verifica el matrimonio, es volar al lado de su antigua querida; nada hay en esto que no suceda muy á menudo. Su mujer le desprecia, con razon, y no tarda en decírselo. Esta es la bella escena de que os hablaba. Pero esta jóven, que es muy virtuosa, está al mismo tiempo muy enamorada de un jóven ingeniero, y este jóven ingeniero, que tambien está muy enamorado de ella y al cual se lanza la jóven tan pronto como le vé, no se ocupa en otra cosa que en recordarle sin cesar el camino de la virtud, y aquí empiezan las inverosimilitudes. Añádase que la criatura que ha sido causa de la ruina del marido, sin duda habreis adivinado que esta es *L'Etrangère*, no le ha concedido nunca los favores que deseaba: solo es en el nombre su querida; su virginidad va al par de su infamia, pues en calidad de hija de una negra esclava de América, está animada de un ódio feroz contra la humanidad masculina y dispone de un poder misterioso, por medio del cual logra que todos los hombres se arruinen por ella sin concederles el más insignificante favor. Añádase que precisamente en el instante en que va á matar el marido al virtuoso amante de su mujer, el esposo de la querida, pues esta vírgen es casada, llega á buen tiempo del otro mundo, que el marido le nombra su padrino, que el *yankze* á quien refiere el objeto de la cuestion se apercibe de que el marido es un tuno y se lo dice y le provoca, y le hace batirse con él en el acto, dejándole seco al punto, de modo que la jóven y el virtuoso ingeniero van á poder casarse tranquilamente. Hé aquí la accion en conjunto. ¿No os parece que son bastantes estas inverosimilitudes, aun dejando á una parte todas las teorías sobre el amor, el matrimonio, la Providencia y otras doctrinas más ó ménos científicas, en que no me ocuparé porque prescindo de molestaros con ellas? Y despues de conocerlas, ¿podrá sorprenderos, por ventura, que sea dudoso el éxito de *L'Etrangère*?

Y aún hay algo que más me asombra, hasta en el teatro Francés, y es que

una obra así haya podido ser escuchada hasta la conclusion, ya que no aplaudida. Fuerza es inclinarse, por tanto, ante el maravilloso talentó del autor despues de haber juzgado á la obra con la severidad que merece. Habia hecho una apuesta insensata y ha encontrado el modo de no perderla más que á medias. Son verdaderamente prodigiosos los rasgos delicados, las ocurrencias felices y el ingenio invertidos en esta malhadada obra. En cuanto á la habilidad desplegada para hacer que el espectador acepte los más absurdos incidentes, para salir de las situaciones más arriesgadas, para adormecer la impaciencia del público, no creo que se haya llevado nunca más lejos.

L'Etrangère es Mlle. Sarah Bernhardt, cuyo traje ha llamado mucho la atencion y cuya manera de decir, así como la expresion que la distingue, ejercen siempre una estraña y avasalladora seduccion: la rara mujer honrada que ama tanto al jóven ingeniero es la hermosa Mlle. Croizette, y el jóven ingeniero es Mr. Monnet-Sully, un trágico de porvenir cuyo talento es conocido sin duda entre vosotros. Mr. Got, Mr. Febre, Mr. Coquéllin, Mr. Ibiro, madame Brohan, toman parte tambien en la representacion de esa obra, y no ha sido ciertamente la habilidad menor de Mr. Dumas haber sabido servirse de tantos actores escelentes.

¿Qué os diré de los otros teatros? Un *vaudeville* de Mr. Gondinet, *Le Dada*, ha fracasado en el teatro *des Varietés*. El autor es un hombre de talento y no le costará trabajo tomar el desquite. Tres ó cuatro pequeños teatros siguen representando *operetas*, de las cuales solo *La petite mariée* de Mr. Lecocq me parece que ha obtenido un verdadero éxito. La obra de mágia *Un voyage dans la lune* sigue proporcionando muy buenas entradas á *La Gaieté* y en *La Porte Saint Martin* ha vuelto á ponerse en escena *Vingt ans après*, el alegre drama de capa y espada de Alejandro Dumas padre. *L'Ambigu* ha dado al público una comedia en cinco actos titulada *Miss Multon*, comedia sombría arreglada del inglés que en otros tiempos obtuvo extraordinario éxito en distinto teatro. Se ha añadido un acto al principio y otro al fin; la cosa no era, sin embargo, muy llana, aunque gracias al talento de Mlle. Fargueil, ha tenido buen éxito la obra que, francamente, no es de verdadera importancia para la literatura.

Hé aquí todas las noticias teatrales. Es preciso que os diga, sin embargo, algunas palabras siquiera de Mr. Ernesto Rossi que nos abandona y que ha dado el martes último su última representacion. Le habeis visto y aplaudido en Madrid ¿no es verdad? y me parece inútil por lo tanto hacer elogios de su talento. No me sorprenderia que fuese el primer trágico de estos tiempos, y de todos modos no tenemos actualmente entre nosotros ninguno que pueda sufrir la comparacion. Sabido es cuan poco conoce y ama París las lenguas extranjeras. Y sin embargo, Rossi ha logrado atraerle cuatro veces por semana al teatro Ventadour, viéndolo lleno de personas que acudian á oirle representar en italiano el repertorio de Shakspeare, *Hamlet*, *Romeo y Julieta*, *Otelo*, *Macbeth*, *El rey Lear*. En algunas obras modernas, el *Kean* de Alejandro Dumas padre, el *Neron* de un autor italiano, no ha sido menor el éxito que alcanzó. Es un verdadero artista, en pleno dominio de su arte, y creo que su paso dejará entre nosotros huellas fecundas. Es evidente que la opinion se inclina otra vez á la tragedia y al drama sério, y espero que los jóvenes en que

arde la sagrada llama, sabrán aprovechar los ejemplos que Rossi les ha dado.

Os he dicho que las novedades literarias de este invierno han ocurrido sobre todo en el teatro. Poco, en efecto, puedo señalaros en el campo de la novela. Mr. Hector Malot acaba de publicar en casa de Dentu cuatro tomos titulados *L'auberge du monde*, en que se propone pintar el París imperial desde 1867 hasta 1870. Nada es más difícil de hacer que una novela larga, y esta de que hablo languidece á menudo. El *Yack* de Mr. Alphonse Daudet, publicado en la misma librería, no tiene más que dos tomos, pero aun así es demasiado para Mr. Daudet, hombre de un talento elegante, delicado, observador, pero á quien falta el poder. *Yack* es muy inferior á ese bonito libro que se publicó el año pasado con el título *Fromont jeune et Rissler ainé*.

La casa Hetzel acaba de poner á la venta dos tomos: titúlase el uno *Maitre Gaspar Fix*, y son sus autores los dos valientes alsacianos y excelentes patriotas que han firmado ya tantas novelas populares: MM. Ercikmann y Chatrian. El otro es de Mr. Lépine, secretario que fué del duque de Morny y que ha tomado por nombre literario *Quatrelles*. Esta obra se titula *L'arc en ciel, histoires de toutes les couleurs*. El título expresa bien el contenido del libro.

En la literatura seria la novedad, aun despues de tres meses, sigue siendo el primer tomo de la gran obra de Mr. Taine sobre los orígenes de la moderna sociedad francesa. (Librería Hachette.) Ese primer tomo se titula *L'ancien regime*, y está consagrado enteramente á la pintura de la antigua sociedad que vino á destruir la revolucion. Los amigos de Mr. Taine aseguran que juzga muy severamente á la revolucion, y que su obra se dirige sobre todo contra ella, y á veces se nota, en efecto, que Mr. Taine se dispone á ser poco indulgente al tratar del régimen que ha reemplazado á la antigua monarquía. Entre tanto, puede decirse que nunca hubo más terrible requisitoria contra esa monarquía que el tomo á que nos referimos. No hay declamaciones y no abundan las teorías: hay, sobre todo, hechos y citas. Aunque Mr. Taine encuentre luego algo que echar en cara á lo que hicieron nuestros padres de 1789 y aun de 1793, le costará mucho trabajo demostrar que vale menos lo que edificaron que lo destruido por ellos. Si necesitara demostracion la necesidad, la justicia de nuestra gran revolucion, la encontraria en ese libro, que no es, sin embargo, el de un amigo.

Debo señalaros siquiera dos publicaciones periódicas que han aparecido al empezar el año. Su necesidad se hacia experimentar: el éxito que han obtenido evidencian que responden á una verdadera necesidad del espíritu público. La una es *La Revue Historique* y la otra *La Revue philosophique*. Ambas se publican en el establecimiento del editor Germer Bailliere, y están dirigidas por antiguos alumnos de nuestra Escuela Normal Superior: por Mr. Gabriel Monod y Mr. Ribot. Son jóvenes llenos de ardor y de celo por el estudio. Yo los elogiaria más fácilmente si no fuese compañero y amigo de los dos. La *Revue Historique* se publica trimestralmente en forma de abultado volumen: la *Revue philosophique* ha adoptado el sistema de publicacion mensual, que me parece preferible. Los primeros números son interesantísimos, y espero que las dos revistas darán en Francia nuevo impulso á los estudios filosóficos é históricos, al mismo tiempo que nos tendrán al corriente, cosa que tanto ne-

cesitábamos, de los trabajos que en el extranjero se hacen. La ciencia no tiene ya una patria exclusiva: el concurso leal y lleno de emulacion en todas las naciones es el que da seguridad al progreso y hace que aproveche cada uno los esfuerzos de todos.

El Instituto ha perdido recientemente á dos de sus más antiguos miembros; la misma semana arrebató á Mr. Ambroise Firmin Didot, miembro de la Academia de inscripciones y bellas letras, y á Mr. Patin, miembro y secretario perpétuo de la Academia francesa. Ambos eran octogenarios, años há. Mr. Firmin Didot fué más de cuarenta años el jefe de ese establecimiento de imprenta que es el primero de Francia y que ha iniciado tantos progresos en el arte de la tipografía. Su nombre vivirá en su arte al lado de los de Aldi y Etienne. Tenia tambien una pasion por el griego y habia traducido á Tacidides. Los que han visitado nuestras exposiciones retrospectivas saben que poseia la mejor coleccion de libros viejos, estampas y manuscritos raros.

Mr. Patin fué alumno de la primera escuela normal. El emperador Napoleon la fundó en 1810; en 1811 entró en ella Mr. Patin, el mismo año que Agustin Thierry, el célebre historiador. Desde 1833 era en la Sorbona profesor de poesía latina, y desde 1843, miembro de la Academia francesa. Era un hombre escelente, de mucha benevolencia, querido y estimado. Hablando sin hipocresía, la Academia francesa sobrepujaba no poco sus méritos. Habia publicado Mr. Patin unos *Etudes sur la poésie latine* y sobre todo cuatro tomos de *Etudes sur les tragediens grecs* que muy pocas personas, aun estando animadas de una robusta buena voluntad, han tenido valor para leer hasta lo último. Sus libros eran conocidos sobre todo por algunas frases ridículas bien provistas de *quien* y *qué*, frases que gozaban de verdadera popularidad entre la juventud de las escuelas.

Unos salen y otros entran: tal es la vida. Pocos dias despues de la muerte de Mr. Patin, el jueves último fué recibido en la Academia francesa Mr. Lemoinne. Mr. Lemoinne es el redactor del *Journal des Debats* dedicado principalmente al estudio de las cuestiones extranjeras y que ha publicado muchos artículos sobre vuestro país. Es, incontestablemente, uno de nuestros más eminentes periodistas, á menudo nervioso, irritable, hasta fantástico, pero no se le puede disputar el talento. No siempre tiene razon, pero es siempre leído con interés, aunque se lea con impaciencia ó ira. Mr. John Lemoinne ha pronunciado el elogio de Jules Janin, redactor tambien del *Journal des Debats*, y de quien es sucesor en la Academia. El presidente de la Academia encargado de contestarle era Mr. Cuvillier-Fleury, preceptor que fué del duque de Aumale y redactor tambien del *Journal des Debats*. Como veis, la sesion de la Academia pertenecia enteramente al diario de la familia Bertin. Más brillantes las he visto. Mr. John Lemoinne ha leído prodigiosamente mal un discurso elegantemente escrito que habria gustado si lo hubiera dicho bien; Mr. Cuvillier-Fleury leyó con énfasis una solemne arenga que ganaria si fuese más corta, y perdóneme el autor, si estuviera escrita en mejor francés.

CHARLES BIGOT.

REVISTA CRÍTICA.

Continúa en el Ateneo el debate pendiente sobre el positivismo, si bien en la sección de ciencias naturales parece tocar á su fin la discusión, cuyo resumen hará el Sr. Echegaray en un discurso que es esperado con gran impaciencia, y que se presume ha de ser por todos conceptos notable. En la sección de ciencias morales y políticas han llamado la atención en esta quincena los discursos del Sr. Pisa Pajares y del Sr. Simarro.

El Sr. Pisa Pajares es un orador severo, disertado y frío, cuyos discursos no arrebatan ni conmueven, pero llevan al ánimo la convicción y agradan por su misma severidad. Exento de pasión, ajeno á intemperancias de partido y exclusivismos de escuela, penetrado del espíritu del siglo, pero no de sus exageraciones, el Sr. Pisa Pajares trata las cuestiones sin brillantez, pero con elevación, sin formas oratorias, pero con discreción y ciencia. Claramente mostró la índole de su espíritu al negarse á tratar el tema que es objeto de discusión en la forma política en que está redactado, fundándose para ello en elevadas consideraciones de tolerancia y en un alto concepto de la ciencia que no debieran olvidar los que en las doctrinas buscan ante todo temas para declamaciones retóricas y pretextos para alardes políticos. No pertenece á tales gentes el Sr. Pisa Pajares, y por eso, llevando la cuestión á la serena y elevada esfera de la ciencia, ocupóse exclusivamente en debatir el grave problema del valor objetivo del conocimiento, y sobre todo el problema importantísimo del origen y fundamento de la ley moral.

El Sr. Pisa Pajares es kantiano, pero de los antiguos. Ninguna de las novedades del neo-kantismo le es simpática, ni tampoco las doctrinas del positivismo, al que acusó, no sin alguna razón, de contradecir sus principios, pero al que hizo plena justicia, no tomándolo por pretexto para declamaciones sentimentales y vacías. El Sr. Pisa Pajares resuelve el problema moral en conformidad con la doctrina consignada en la *Crítica de la razón práctica*, pero al plantear el problema crítico, parécenos que hay alguna vacilación en su pensamiento, y que, si por una parte lleva el idealismo subjetivo á tal punto que confina con Fichte, por otra extrema un tanto el valor de las leyes de la inteligencia, poniendo en peligro los resultados de la crítica. Esperamos que en posteriores discursos aclare el Sr. Pisa Pajares su pensamiento y desvanezca cierta contradicción, quizá más aparente que real, que creimos advertir en su peroración primera.

El discurso del Sr. Simarro ha tenido grandísima importancia por las declaraciones que ha hecho el distinguido filósofo positivista acerca de la cuestión religiosa y de la política. Como quiera que en el debate se había repetido por algunos oradores la especie de que el positivismo pone en peligro los fundamentos religiosos, morales y políticos de la sociedad, el Sr. Simarro se ha creído obligado á abordar la cuestión, y asentando el evidente principio de que tales fundamentos han de ser permanentes é inmutables y no relativos é históricos, ha aplicado su penetrante é ingenioso análisis á la esfera religiosa y á la política para buscar, á través de las formas parciales é históricas de entrambas, lo que hay en ellas de invariable y permanente.

Lo que tales caracteres tiene en la vida religiosa es, en concepto del señor Simarro, la afirmación de un misterio que penetra toda la realidad y la necesidad de explicarlo. Esta afirmación y esta necesidad constituyen el fondo común á todas las religiones, y como el positivismo reconoce que ese misterio existe, y se declara incompetente para explicarlo, claro es que lejos de oponerse á los fundamentos de la vida religiosa, abre ancho campo y da firme base á la fé, entregándola la dilatada esfera de lo incognoscible, y reservándose el reducido recinto de lo cognoscible, esto es, el mundo de los fenómenos.

Pensamos que esta conclusión, á que llegó el Sr. Simarro después de ingeniosísimo y sutil análisis, dista bastante de ser exacta. Ciertamente que la existencia del misterio y la necesidad de explicarlo ha dado origen á todas las religiones, pero no es el fondo de ellas el reconocimiento de esa necesidad, que muy posteriormente ha descubierto la crítica. Las religiones no han sido en sus orígenes el fondo de una reflexión como la que supone la teoría del Sr. Simarro, sino de una afirmación espontánea é intuitiva, inconscientemente determinada en el espíritu por esa necesidad que la crítica señala después. La afirmación de una realidad distinta del hombre y de la cual éste depende, hé aquí en sus términos más sencillos el fondo constante, el elemento primario é irreductible de toda concepción religiosa. El sentimiento de la dependencia del hombre respecto á algo más poderoso que él, bueno ó malo, espiritual ó corporal, único ó múltiple; hé aquí la esencia de la religión, la que se halla lo mismo en las creencias razonadas de los Aryas y los Semitas, que en el grosero fetichismo de los salvajes. No hay que representarse la fé religiosa como la obra reflexiva de un espíritu que hallando en todas partes un misterio, trata de explicárselo, como piensa el Sr. Simarro obedeciendo á cierta tendencia intelectualista que campea en todos sus discursos, sino como la espontánea é irreflexiva afirmación de algo que se nos impone y puede más que nosotros. El temor en unos casos, la admiración en otros, la contemplación de los fenómenos naturales en todos, ha despertado esta afirmación intuitiva y casi inconsciente, que después se ha depurado y perfeccionado hasta convertirse en complicada y sabia teología; pero nada ha habido de crítico ni de reflexivo en los orígenes de la idea religiosa, ni en los de cosa alguna, pues en la evolución del espíritu humano, á la reflexión precede la intuición, á la razón el instinto, á la idea el sentimiento, á lo consciente lo inconsciente.

Salvado de esta suerte por el Sr. Simarro el fundamento de toda idea religiosa y declarada la compatibilidad de la esencia de la religión con las doctrinas positivistas, pasó á explicar las causas de las luchas que sostienen la religión y la ciencia, y la explicó por el mútuo empeño de una y otra en invadir el terreno y usurpar las atribuciones de su adversaria, y por la intransigencia de las doctrinas religiosas que aspiran á la dirección de la sociedad. De esta manera, no sólo se explica, sino que se justifica la lucha y es fácil también señalar su remedio.

Consiste este en que la religión se decida á ser tolerante y conciliadora y á encerrarse en su propio terreno, renunciando á toda intrusión en el terreno de la ciencia, y en que esta haga lo mismo por su parte, absteniéndose de dar solución á los problemas que la religión plantea. Dividido el campo de la reali-

dad entre ámbas esferas de la vida, á la ciencia compete exclusivamente el mundo de lo cognoscible, la region de lo experimental, el órden de los fenómenos; á la religion el mundo, harto más dilatado de lo incognoscible, de la idea pura, de los noumenos. La esencia íntima é impenetrable de las cosas, el misterio que penetra toda existencia, la region de las causas primeras, el mundo de lo puro inteligible, hé aquí el campo propio de la religion. Expulse de él en buen hora á toda vana metafísica que intente usurparla sus derechos proclamando dioses abstractos y forjando religiones sin fieles ni sacerdotes; pero absténgase tambien de invadir el terreno de la ciencia y de oponerse á los resultados de esta. Cuando la teología no pretenda ser biología, geología, física, química, etc. y la ciencia renuncie á ser teología; cuando perfectamente limitados los confines de lo cognoscible, la ciencia y la religion se repartan en debida forma el dominio de la inteligencia humana, la paz será un hecho entre ámbos poderes, y léjos de hostilizarse, ámbos contribuirán en fraternal union al mejoramiento de la humana vida, explorando la ciencia con plena libertad y criterio seguro el campo de lo cognoscible, y explorando la religion las regiones del eterno misterio y dando al hombre las creencias, las esperanzas y los consuelos que la ciencia no ha de proporcionarle. El dia que esto suceda será bendito en los fastos de la humanidad, porque el hombre no puede vivir sin ciencia ó sin religion, y en este siglo de luchas y dolores sin cuento, tiene no pocas veces que renunciar á la una ó á la otra. No es el hombre razon pura ni puro sentimiento tampoco; no vive sin conocer ni puede vivir sin creer, sin amar, sin esperar. Reconoce y afirma ese misterio á que se refiere el Sr. Simarro; la crítica le dice que su razon no puede descifrarlo en el terreno de la ciencia, pero no se dá por satisfecho con esta solucion desconsoladora, y necesita otra á toda costa. La fé y la religion han de llenar ese vacío; en ellas ha de encontrar el consuelo que anhela, la esperanza que necesita, el infinito amor por que suspira, y es para él horrible tortura ver puestas en contradiccion la ciencia y la fé; la ciencia, sin la cual apenas fuera digno de llamarse racional, la fé, sin la cual no hay para él esperanza ni ventura. Por eso no hay nada más censurable que las intransigencias religiosas y filosóficas que han de engendrar la horrible lucha entre la religion y la ciencia; nada más censurable que la intolerancia de las teologías y la petulancia de las metafísicas; nada más doloroso que la situacion de los hijos del siglo XIX. ¡Haga el cielo que la fórmula del Sr. Simarro, hoy utópica, sea una realidad mañana, y que nuestros descendientes, más felices que nosotros, puedan á un tiempo poseer la ciencia y la fé!

Al tratar de la cuestion política no fué tan preciso el Sr. Simarro como en la religiosa. Afirmó que el positivismo era liberal por cuanto admitia los principios fundamentales del liberalismo, á saber: la libertad del pensamiento y la progresiva participacion del pueblo en la vida pública, y conservador porque rechazaba los cambios bruscos y las soluciones de carácter absoluto. Enhorabuena; pero ¿cuál es en concreto el ideal político del positivismo? Hé aquí lo que no se cuidó de decirnos el Sr. Simarro, si bien apuntó la especie de que el positivismo esperaba que llegase un grado de civilizacion en que no fuera necesaria la existencia del Estado. Por nuestra parte pensamos que este ideal, que no

es otra cosa que la *anarquía* de Proudhon, no es más que una ilusión cándida que no debiera abrigar ningun positivista sério. Fuera de eso, no tenemos inconveniente en aceptar las restantes afirmaciones del Sr. Simarro, pues como él pensamos que los principios ántes expuestos son los únicos esenciales de la escuela liberal, y que todo el que no se inspire en ideales absolutos debe ser en política conservador-liberal, á la manera dicha por el orador positivista.

En esta quincena ha habido algunas novedades bibliográficas. Una de ellas es el primer tomo de una importante coleccion de monografías sobre los puntos capitales del derecho civil, que con el título de *Jurisprudencia popular* se propone publicar el ilustrado jurisconsulto Sr. Lastres, promovedor del proyecto de creacion de un asilo correccional de jóvenes delincuentes, de que ya tienen noticia nuestros lectores. El objeto de esta publicacion es poner el Derecho al alcance de todas las inteligencias, exponiendo en claro y fácil estilo toda la legislacion vigente en materia de derecho civil. El volúmen publicado se refiere al matrimonio y encierra en breve compendio todo lo que respecto á esta institucion importa conocer, adicionándolo con los formularios de los diferentes documentos que han de figurar en los expedientes matrimoniales. Inútil es encarecer la utilidad é importancia de esta publicacion que ha de reportar al Sr. Lastres pingües resultados.

Fuera de esta obra, la literatura didáctica apenas ha producido otra cosa que tratados especiales de que no hacemos mencion aquí ó traducciones. Entre estas últimas figura la del cuarto tomo de los célebres *Estudios sobre la historia de la humanidad* del profesor belga F. Laurent. Obra es esta que alcanzó gran boga en España, cuando dominaban determinadas tendencias en la filosofía; pero hoy ha perdido mucho de su crédito, y á ello contribuyen su carácter esencialmente polémico, su notorio apasionamiento y el empeño del autor en comprobar con hechos la teoría providencialista. Esto no obsta, sin embargo, para que la condicion de Laurent, sus acertados juicios cuando no le ciega el rigor del sistema, y la amenidad de su estilo hagan digna de estimacion su obra, sin que por esto deba colocarse á la altura de los grandes ensayos que sobre filosofía de la historia han hecho pensadores muy ilustres, singularmente Herder, Hegel, Krause, Buckle y Bagehot.

La amena literatura está representada en esta quincena por dos novelas: *Salivilla*, de D. Andrés Ruigomez, y *La segunda casaca*, del Sr. Perez Galdós. De la primera no podemos ocuparnos en la presente Revista, por no haber terminado su lectura. La segunda constituye el tercer tomo de la segunda série de los *Episodios Nacionales* que su autor publica hace algunos años, y comprende la continuacion y fin de las *Memorias de un cortesano de 1815*.

Es esta quizá una de las novelas en que el Sr. Perez Galdós ha sabido enlazar con mejor arte la accion histórica y la novelesca, y en que mayores muestras ha dado de su singular talento para pintar tipos, como lo revelan los personajes de Pipaon, D. Miguel de Barahona y Generosa. Retrato fidelísimo, el primero de los aventureros y busca vidas políticos que tanto abundan en nuestro país, copia exacta el segundo de esos fanáticos adoradores de lo pasado, mezcla singular de grandeza y de barbarie, que tantos dias de luto han dado á la patria y á la libertad; concepcion delicada y original la última, no

ménos interesante que simpática, todos ellos revelan que si el Sr. Galdós no siempre acierta á dar á sus obras el colorido y merecimiento que son propios de la novela francesa, posee en cambio especiales dotes para diseñar caractéres, describir lugares y narrar sucesos, en lo cual se asemeja á los novelistas ingleses que indudablemente le sirven de modelo.

En *La segunda casaca* pinta el Sr. Perez Galdós los últimos dias de la reaccion absoluta de 1814 y los albores de la revolucion de 1820. ¡Triste cuadro por cierto! El absolutismo agonizando en manos de torpes camarillas, la libertad aspirando á reemplazarlo y confiada á patriotas cándidos y bullangueros vulgares, el ejército iniciando el camino funesto de la indisciplina, el pueblo apático, indiferente, adormecido por el ópio de la opresion y mal preparado para el ejercicio de la libertad, la corrupcion arriba, la inepticia abajo, la ignorancia y la pequeñez en todas partes; hé aquí lo que ofrece al historiador y al novelista aquella tristísima época.

Difícil empresa ha acometido el Sr. Perez Galdós. Mientras hubo de narrar los épicos sucesos de la guerra de Independencia, no habrán de faltarle ocasiones para interesar y conmover á sus lectores; pero al comenzar á ocuparse de nuestra historia política contemporánea, graves obstáculos ha de hallar en su camino. La antigua grandeza de la pátria española, tras el largo eclipse que la impusieron tres siglos de absolutismo y teocracia, solo se revela en los campos de batalla. Ya luce en épico combate contra el extranjero como en 1808, ya se destroce en impía y fratricida lucha como en 1834 y 1872, la raza española muestra en este siglo su virilidad, su energía, su mezcla extraña de grandeza y de barbárie en el fragor de la contienda; pero si de los campos de batalla apartamos la vista y la volvemos á la vida política, nada hallamos que no sea mezquino, miserable y ridículo. Ni siquiera ha engendrado entre nosotros la pasion política las bárbaras grandezas del 93; si hemos sido crueles como en 1824, nuestra crueldad no ha sido la del leon, sino la de la hiena; si hemos intentado copiar á los demagogos franceses, solo hemos sabido producir Robespierres en caricatura y terroristas de mogiganga. ¿Dónde, pues, podrá hallar inspiracion el Sr. Perez Galdós? ¿Será acaso en la revolucion de 1820? Mucho lo dudamos. Aquel motin militar con pretensiones de revolucion, aquellos patriotas ilusos y cándidos, aquellas muchedumbres veleidosas é insolentes, aquellas sociedades secretas más ridículas que criminales, aquella política vacilante é incolora que nunca supo mantenerse en los límites de la razon y de la prudencia, no son ciertamente fuentes en que pueda beber inspiracion el novelista. Todo aquello es á la vez pequeño y triste. Una libertad enana alzándose contra un absolutismo pigmeo; Cándido y Pangloss coaligados contra Tartuffe; hé aquí la revolucion de 1820. Su historia, aun en novela, nunca será poética, que la poesía no puede compaginarse con una revolucion digna de Lilliput.

Las novedades teatrales de la quincena se reducen á un arreglo del francés, representado en el Español con el título *Con el credo en la boca*, á una comedia del Sr. Larra, titulada *Tres piés al gato*, á otra del Sr. Echegaray denominada *Un sol que nace y un sol que muere*, y á un drama del Sr. Balaciat, cuyo título es *Al pié del catalso*. Las dos primeras producciones carecen de mérito é importancia y no merecen particular mencion.

La comedia del Sr. Echegaray se distingue ante todo por su delicadeza y por lo bello de su forma. El contraste entre la mujer y la niña (el sol que muere y el sol que nace), entre el amor profundo, ardiente y desesperado de la edad madura y el idilio poético y sencillo de los primeros años, constituye la base de la obra. La mujer y la niña aman y son amadas por un mismo hombre; en la lucha la niña vence, y la mujer devora en la amargura y la desesperación el último desengaño. El cuadro es bello y conmovedor, y las dos figuras principales son deliciosas, pero las restantes son falsas. Si el amante fuera un hombre hecho, la elección que hace podría ser verosímil; siendo un muchacho, es inexplicable. Lo es también la grosería con que procede; lo es la dureza de corazón del padre que en todos los tonos y por todos los medios destroza el alma y humilla el amor propio de su hija. En esta como en las demás obras del Sr. Echegaray el poeta vale más que el psicólogo y la belleza aventaja á la verdad.

Por desdicha, el ejemplo del Sr. Echegaray es contagioso, y entre los autores va aceptándose como verdad inconcusa que lo importante es fascinar al público y conseguir su aplauso, aunque para ello sea forzoso atropellar los fueros del arte. El Sr. Echegaray funda escuela, y esa escuela tiene por lema sacrificar la verdad psicológica y la verdad histórica al efecto escénico y buscar éste en el horror de los incidentes, en la violencia de las pasiones y en las galas de la versificación. Un furioso y desenfrenado romanticismo, mucho peor que el de 1830, se va apoderando de nuestra escena, y en breve plazo el teatro no será otra cosa que un espectáculo terrorífico en que á la emoción del alma habrá sustituido el sacudimiento nervioso. Las obras del Sr. Balaciart son síntoma de este gravísimo mal. En la última (*Al pie del cadalso*) hay notable valentía, rasgos atrevidos, bellos pensamientos, versificación florida y vigorosa; pero la verdad histórica está despiadadamente sacrificada y la verdad psicológica no corre mejor suerte.

Horrores sobre horrores, pasiones llevadas al delirio, personajes monstruosos y repulsivos, constante sacrificio de la virtud y de la inocencia, permanente desafío al sentido moral y á la sensibilidad del espectador, hé aquí lo que nos ha ofrecido la musa indómita y calenturienta del Sr. Balaciart. La pasión de la venganza llevada á un extremo que apenas cabe en el corazón de un tigre, tal es la base fundamental y el principal resorte de ese drama, que podrá parecer bello, pero no es humano. El ropaje fastuoso de una versificación sonora cubre estos defectos, y la valentía de la concepción parece disculparlos; pero la sana crítica está en el deber de preguntar si es lícito al autor dramático cimentar su triunfo en el desconocimiento de la verdad y en la negación del sentido moral y si el fin de la obra artística es producir en el público una brutal conmoción nerviosa ó una emoción espiritual, pura y deleitable.

M. DE LA REVILLA.

Madrid, 15 de Marzo de 1876.

Director y propietario: JOSE DEL PEROJO.

Madrid: 1876.—Imprenta de M. G. Hernandez, San Miguel, 23